

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 27 febrero - 5 marzo 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 32



100
He aquí la Plana Mayor del Pentágono. De izquierda a derecha: Almirante Radford, el general Shepherd, el almirante Carney y el general Nathan F. Twining

Los misterios de la Legación rumana de Berna al descubierto

Un apasionante episodio que ha conmovido al mundo, por Enrique Ruiz García (pág. 51)
ANGELIA, UN POLVORIN DEL MUNDO ARABE
Los conceptos de la colonización francesa, por Luis de Vega (pág. 13) * «Las cordobesas precorren el trabajo del hogar. Un reportaje de la semana «Cambia la mujer, cambia España», por Diego de Vega (pág. 20) * «El ambiente precursor del 18 de julio. Lo que supuso la salida del diario «Yas», según los apuntes de un redactor político, por Francisco Casares (pág. 25) * «La energía atómica utilizada para la paz». Las grandes posibilidades técnicas del descubrimiento más sensacional de los últimos siglos (pg. 32) * Atadillo Argentat. Un director español, famoso en el mundo entero, que ha dirigido el 80 por 100 de las orquestas europeas (pág. 41) * «El libro que es menester leer». «La República de los republicanos», por Jacques Chastenet (pág. 45) * «El padre Duero domado por la técnica hispanoportuguesa», por Jiménez Sutil (página 48) * «Convivencia y coexistencia», por Ricardo Royo-Villanova (pág. 31)
«Príncipes», novela por Mercedes Ballesteros (pág. 39)

HABLAN LOS GENERALES

LOS QUE CONOCEN LA GUERRA
SE PRONUNCIAN SOBRE LA PAZ

UNA LUCHA MUNDIAL POR
EL DOMINIO DEL AIRE Y DE
LOS OCEANOS

VEA PAG. 3



Energías vitales

La vida tiene un poco de "marionetta". Su agilidad depende de la destreza y gracia con que la mano del Destino mueve los hilos. Para que todo muñeco humano obedezca con exactitud a ese ritmo acelerado y cambiante, es preciso ponerlo en condiciones, dotándole de un perfecto equilibrio fisiológico. La "Sal de Fruta" ENO, se creó precisamente para adaptar el organismo a las circunstancias y actividades de la vida moderna.

La "Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado con más de tres cuartos de siglo de uso en el mundo entero. Depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

Adquiera el frasco grande. Resulta más económico.

PARA EL EQUILIBRIO FISIOLÓGICO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

HABLAN LOS GENERALES



En esta fotografía, tomado, en Francia, aparece el general Ridgway con el mariscal Montgomery y altos jefes militares de la NATO

LOS QUE CONOCEN LA GUERRA SE PRONUNCIAN SOBRE LA PAZ

UNA LUCHA MUNDIAL POR EL DOMINIO DEL AIRE Y DE LOS OCEANOS

Al terminarse la segunda guerra mundial, los políticos civiles, los hombres de paisano condecoraron generosamente a los generales victoriosos y les invitaron amablemente a que se retiraran a sus cuarteles a disfrutar de sus laureles. Había terminado su misión en los campos de batalla, había terminado la guerra. Ahora les tocaba a ellos refirir todas las batallas por la paz. El pueblo inglés, en las elecciones «caquis» de 1945, ni siquiera permitió a Churchill que terminase la Conferencia de Potsdam, última de las grandes conferencias de los «tres grandes». Sir Winston, que era un hombre de guerra, que gustaba de retratarse embutido en estrafalarios uniformes militares, diseñados por él mismo, fue sustituido por el opaco y cauteloso mister Attlee, agarrado siempre a un tranquilizador paraguas, símbolo británico de la transigencia desde la época de Chamberlain. El general Eisenhower (cinco estrellas) dejó el uniforme por la beca de rector de la Universidad de Columbia. El mariscal Montgomery, héroe de El Alamein, se convirtió en un objeto suntuario de todas las conmemoraciones militares y en el eterno depositario de ramos de flores ante la tumba del Soldado Desconocido. Y en Rusia, donde se profetizaba una época bonapartista-staliniana, los mariscales como Zukov, conquistador de Berlín—según se dijo entonces—del corazón de Olga Tschecheva, desaparecieron de la circulación por temor a que sus laureles os-



El general Clark, distribuye cajas de viveres entre familias necesitadas de Viena

cureciesen a los «paisanos» que habían hecho la guerra confortablemente instalados en los «bunkers» de Moscú y Leningrado.

Bajó la cotización de los generales victoriosos, en una palabra, e incluso se les espía con cierto recelo en las democracias europeas, donde los Gobiernos contaban con una buena dosis de comunistas. En Francia, por ejemplo, De Gaulle despertó inmedia-

tamente grandes desconfianzas entre las izquierdas, y poco a poco le fueron abandonando casi todos sus colaboradores de Londres y de Argel, pensando mucho más en su carrera política que en Francia. En la isla de Yeu languidecía el último mariscal, Felipe Pétain...

Durante la época del «apaciguamiento», cuando todas las mañanas nos desayunábamos con

una nueva conquista rusa en la Europa del Este, los pacifistas europeos ponían el grito en el cielo cada vez que un general abría la boca. «¡Los generales, a los cuarteles!», clamaban histéricamente. Decían que los «espadaños» ponían en peligro la paz, que ellos sólo deseaban la guerra para volver a mandar y para ganar más estrellas. Y fué así como un día asistimos en París a un suceso bochornoso. Cuando Ridway llegó a la capital de Francia para ponerse al frente del S. H. A. P. E., el hombre que años atrás había saltado en paracaídas sobre Normandía, al frente de una división aerotransportada, abriendo a las tropas aliadas el camino de París, «de campanario en campanario», fué recibido a pedradas y tomatazos. Naturalmente, habían sido los comunistas los organizadores de aquel tumulto; pero en los manifestantes incluso cayeron «pretres-ouvriers».

La hostilidad civil contra los militares profesionales llegó por el camino de la propaganda marxista. Postergar a los generales equivalía a dejar a las confiadas democracias europeas sin los hombres capaces de organizar la resistencia contra un «eventual invasor» y de identificar los propósitos del enemigo. Se hablaba de la «Internacional caqui» como de una organización tenebrosa que conspiraba contra la paz y contra la libertad de los pueblos.

Sin embargo, a nadie se le oculta hoy que han sido y son los generales quienes más detestan la guerra y quienes más esfuerzos están haciendo para evitarla, si bien son ellos, igualmente, los que señalan los límites más allá de los cuales no debe ir la tolerancia, so pena de comprometer la seguridad del mundo libre. En la frontera de estas dos tendencias ocurrió el drama del teniente general Douglas Mac Arthur, un soldado disciplinado, con una incomparable hoja de servicios, que afrontó la destitución enfrentándose con el Poder civil al tener la evidencia de que si la guerra

de Corea no se llevaba hasta el otro lado del Yalu la causa de las Naciones Unidas estaba perdida, como así fué.

La propaganda antimilitarista, de origen marxista, ha presentado al Alto Estado Mayor alemán, por ejemplo, como una «claque» que coreaba los planes bélicos de Hitler. La verdad es precisamente todo lo contrario. Hoy sabemos por mil testimonios seguros que fueron hombres como Halder, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht, los que por todos los medios trataron de detener la carrera de Hitler hacia la guerra, como fueron igualmente ellos los que, queriendo acortar la contienda e impedir el hundimiento final de Alemania, fraguaron el atentado del 20 de julio contra el Führer, venciendo la infinita repugnancia que esta conspiración inspiraba a conciencias tan rectas y tan disciplinadas como la del mariscal Rommel.

Esta actitud mental de los generales la explica el simple hecho de que nadie como ellos conoce los horrores de la guerra. Ha sido el general Eisenhower quien dijo una vez: «Sólo hay una cosa peor que ganar una guerra: perderla.» En esta frase queda expresada con dramática elocuencia todo el horror que las contiendas armadas inspira a un hombre que ha mandado la máquina bélica más poderosa de la Historia. Es el mismo Eisenhower quien el verano pasado dijo que echaría a puntapiés de su despacho a quien le fuese a proponer una guerra preventiva contra Rusia.

Hoy, son los generales los que vuelven a tener la palabra, después de las irreparables insensateces del «apaciguamiento» civil. Ha sido el mismo pueblo británico el que volvió a llamar a sir Winston Churchill a Downing Street, 10. Ha sido el pueblo norteamericano el que llamó a la Casa Blanca a Eisenhower. E incluso en Rusia, ha vuelto Zhukov, el postergado conquistador de Berlín, y no porque las intenciones de Rusia sean sinceramente pacifistas, sino porque el nombre de este soldado, por serlo, puede inspirar más esperanzas en la

posibilidad de una coexistencia, que el nombre de cualquier civil acostumbrado a profetizar amenazas irreflexivas y precipitadas, como las que acaba de lanzar Molotov ante el Soviet Supremo.

Hablan los generales ahora, porque son los más autorizados para hacerlo. Su pensamiento se extiende a toda la problemática internacional, a la guerra y a la paz. Sus opiniones tienen el tri-

ple valor de no ir dirigidas a la captación de votos, de no responder a la línea de un partido político, y de reflejar un criterio experto. Esta independencia frente a tantas poderosas presiones políticas que gravitan sobre los hombres de paisano, nos garantizan por lo menos un máximo de objetividad y de sinceridad.

RUEDA DE GENERALES: MARK CLARK

Hemos aludido un poco más arriba a la destitución de Mc Arthur y al difícil drama de conciencia en que se encontró este hombre. ¿Quién tenía entonces razón?

En el mes de agosto de 1954, el Subcomité de Seguridad Interna del Senado de los Estados Unidos comenzó a celebrar una serie de audiencias (Hearings), llamando a declarar sobre la guerra de Corea y sus «alrededores» a los militares norteamericanos que más directamente habían intervenido en el mando de las tropas de las Naciones Unidas: el general Mark Clark, el general Stratemeier, el general Van Fleet, el general Almond, el almirante Turner Joy.

Estas audiencias fueron «ejecutivas», es decir, secretas. Pero parte de ellas han sido publicadas y nosotros vamos a resumirlas a continuación, reparando especialmente en aquellos puntos que reflejan con mayor acuidad el pensamiento de aquellos generales sobre la política a seguir en Extremo Oriente.

SENADOR CARPENTER.—General Clark, ¿está usted de acuerdo con el general Mc Arthur de que nunca se le debió permitir al enemigo poseer un «anturión» al otro lado del Yalú?

GENERAL CLARK.—Sí, señor, estoy de acuerdo por completo. Pienso que fué crucial en la Historia de los Estados Unidos el día de 1950 en que miles y miles de chinos cruzaron el Yalú y comenzaron a matar a nuestros hombres. Creo que en aquel momento deberíamos haber indicado que estábamos en guerra con la China Roja y haber usado de todo aquello que tuviéramos a nuestra disposición.

SENADOR MC CARRAN.—¿Era ese su juicio y opina usted ahora también que si hubiésemos cruzado el río Yalú en la época que China venía contra nosotros, ello podría haber originado una tercera guerra mundial?

GENERAL CLARK.—Podría haber ocurrido eso, sí, señor; pero no haré mi opinión... es que no habría comenzado ninguna tercera guerra mundial. No lo creo, y si yo hubiese estado en el Alto Mando habría bombardeado las bases y los aeropuertos de los que el enemigo sacaba la base de su poderío. De este modo, habría deshecho la posibilidad de una tercera guerra mundial, ya que no creo que los soviets se lancen a una guerra mundial sin escoger antes el lugar y tiempo. Por ahora les va demasiado bien con la guerra fría.

SENADOR WALKER.—¿Quié debate al Comité lo que se le autorizó a hacer con los puentes del Yalú?

GENERAL CLARK.—Se me negó el derecho a bombardear o destruir los puentes del Yalú.



Los generales Van Fleet y Lawton Collins hacían impresiones sobre la situación actual en el Extremo Oriente

SENADOR JENNER. — General: usted no ha luchado nunca en una guerra como ésta. ¿Dejaría combatir en otra semejante?

GENERAL CLARK. — No, señor.

SENADOR CARPENTER. — ¿Cree usted entonces que los rusos habrían entrado en la guerra?

GENERAL CLARK. — Podría haber ocurrido, pero mi opinión es que no lo habrían hecho. Quiero reiterar mi opinión de que los rusos no entrarán en la guerra excepto cuando ellos piensen que es el momento y lugar adecuado; por lo tanto, no creo que entonces se hubiese producido la tercera guerra mundial.

SENADOR CARPENTER. — ¿Cómo podría ser restaurado el equilibrio de fuerzas en el Lejano Oriente?

GENERAL CLARK. — Señor, cuando yo volví a casa, abogaba y señalaba en mi último libro lo que yo creo debiéramos constituir y que llamo P. A. O.: Organización del Tratado del Pacífico, y en el cual deben figurar nuestras tropas, la de Chan Kai Chek, las japonesas y, si le parece bien, las de Corea del Sur.

(En un sentido restringido, lo que proponía el general Clark es la actual S. E. A. T. O.)

Las dos últimas preguntas que hicieron al general Clark podrían resumirse así: «¿Es usted partidario de romper las negociaciones diplomáticas con la U. R. S. S.?»

La respuesta fué afirmativa. A la segunda pregunta. «¿No cree usted que los rusos utilizan actualmente a las Naciones Unidas como instrumento para saber lo que desean y para conocer exactamente cómo deben proceder?» La respuesta también fué afirmativa.

(El general Mark Clark fué jefe supremo de las Naciones Unidas en Corea y comandante de las fuerzas americanas en Extremo Oriente y Japón, de 1952 a 1953.)

GENERAL STRATEMEYER

Ahora, el diálogo es con el general Stratemeyer.

SENADOR CARPENTER. — ¿Existía allí (en Corea) algún peligro real de intervención soviética? Me gustaría que hablase usted de esto.

GENERAL CLARK. — El general McArthur no tenía a los rusos lo más mínimo. Igual me ocurría a mí y al general Walker y a todos los que estábamos allí... Si hubiésemos ido hasta Manchuria, no creo que Rusia hubiese hecho nada. Ella siempre hace todo sin consumir un solo soldado ruso.

SENADOR SOURWINE. — ¿Cree usted que desde lo de Corea nos hemos abandonado a una política dictada por el temor?

GENERAL STRATEMEYER. — Es una pregunta difícil de responder. Yo no entiendo nada de política. Toda mi vida he sido militar. Pero existe algo, particularmente desde la segunda guerra mundial, que se vislumbra a cada minuto, y es que hay una fuerza o un poder oculto o algo semejante que deja sentir su influencia sobre nuestro pueblo. No actuamos como americanos. A los americanos se les suponía bravos y nuestra política, tal y como yo la veo, es apaciguadora y blandengue.

A una pregunta del senador



Ridgway y Clark, en el frente de Corea, ambos con gorros de piel, conferenciando sobre el tablero de operaciones

Carpenter, el general Stratemeyer se declaró partidario de romper las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y con sus países-satélites. A otra pregunta sobre las Naciones Unidas contestó diciendo que éstas hacen muy poca o ninguna labor constructiva.

(El general Stratemeyer fué jefe supremo de las Fuerzas Aéreas en Extremo Oriente de 1949 a 1951 y jefe de la Aviación de las Naciones Unidas de 1950 a 1951.)

GENERAL VAN FLEET

Pasa a declarar el general Van Fleet.

SENADOR CARPENTER. — ¿Piensa usted si todo el episodio de la guerra civil griega y del

punte aéreo de Berlín no fueron más que movimientos de diversión para mantenernos concentrados en Europa, mientras se fraguaba el desastre en el Lejano Oriente?

GENERAL VAN FLEET. — Poco a poco he llegado a esta conclusión. Una serie de acontecimientos lo revelan... Creo que nuestro Gobierno y especialmente los militares se han preocupado de Europa más que de Asia... Asia es una tierra difícil. Allí no hay lujo y no se puede disfrutar como en París, Londres u otras capitales... El Pentágono estaba repleto de oficiales superiores que tenían experiencias europeas y cuyo pensamiento también era europeo. Realmente para ellos Europa era la Europa occidental. (En cambio), los rusos sugieren que deben conquistar antes Asia que Europa...

SENADOR CARPENTER. — General, ¿afirma usted que el propósito de los comunistas en Asia es introducir el comunismo en la totalidad de ésta y que ello constituye el designio del mando comunista? ¿No es así?

GENERAL VAN FLEET. — Este es su objetivo proclamado y los hechos llevados a cabo están de acuerdo con él.

SENADOR CARPENTER. — ¿Cree usted que la China comunista hubiese cruzado el Yalú sin asegurarse de que nuestra acción militar iba a ser limitada?

GENERAL VAN FLEET. — No; no hubiesen entrado en Corea si no se sintieran a salvo de un ataque al Norte de China y Manchuria.

SENADOR CARPENTER. — ¿Está usted seguro?

GENERAL VAN FLEET. — Estoy seguro de ello. De no ser así habrían estado completamente locos al entrar en Corea.

SENADOR CARPENTER. — ¿Ha pensado usted algo respecto a la fuente de esta seguridad suya?

GENERAL VAN FLEET. — No tengo pruebas de lo que afirmo... Digo simplemente que ellos debieron adivinar algo a través de alguna Embajada en Pekín.



El mariscal francés Juin (derecha) acompañado del general Guillaume

SENADOR JENNER. — ¿Es Quemoy muy importante para los Estados Unidos?

GENERAL VAN FLEET. — Senador, declaro que es vitalmente importante... Una derrota allí significaría un retroceso más del prestigio y de la política norteamericana.

SENADOR JENNER. — General, ¿me permite preguntarle otra cosa? Suponiendo que la China roja fuese admitida en las Naciones Unidas, ¿qué haría usted?

GENERAL VAN FLEET. — Yo abogaría porque los Estados Unidos abandonasen esta organización y porque las Naciones Unidas buscasen otra sede que no fuese este país. No estaría mal que por diez años se trasladase a Moscú.

(El general Van Fleet fué comandante del VIII Ejército en Corea, de 1950 a 1951.)

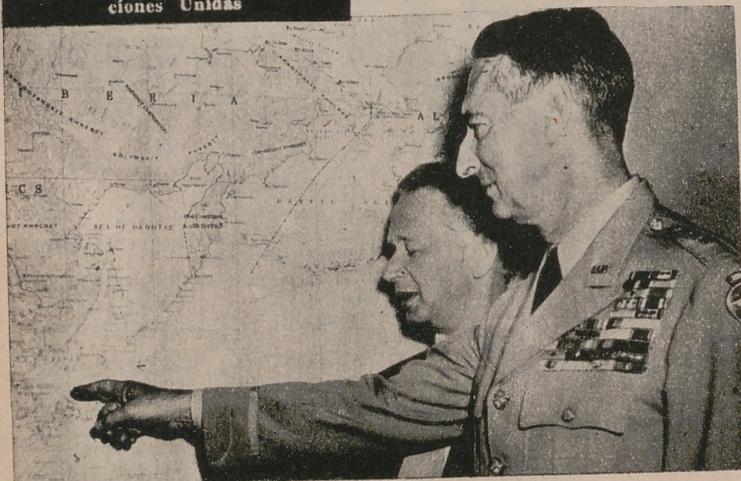
GENERAL ALMOND

Entra ahora en el turno de preguntas y respuestas el general Almond.

SENADOR CARPENTER. — General, creo que el general MacArthur ha indicado que la neutralidad de Formosa constituía para los chinos rojos algo sin precedentes y que conocían nuestros esfuerzos para limitar la guerra antes de que cruzasen el río Yalu.

GENERAL ALMOND. — Yo sólo puedo juzgar sobre lo que he visto el 25 de julio cuando el general MacArthur y su Estado Mayor, del que yo formaba parte, marchó a Formosa. Entonces pude ver las caras del generalísimo y de Me Chang, y de su jefe de Estado Mayor y otros jefes superiores chinos. La consternación con que aceptaron lo dispuesto sobre Formosa equivalía a que les estaba vedada una invasión de la costa china. Cuando les dijimos lo que pasaba, su pregunta era la misma: ¿Y cómo nos ayudarán ustedes para volver a China?... La neutralización de Formosa, en mi opinión, facilitó el que los chinos aprovecharan su ventaja y concentrasen todas sus fuerzas más valiosas en el Norte, desde el momento de que ya no tenían que preocuparse de las del Sur.

El general Mark W. Clark muestra a «Mr. B» la situación estratégica de Corea, durante una visita a la sede de las Naciones Unidas



SENADOR WELGER. — ¿Quisiera preguntarle si no es un hecho que la China comunista es hoy una potencia mayor de lo que era antes.

GENERAL ALMOND. — Creo decididamente que sí. Pienso que han aprendido muchas cosas nuestras en las operaciones militares, y que no las olvidarán. ¡Miren un Ejército espléndido y no vacilo en decir esto.

SENADOR WELGER. — Yo no soy militar, pero desearía preguntarle algo: ¿Realmente cree usted que el ganar la guerra de Corea nos hubiese permitido salvar Indochina?

GENERAL ALMOND. — Creo que sí, decididamente. El fracaso nuestro le dió a China un gran aliciente para lograr más pronto lo que esperaba conseguir más tarde.

A otras preguntas, el general Almond respondió que la O. N. U. «no ha sido hasta ahora más que un nido de espías, de saboteadores y de agentes que han venido aquí para buscar informaciones vitales que puedan afectar seriamente al futuro de nuestra República».

(El teniente general Edward E. Almond fué comandante del X Cuerpo de 1950 a 1951.)

ALMIRANTE TURNER JOY

De entre las preguntas hechas al almirante Turner Joy, muy semejantes a las hechas a los anteriores interlocutores, extraemos ésta:

SENADOR CARPENTER. — ¿Qué opina usted de Indochina?

ALMIRANTE JOY. — Deploro que los franceses hayan creído aparentemente necesario, desde su punto de vista del interés nacional, el llegar a un acuerdo apaciguador con el Vietminh. En mi opinión, su acción presagia la definitiva conquista comunista del resto de Indochina y también quizá de Tailandia, la península de Malasia e Indonesia.

SENADOR CARPENTER. — Almirante, ¿cree usted que el pueblo americano desea o no la paz a cualquier precio?

ALMIRANTE JOY. — No creo que el pueblo americano haya deseado la paz a cualquier precio, sobre todo desde el momento en que es consciente de los principios y de las consecuencias que esto trae consigo.

Resumimos a continuación las conclusiones a que llegó el citado Subcomité del Senado de los Es-

tados Unidos después de escuchar a estos hombres.

1. Los principales jefes militares que actuaron en el escenario de la guerra coreana opinan que la acción requerida para lograr la victoria no hubiese ocasionado la tercera guerra mundial.

2. Esos jefes militares facilitaron algunas claves para descubrir la posible subversión en los departamentos gubernamentales.

Por nuestra cuenta, y después de leer el texto de estas Audiencias, sacamos las siguientes conclusiones:

1. Todos los jefes militares interrogados están de acuerdo en que Rusia sólo atacará allí donde sea más conveniente para ella y en el momento elegido. 2. Rusia se sirve de las Naciones Unidas para hacer propaganda y espionaje. 3. Deben romperse las relaciones diplomáticas con la U. R. S. S.

RIDGWAY O LA ORTODOXIA

Conviene añadir, después de todo esto, que no todos los militares americanos están conformes con esta que purísimos llamar política de la «Big Stick» (de la gruesa estaca). Hay por lo menos en el Pentágono un general—Ridgway, jefe del Estado Mayor del Ejército—que está en franco desacuerdo con los otros jefes de la Junta de Jefes de Estado Mayor en dos cuestiones importantes: 1.º, en ningún caso debe procederse al bombardeo del continente chino, en el caso de que los rojos proyecten el ataque a las islas nacionalistas situadas frente a la costa comunista; 2.º, son las fuerzas de tierra y no las aéreas y navales las que tienen, en caso de guerra, la última palabra. El pensamiento de Ridgway con respecto a esto último, lo expresó él mismo con las siguientes palabras: «Las guerras no se hacen para conseguir el control de los mares o del aire. Estas son etapas intermedias para la consecución del objetivo final. Este objetivo final es el control del territorio enemigo y de la gente que vive en él.»

El general Ridgway se salió con la suya en cuanto a lo primero. Frente al criterio de los otros jefes de Estado Mayor, se impuso su tesis de no bombardear la China comunista. La polémica fué zanjada personalmente por el Presidente Eisenhower en el curso de una reunión especial del Consejo Nacional de Seguridad. Parece ser que en este punto Ridgway y Eisenhower se encuentran en minoría en el Pentágono.

En cambio, la tesis de Ridgway sobre el predominio de las fuerzas terrestres sobre las aéreas y navales, no ha sido aceptada, imponiéndose el «New Look» estratégico, del que ya hemos hablado aquí en otra ocasión.

Conviene tener en cuenta que tanto Ridgway como Eisenhower son generales de Infantería, hallándose más próximos, en consecuencia, a un concepto más «clásico» de la guerra que hombres como Radford, enamorado de los portaaviones o de Twining, enamorado del «B-36».

MONTGOMERY

Pasemos ahora del «caqui» americano al «caqui» inglés. Las opciones que van a leer ustedes a



El general Ridgway, durante la segunda gran guerra, en el Cuartel General en tierras de Bélgica, señala a Montgomery un objetivo a realizar en las operaciones.—Derecha: El almirante norteamericano Arthur B. Radford con el almirante francés F. Auboyneau, en Salgón

continuación fueron remitidas por el mariscal Montgomery el 29 de noviembre de 1954 al Instituto de Tecnología de California.

Montgomery es en la actualidad comandante supremo aliado adjunto en Europa.

«La guerra es siempre una posibilidad. Y como cada vez avanzamos más por el camino del desarrollo de las armas atómicas y termonucleares, de los proyectiles dirigidos y de los cohetes, también cada vez se ve más claro, que una guerra caliente sería un suicidio mutuo para los contendientes. Por consiguiente, el gran problema relativo a la guerra fría en curso, consiste en saber cómo ganarla sin precipitar una guerra caliente... Es evidente que el empleo de las armas atómicas y termonucleares produciría un profundo efecto en la conducción de la guerra en los sistemas de armas, en las concepciones tácticas y estratégicas y, en consecuencia, en la organización de las fuerzas.»

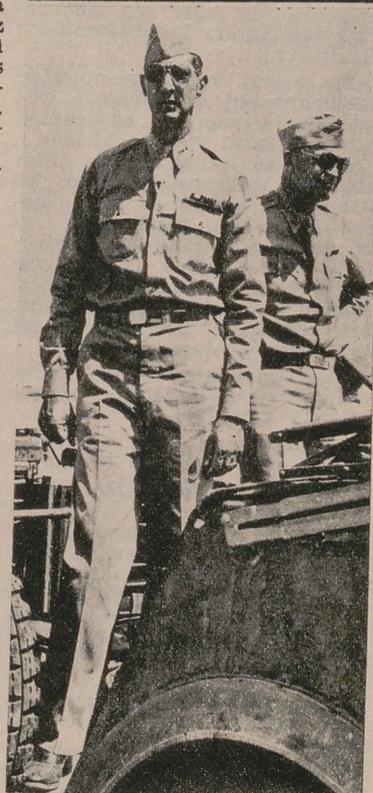
Para Montgomery no existe la menor duda de que si las naciones occidentales fuesen atacadas, éstas emplearían las bombas atómicas y termonucleares como defensa.

Tampoco para Montgomery una guerra futura se podrá ganar sólo a base de bombarderos o de armas nucleares, sino, simplemente y como siempre, luchando en aire, mar y tierra. Ve una principal dificultad para el empleo de las armas A y H, en la necesidad de obligar al enemigo a concentrar sus fuerzas, para ofrecer un buen blanco, sin exponer las propias a un ataque nuclear enemigo.

Según el mariscal Montgomery, una guerra caliente a escala mundial tendría tres etapas:

1. «Una lucha mundial por el dominio del aire y de los océanos. Será vital, durante esta fase, impedir que las fuerzas terrestres del enemigo arrollen y neutralicen las bases y territorios occidentales.»

2. Destrucción de las fuerzas terrestres que le queden al enemigo.



Eisenhower y Clark, en el desierto africano durante la pasada guerra mundial, observan el avance de las tropas aliadas

3. La fase de negociación, cuando el territorio nacional del enemigo y todo lo que contiene esté a merced del poderío aéreo occidental. Llevaremos entonces el ataque aéreo hasta el punto en que el enemigo acepte nuestros términos.»

«Partiendo de la estrategia que

he señalado, está claro que el factor dominante en una futura guerra será el poderío aéreo. Esta es mi firme creencia... Pero nunca ganaremos una guerra en el aire con la organización que tenemos al presente.» La reorganización que propone Montgomery consiste en centralizar el mando de las fuerzas aéreas, sin com-partimentarlas y sin reducir su papel a apcyar directamente a las fuerzas terrestres.

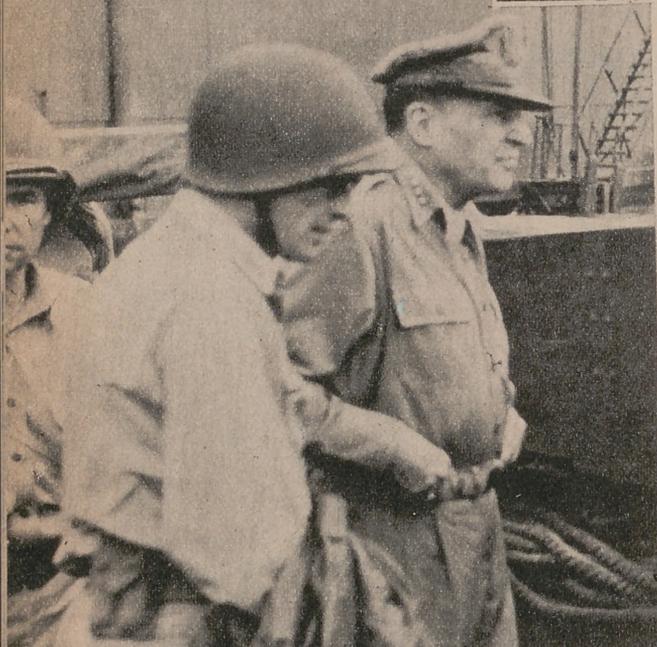
Un poco más adelante, Montgomery se hace la siguiente pregunta: «En el futuro, ¿serán los mares controlados desde el mar o desde el aire?...» Su respuesta es la siguiente: «Personalmente, soy de la opinión de que vendrá un tiempo en que el factor más importante en el control de los mares será el poderío aéreo. Considero que ha terminado la época de los grandes barcos de superficie.»

En esto, Montgomery se sitúa al lado de los aviadores americanos que polemizaron hace años con los almirantes (se llamó a esta polémica «guerra de los almirantes»), partidarios aquéllos del B-36 —bombardero atómico— y éstos del portaaviones. Al principio, los aviadores ganaron la partida, pero últimamente los marinos se tomaron la «revancha» al botar e el primer portaaviones de la serie «Forrestal».

La declaración enviada por el mariscal Montgomery al Instituto de Tecnología de California fué publicada íntegramente por la revista norteamericana «U. S. News and World Report», en su número del 17 de diciembre de 1954. Iba acompañada, en el mismo número, por un discurso de James H. Smith, secretario adjunto de la Marina para el Aire, y por otro del almirante Carney, jefe de Operaciones Navales de la Marina de los Estados Unidos.

Los puntos de vista sustentados por estos dos americanos difieren bastante del de Montgomery. Mientras éste dice que los grandes barcos de superficie pertenecen al pasado, Carney sustenta la tesis de que un portaaviones como el «Forrestal» está cons-

El general McArthur disponiéndose a desembarcar en una isla del Pacífico conquistada a los japoneses en la pasada guerra



truido para el futuro («Is built for the future»).

James H. Smith expone un pensamiento ecléctico y relativista en estas materias. Refiriéndose a la afirmación de Montgomery de que las fuerzas aéreas habrán de ser en el futuro mayores, y los barcos menores, puntualiza: «Esto puede ser verdad en Gran Bretaña, según su organización militar, pero no es verdad para los Estados Unidos.»

El señor Smith establece una inteligente diferencia entre el concepto que tienen los ingleses de las bases y el concepto que tienen de ellas los americanos.

Conclusión (por nuestra cuenta): No existe lo que pudiéramos llamar un concepto occidental de la estrategia, sino muchos conceptos y con frecuencia contradictorios. Se ha logrado unificar mandos y armas, pero todavía no se ha podido identificar el pensamiento de aviadores, marinos e infantes, inclinados todos a creer que su arma es la «reina de las batallas». La cosa tiene una fácil explicación. Ya dijo Mahan que la estrategia viene determinada por la geografía. Es lógico que a distinta geografía correspondan unas distintas ideas estratégicas, máxime cuando en el bando occidental se piensa en términos defensivos, en los que cuentan necesariamente las peculiaridades geográficas nacionales. De forma que difícilmente podrán ponerse de acuerdo ingleses y americanos.

No deja de ser curioso el hecho de que la potencia naval más tradicional del mundo—Inglaterra—, ponga ahora su futuro en el aire y no en el mar, olvidándose por primera vez del testamento de Pitt y de Nelson...

EL PENSAMIENTO MILITAR FRANCÉS Y ALEMÁN

Quisiéramos suministrar a nuestros lectores un «comprimido» sobre el pensamiento militar

francés en la «Edad Atómica». Pero la verdad es que no tenemos a dónde «agarrarnos». Hombres como De Gaulle, Juin, y Koenig, están más entregados a la política que a las armas, más a las cuestiones coloniales francesas que a la especulación estratégica universal. En la prensa de París generales retirados como Bethuair, apenas logran decir algo interesante y otros, como Corniglion-McLiner, escriben sobre asuntos políticos y partidistas. Si hemos de juzgar por esa prensa

sa, parece ser que, desde el punto de vista militar, lo que más preocupa en estos momentos a los generales franceses es encontrar un lugar adecuado para «trasplantar» la Academia de Saint-Cyr...

En cambio, los ex generales de la Wehrmacht son invitados casi a diario a expresar su opinión sobre el futuro ejército alemán...

Entre las opiniones más autorizadas y características nos ha llamado la atención la del general Hans von Manteuffel, el hombre que durante la desesperada contracensiva de las Ardenas, cuando el frente Occidental alemán se estaba desmoronando, fué encargado del mando del V Ejército acorazado.

Hace unos meses fué entrevistado por el periodista francés Etienne Antherieu.

—¿Qué piensa usted, mi general, del nuevo Ejército alemán?

—El Ejército que vamos a hacer no debe parecerse en nada al antiguo. El nuevo soldado alemán es ante todo un ciudadano libre. Debe saber ante todo, que ha vuelto a vestirse el uniforme para la defensa de sus libertades. Su oficio de soldado no será más que una prolongación de su oficio de ciudadano.

—¿Cómo deben manifestarse estas diferencias?

—Por la concesión al soldado de los privilegios democráticos. Es preciso que tenga derecho a voto, y la posibilidad de ser candidato. Le serán reconocidos el derecho de expresión y el de asociación. Este hombre libre, que habrá consentido libremente en servir en el Ejército, no debe sufrir la instrucción prusiana. Excesiva, a veces inhumana, iría hoy contra el objeto que se debe buscar: la cooperación de todos.

—La dificultad—sigue el general—vendrá de los cuadros. Diez años han pasado sin borrar las huellas de la antigua formación.

La mayor parte de los oficiales y suboficiales han encontrado un empleo civil. Tienen diez años más. No será fácil elegir a aquellos que acepten la readaptación a una nueva forma de Ejército, y, sobre todo, a un nuevo espíritu. Pienso que una pequeña parte, de un diez a un quince por ciento, será readaptable.

—Creemos en Francia que el gusto por el uniforme persiste todavía en la juventud alemana.

—Es una opinión errónea. Ciertamente, a la gente le sigue gustando ver el paso de los soldados. ¿Pero cuántos espectadores desearían enrolarse? Muy pocos. El movimiento «Sin mí», cuyo título es significativo, agrupa a la mayor parte de la juventud. Los sindicatos socialistas se han pronunciado contra el rearme.

—Los franceses creemos que tendrán ustedes todos los voluntarios que deseen.

—Ese es otro error. Desde la firma de los acuerdos de Londres, el número de voluntarios, que ha aumentado ligeramente, no pasa de 140.000, y en su mayor parte son antiguos oficiales y suboficiales mal situados en la vida civil, o sin trabajo. Hay que precisar también que unos 50.000 son candidatos a empleos administrativos, con contratos de larga duración. Los jóvenes siguen a la expectativa.

—¿Impondrán entonces el servicio obligatorio?

—Evidentemente. Alemania ya no conoce las fuertes natalidades de otros tiempos. Así, por ejemplo, la quinta de 1936 (jóvenes nacidos en este año), que será llamada probablemente la primera, sólo cuenta con 413.000 hombres. Con un 30 por 100 de inútiles, quedarán unos 300.000 hombres por contingente. Para hacer un Ejército de medio millón de hombres, como está previsto, será preciso establecer el servicio obligatorio de dieciocho meses.

A la pregunta de cuándo estará a punto el nuevo Ejército alemán, el general Von Manteuffel contestó:

—Creo, como técnico, que a partir del día en que comience la formación del Ejército, se necesitarán tres meses para reclutar y reinstruir a los instructores, y doce a quince meses para formar los cuadros subalternos (tenientes y capitanes). No olvide usted que partimos estrictamente del cero. Lo que se ha podido decir o escribir sobre la oficina Blank es pura invención. En realidad, aparte un pequeño núcleo de algunas docenas de personas, nada existe. Así, al cabo de dieciocho meses, cuando tengamos los cuadros, necesitaremos un año para reclutar e instruir a la tropa. Esto será para 1957, o tal vez para 1958. Se olvida con demasiada facilidad, que jamás en ningún tiempo y en ningún país, un Ejército ha sido tan total y minuciosamente aniquilado por los vencedores. Todo ha sido dispersado: expedientes, escuelas, cuadros. No tenemos nada. Nos quedan generales, directores de bandas de música, intendentes. No es con esto con lo que se hace un Ejército.

M. BLANCO TOBIO

REPRESENTACION POPULAR Y ORDEN NATURAL

La convocatoria de elecciones para diputados provinciales y la próxima renovación de la representación sindical en las Cortes enfocan hoy esta breve consideración editorial hacia uno de los temas políticos más debatidos: hacia el concepto de la democracia.

Las definiciones de democracia son múltiples. Puede afirmarse que cada época, cada período histórico interpreta el concepto de un modo. Y que dentro de ellos cada teórico tiene su definición. Y cada partido político, su traducción particular de lo que entiende por democracia. Pero en la valoración esencial del concepto hay una coincidencia unánime: democracia es, en última instancia, la participación del pueblo en las tareas del gobierno de una comunidad política; es incorporar la opinión a la acción gubernadora.

Ahora bien, las diferencias, las disparidades conceptuales, aparecen a la hora de determinar el medio o el método por el cual deba efectuarse esta incorporación. Y surgen así, en términos generales, dos posibles clases de democracia: la inorgánica y la orgánica. Inorgánica cuando la representación se elige directamente sobre la masa popular sin atender a ninguna posible diferenciación funcional, a ningún posible orden social que pueda existir naturalmente entre los individuos. Se acepta o se recurre por ello al arbitrio de considerar dividida la masa de electores en distintos bandos o partidos y de hecho se obtiene una representación meramente numérica, surgida de la estimación del hombre como número. La cosa, vista desde este ángulo, no necesita a estas alturas apenas comentario. Ni se revela ciertamente como un sistema garantizado por la lógica—que también en la política pesa, y mucho—o favorecedor del equilibrio que debe presidir la estructura, cualquiera que sea, de un Estado.

Al contrario, la democracia orgánica—la organizada frente a la desorganizada, que a esta viene a equivaler tales términos—busca la representación popular sin desvertebrar el orden natural al que se ajusta la construcción del cuerpo social: por el triple cauce de las instituciones naturales, por la familia, por el Municipio, por el Sindicato. Obtiene así una representación surgida de la consideración del

hombre como individuo, como creador de una familia, célula básica de la sociedad; como habitante de un territorio, expresión territorial del país; como practicante de un oficio o profesional de una actividad, posición de servicio en la empresa colectiva que significa la nación.

¿Y cómo negar el carácter de democracia a esta fórmula, que lleva en sí misma la razón de su propio equilibrio, que atiende y se ajusta a las exigencias más elementales de la lógica política, que mantiene el orden natural que preside la conformación de las sociedades?

Con razón afirmaba el Jefe del Estado en un discurso ante las Cortes Españolas: Es paradójico que se intente negar el título de democrática a una nación que vive y discurre bajo los principios de la fe católica, que impregna sus leyes de un hondo espíritu cristiano, que organiza la vida a través de las actividades en que tradicionalmente ha discurrido la vida de nuestra nación, que tiene sus Cortes representativas, elegidas por sus Municipios, sus Sindicatos y sus Hermandades. Y más adelante: A esa democracia convencional nosotros oponemos una democracia católica y orgánica que dignifica y eleva al hombre, garantizándole sus derechos individuales y colectivos, que no admite su explotación por medio del cacicazgo y de los partidos políticos profesionales, sino que les abre cauce libre a través de las Hermandades, Sindicatos, Corporaciones y organismos provinciales y locales en los que discurre su vida.

Una forma, en suma, de democracia de raíz hondamente española, que ha permitido en el mismo tiempo que otras naciones viven años de estéril desorden político, el resurgimiento moral y material de España, el total balance favorable de una política. El balance que sin interrupción, sin trastorno, sin desequilibrio en la colaboración a la acción gubernadora, continuarán celebradas las próximas elecciones, los nuevos diputados provinciales y los nuevos procuradores sindicales en las Cortes, que, sin duda, significan la expresión más avanzada, más progresiva y más concorde con la verdadera naturaleza política del Sindicato en el sindicalismo de nuestro tiempo.

EL ESPAÑOL

IDEAS PARA UN NUEVO OPTIMISMO SOBRE ESPAÑA

SIEMPRE hemos sido los españoles bastante inclinados al pesimismo sobre nosotros mismos, y especialmente sobre lo que en el pasado hicimos. Los españoles como historia, he ahí algo que no es posible rectificar y que se debe aceptar tal cual fué, porque si la historia puede falsificarse, lo que no puede hacerse con ella es cambiarla. Pero este pesimismo español sobre el pasado condiciona mucho la Historia en presente, o sea, eso que, para entendernos pronto, solemos llamar política. Todo esto nos lleva como de la mano a sostener que el pesimismo español sobre el pasado conduce a un escepticismo sobre el presente, que en la política actúa como una virtud cínica o sea, como un defecto. Quié-

nes, remontándose al pasado, creen que todo se hizo mal, llegan a considerar que también el presente está equivocado. En gran parte, el llamado pesimismo del 98 no era más que una mala opinión sobre la historia y un deseo—por otra parte, manifiesto—de enmendarlo todo, rompiendo con el pasado para proyectarse hacia un orden diferente.

Una opinión crítica sobre la Historia de España es, evidentemente necesaria; pero sin que esa crítica, que, en fin de cuentas, es un sistema de trabajo, llegue a convertirse en un pesimismo vocacional, que lleva a grandes sectores españoles a la paradoja de proclamar en público que tenemos que avergonzarnos de nosotros mismos y, al mismo tiempo,

a una jactancia que no es de ahora, pues ya en el siglo XVII observaba Quevedo que sólo servía «para hacernos odiosos al extranjero». La hinchazón externa y el pesimismo interno se compaginan bastante mal. Habrá pocos que no reconozcan que esto es cierto y que sobran españoles dispuestos a la egolatría ante los de fuera y a proclamar, en cambio, hacia los de dentro—sea a todos los compatriotas, en general, y a los amigos, en particular—que en el curso de nuestra vida colectiva hemos acertado pocas veces. Así, encontramos españoles que en público hablan de don Francisco Pizarro o de Cortés como si fuesen sus propios abuelos y que en privado especulan sobre si no hubiese sido mejor que nuestros an-

tepasados se hubiesen quedado majando terrones y haciendo en España caminos y regadíos en lugar de conquistar Amberes, asaltar el Cuzco, defender Milán, gobernar Nápoles o evangelizar a California.

A mí—debo reconocerlo con toda la sinceridad posible—no me preocupa tanto que los españoles condenen muchas veces su historia como que ese pesimismo nacional se convierta en un escepticismo paralizante, sobre el cual es difícil realizar una labor política. Un español que se apasione por las Leyes de Indias, por la República, por la Matemática en el siglo XVI o por el regalismo de Carlos III, puede constituir un buen material político, porque estará siempre dispuesto a tener ideas y, lo que es más difícil, a mantenerlas. Pero hay otro tipo de español que se considera más fácil de gobernar y que, en cambio, es ingobernable. Este tipo es el del español que no cree en nada fuera de sus intereses particulares e inmediatos. El español incapaz de entusiasmarse por nadie ya fué definido por el Fundador de la Falange y sigue existiendo hoy, como si aquí no hubiese pasado nada. No digo ya desde los tiempos de don Felipe II (al que muchos valoran en exceso, acaso porque se han molestado en estudiarle), sino desde 1936. A esos tales les es igual la Falange o el socialismo, la Monarquía o la República, Euclides o Einstein y Truman o Molotov. Son buenos tipos para hacer empleados, astrónomos, filatélicos o echadores de cartas. Pero son ciudadanos pésimos, porque no creyendo en nada son incapaces de entusiasmarse por cualquier tema que no afecte

—¡eso, sí!—a sus ridículas y mezquinas vidas privadas. A la sociedad no la sienten, a la Nación no la viven y al Estado no le comprenden.

De ahí que para obtener una clara conciencia del presente se haga necesario un optimismo radical sobre el pasado, o sea, una aceptación de la historia cual como ha sido, y no tal como queríamos que fuese. Ni ese pasado fué peor que el de otras grandes naciones, ni nuestras instituciones fueron tampoco, a través de los siglos, peores que las de otros pueblos de Europa. Inglaterra, por ejemplo, ha sufrido los Reyes más tontos que el mundo ha conocido, y, sin embargo, la Monarquía inglesa se ha hecho famosa. Enrique VIII era un medio demente; Isabel I no necesita epítetos; Carlos II estaba vendido a Francia; Jorge I no se molestó en saber inglés; Jorge III era loco, sin paliativos, y su hijo Jorge IV alcanzó las más increíbles cumbres del vicio. Y, sin embargo, no se encontrará un inglés que confiese esto en público, aunque en su conciencia le conste que sea cierto. Hay millones de españoles que se avergüenzan de su Historia, cuando deberían enorgullecerse de ella, y, en cambio, todos los ingleses encomian su propio pasado, que dista mucho de ser ejemplar en muchos momentos de la Historia británica.

Todo esto hace que, desconfiado y escéptico ante su Historia, ese mismo español lo sea también ante su política. ¿Qué confianza se puede tener en los muros cuando se afirma que son lamentables los cimientos? Reafirmar la historia con optimismo, hacernos solidarios de ella, que-

rerla como fué—entre otras cosas, porque no tiene remedio—, es una tarea urgente para todos. Habría que hacer un gran auto de fe con muchos libros en los cuales se educa a nuestra juventud en una actitud negativa y crítica hacia el ayer de España. Y cuando se desconfia del ayer, difícil será que las nuevas generaciones tengan confianza en el mañana.

Hace treinta años el comunismo soviético hizo una gran almoneda con la Historia rusa. Hoy el mismo nacionalismo histórico del zarismo se encuentra en las generaciones educadas por el comunismo. Rusia fué grande—dicen—, incluso con los zares. Es mucho más fácil seguir un camino que iniciar una nueva ruta, y el comunismo sabe que hay que prestigiar el ayer si se quiere tener fe en el futuro de una patria.

Acabemos, pues, y pronto, con las nuevas leyendas negras sobre la Historia de España. No más hablar de Reyes necios, ni de batallas perdidas, ni de ocasiones desaprovechadas, ni de regímenes podridos. Que todo lo español sea nuestro, que todo lo español sea grande, que todo sea hermoso y noble. Todo, incluyendo a Fernando VII, al general Espartero, a Castelar, a Cánovas del Castillo y a don Melquíades Álvarez.

Se hace urgente revalorizar, justificar y ennoblecer la Historia de España y concluir con el pesimismo crítico que nos aniquila y nos come. ¡Que todo lo español sea nuestro, desde el conde de Fernán Gálvez hasta el conde de Vellellano!

José RAMON ALONSO

¿QUIERE ESTAR ENTERADO DE LO QUE SE OPINA EN EL MUNDO SOBRE LA ACTUALIDAD?

Lea "OPINION"

«OPINION» recoge los resultados de las encuestas más interesantes realizadas por los institutos extranjeros de opinión pública.

Publicación mensual 36 páginas

Suscríbese remitiendo este boletín a:
«OPINION», Monte Esquinza, 2,
Madrid.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.
domiciliado en
calle Núm.

se suscribe a OPINION, cuyo importe de TREINTA pesetas (un semestre) abonará al recibir el primer ejemplar.

... de ... de 1955.
(Firma.)

EL POETA RESUCITADO

Este es el título del comentario sobre el resurgimiento internacional de los estudios sobre Apollinaire que ha escrito *Raymond Warnier* especialmente para el número 37 de POESIA ESPAÑOLA.



Está a la venta el número 37 de

POESIA ESPAÑOLA

con las firmas de Jesús Acacio, Pedro Bargueño, Miguel Fernández, Ildefonso-Manuel Gil, José Janés, Manuel María, Carlos E. Mesa (C. M. F.), Triny Mollar, Rafael Montesinos, Adolfo Muñoz Alonso, Carlos Salomón, Juan-Germán Schroder, Jesús Tome (C. M. F.), Juan Torres Grueso y Adriano del Valle.

32 páginas — 10 pesetas

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

MARRUECOS

FRANCES: UN COLONIAJE A CONTRAPELO

ARGELIA, UN POLVORIN DEL MUNDO ARABE

LA COLONIZACION FRANCESA Y EL CONCEPTO DE HONESTIDAD



“Palabra de hombre es palabra de valenciano”

De nuestro enviado especial

Luis Antonio de Vega

ARGEL es una de las ciudades más bellas del Mediterráneo. Como población africana no alcanza un alto rango de belleza. Son mucho más bonitas Túnez, Trípoli, Marrakech, Fez, Mequinez; pero en calidad de villa europea, trasplantada al Continente auxiliar, resulta, si no la primera, la segunda. Tal vez Casablanca pueda competir con Argel; Orán, no... Y las demás ciudades, exceptuadas Ceuta y Melilla, ninguna tiene vitales occidentales.

Sin embargo, mis preferencias no anclan en el barrio de Mustafá Inferior, y si mi viaje hubiera sido meramente turístico, es muy posible que ni siquiera pisara el boulevard Carnot, ni el de la République, ni el de la France, de la misma manera que en Fez no me alojé en Ville Nouvelle, ni en Marrakech en el Gueliz.

Donde terminan las calles rectas y anchas y comienza el laberinto urbano, allí empieza mi barrio. Esta preferencia por lo autóctono no me impide reconocer que el Argel europeo mostraba perfiles gratos.



Al fondo, la Palmera-
da de Bir-el-Serrak

En alguna parte de Argelia se estaba dando fin a la «Operación Violette». Un separatismo militante «emigraba de las «medinas» y ganaba el campo. Los fellaus podían promover en cualquier momento disturbios graves, y tampoco quedaba excluida la posibilidad de un recrudecimiento del terrorismo, pero en el Argel europeo ninguna de estas cosas se notaba.

Lo mismo que en París durante el verano, los restaurantes, en un febrero que, sobre los hangares de la Cámara de Comercio es abril, los hoteles tenían dispuestas sus mesas en terrazas de la vía pública. Pasaban las mujeres llevando en sus vestidos la primavera y no se veía un abrigo ni una gabardina en la plaza del Grand Theatre ni en la rue de Tánger, ni en el Jardín Marengo.

Nada en el Argel europeo produce sensación de riesgo, y sería

exagerado establecer comparaciones entre el aspecto que presenta la capital argelina y el que ofrecía Casablanca cuando la visité por última vez, con las avenidas llenas de tanques y los barrios indígenas tomados militarmente por los senegaleses.

LA VIDA Y LOS PRECIOS

En Argel la vida y los precios son bastante parecidos—me estoy refiriendo al Argel europeo—a los de Tánger. Un almuerzo más que aceptable en un restaurante no muy lujoso oscila entre los 500 y los 600 francos. La cocina es excelente, y el vino, malo y de pocos grados. Una buena habitación, no en un hotel de lujo, pero sí de primera, con baño, cuesta 1.000 francos.

No ignoro que no se conoce una ciudad hasta que no se ha recorrido su plaza de abastos. La de Argel, excepcionalmente, por

su población, en la que conviven varias razas, no da una impresión de conjunto, sino muy parcial. La de los barrios europeos y la de los israelitas a quienes rie la fortuna, pero si cada día tiene su afán, mi afán de aquel día era lo europeo precisamente.

Juzgando por lo que se ve en la plaza de abastos en Argel no se puede hablar de crisis. Pero la que me produjo la plaza de abastos resultaría una visión simplista de las cosas. La capital argelina es una población de funcionarios, de militares a quienes—como devengan un sueldo con los correspondientes pluses—no afectan las crisis, que aquí no pueden ser más que de carácter agrícola, porque la industria está muy poco desarrollada.

En los cursos de legislación argelina, el profesor Lambert ha manifestado: «Le meilleur cadre de la main d'oeuvre ceste ici la tribu et non l'usine.»

Argelia es un país agrícola—muy pobre, con algunas zonas feraces en las que los levantinos de España—principalmente en el Oranesado—han aclimatado la vid, el olivo, en sustitución del acebuché argelino, y la naranja. Del resto del país, dos tercios son desierto.

En Argel es—después de una prolongada ausencia—donde se aprecia mejor la curva demográfica creciente. En 1921 tenía poco más de 200.000 habitantes. Hoy tiene más de 700.000. Si Madrid hubiera crecido en la proporción que lo ha hecho Argel, tendría 3.300.000 habitantes, doble número del que tiene.

La metrópoli absorbe más indígenas de Argelia que franceses envía al territorio; las emigraciones española, italiana y maltesa están bastante restringidas y, sin embargo, un país que hace treinta años tenía cinco millones escasos de habitantes, hoy, según el censo oficial indica, tiene nueve millones; pero todos con quienes he hablado del asunto, lo mismo judíos que españoles, que franceses conceden un crédito muy limitado a la estadística. Los menos optimistas cifran la de Argelia en una población de 10 millones. Los más optimistas dicen que se

aproxima a los 14 millones. Dejémoslo en los 10 millones. De haber experimentado proporcionalmente el mismo crecimiento demográfico Francia, su población actual sería de 72 millones de habitantes en vez de 42.

Hay que hacer observar que la poligamia—que era una gran empresa de producción humana—prácticamente ha desaparecido del territorio argelino.

Si todos los elementos son desfavorables ¿por qué se ha producido el aumento?

Por Francia.

LA «OPERACION TRASPASO»

Parecerá extraño que teniendo, como tengo, una posición política absolutamente identificada con la que hoy se lleva en la zona de protectorado español, elogie a los franceses y diga que se les debe el aumento de población.

Nuestros vecinos hacen muchas cosas mal; pero cuando realizan una bien no es justo silenciarlo. Nos quitaría autoridad para la crítica adversa.

Sus médicos son muy buenos y han realizado una labor magnífica. Por otra parte, la misma que hemos llevado nosotros a cabo en el Rif y en Yebaia. En una ocasión escribí que, aun siendo las otras muy importantes, la mayor victoria que obtuvo Franco en África fué la lograda contra el espiroqueta pálido.

También en Argelia la jeringuilla ha sido mejor arma de penetración que el cañón.

La mortalidad infantil era pavorosa. Los médicos han logrado reducirla a los moderados límites de Europa. En Argel funciona la primera «Banca de los Ojos» que se estableció en el mundo. A ella precisamente le he dejado en herencia los míos, especificando que quiero que los utilicen para dar vista a una muchacha ciega. Me consuela y me conforta pensar que, gracias a un donativo que para mí no supone nada ni me cuesta nada, un día podrá ver este mar que yo estoy viendo, el boulevard, el parque, el delirio de color de las tiendas de los indostanos y de

Una calle del viejo Alcázar



los pakistaníes, la estrella, el río y la flor, una chica que no ha nacido todavía o que vivirá en las tinieblas hasta que le injer ten mis ojos, después de que Azrael me diga que ya es hora de que le acompañe.

(Señor director de la «Banca» de Argel: me disgustaré mucho si después de muerto se les olvida a ustedes llevarse mis ojos.)

He hablado de los indostanos y de los pakistaníes. Estos son los punos, en un sentido comercial, de nuestra época. Ajenos, fuera de sus patrias, a toda preocupación de tipo racial o nacional, en poco tiempo se han adueñado de los comercios de sederías del África del Norte.

En Argel están desplazando a los judíos. El sedero moro aptinas se defiende en el reducto de las Kiserias. El europeo ni siquiera pretende competir con el indostano, que se ha establecido en todas las ciudades del territorio de la Regencia después de una operación de gran estilo fiduciario a la que lanzó la caballería de San Jorge, en contantes, aunque no sonantes libras esterlinas: la «Operación Traspaso».

Por la llave de cuchitriles, los judíos les pedían una cantidad mayor de la que vale la casa entera. Había su poco de regateo, y el hebreo, considerando que la época no era de vacas robustas ni de espigas lozanas, cogía su cheque y evacuaba la tienda. En cualquier lugar de la tercera zona del Ensanche donde se construyese un edificio ya estaba el indio al acecho de una planta baja.

Esta «Operación Traspaso» no es sólo de Argel, sino de todo el Norte de África.

La calle Sheaguin, de Tánger, que hasta hace poco tiempo fué hebrea, es india, y el indio se extiende por Cristianos por Comercio, por el Boulevard Pasteur y por la cuesta del Estatuto; la calle Luneta de Tetuán es india. Indias las más importantes vías de Casablanca, Orán,

Una escena típica: hebrero del Sur en plena faena



CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

1 IDIOMAS

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
INGLES - FRANCÉS - ALEMÁN
LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA
Poliglophone
CON DISCOS O SIN DISCOS
Obsequiamos con un tocadiscos miniatura.

2 COMERCIO

MODERNÍSIMOS CURSOS
CONTABILIDAD - TRIBUTACION
CALCULO - MECANOGRAFIA
TAQUIGRAFIA - REDACCION
Facilitamos máquinas de escribir.

3 RADIO

MARAVILLAS ELECTRONICAS
RADIO TELEVISION
Y CINE SONORO
La técnica más actual y la del más inmediato porvenir
Proporcionamos abundante material a los alumnos.

4 CULTURA

IMPRESCINDIBLE PARA TODOS
CULTURA GENERAL.
ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA
Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.
Cursos completísimos de perfeccionamiento

5 CORTE

CURSO PARA LA MUJER
CORTE Y CONFECCION
El original curso *Femina* tantas veces imitado y nunca igualado.
Regalamos a nuestras alumnas un redondeador de faldas.

6 MUSICA

CON DISCOS O SIN DISCOS
SOLFEO ACORDEON
En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.
Regalaremos un diapasón y proporcionaremos acordeones

7 DEPORTE

INDICE DE UNA CULTURA
FUTBOL
Para aficionados y profesionales; clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAMORA
JUDO Y JIU - JITSU
Respaldado por la Federación Española.
Cursos teórico-prácticos.

8 CLUB CCC

SORPRENDENTE ORGANIZACION POR CORREO
El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.
Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, Intercambios, viajes, carnet, insianias, etc.



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D. _____
señas _____
solicita información GRATIS sobre las materias
n.os _____

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

Tlemecám, Constantina, Túnez, Sfax, Tripoli...

Es la invasión del objeto de Naylor, que en España se paga a 90 pesetas, y en las tiendas indias de Argel cuesta 35. En esa proporción todos los artículos. Mi cálculo es de un 60 por 100 más barato.

Máquinas de escribir soviéticas y caviar soviético, este último a un precio irrisorio si se compara con el que se cotiza en Europa.

Tímidamente se insinúa la mercadería japonesa en los comercios indios de Argel, desde el mantón de Manila fabricado en Yokohama hasta el llavero pornográfico con dije en el que se muestra una señora ondulante.

Hay muchos objetos de los llamados novedades a tres y cuatro pesetas. Un reloj japonés de pared de muy graciosa esfera y que marcha bien se adquiere en una tienda india de Argel por 14 duros.

El comercio de un indostano es para las mujeres una primorosa tela de araña. Es tan difícil hacerles despegar de sus mostradores como a un borracho del de una taberna. Se embriagan ante tantas cosas de lujo, muchas de ellas de una inutilidad manifiesta.

DE TIENDA EN TIENDA

Mis amigos Ramón Areces Modesto Prieto, Sánchez Rubio, Tomás del Rey y José Fernández han hecho primores en los grandes comercios madrileños. En gran parte se les debe la transformación de la vida mercantil española, pero no han llegado a las sutilezas de los indostanos de Argel. Entré en la tienda de Phoomull Chellarán a comprarme unos calcetines. Me aborció una muchacha india preciosa, que se informó acerca de cuál es mi idioma de cura; inmediatamente me habló en español. Tenía una gracia mimosa. Daba pena decirle que uno ya tenía una «Parker 51» y que a los mecheros, aunque sean eléctricos o de hidrógeno, prefiero las cerillas y que no quería buscarme complicaciones con los aduaneros de Barajas. Me vendió todo lo que quiso. Su padre, el dueño del comercio, reblandecía mi defensa obsequiándome con un «whisky» escocés, al parecer fabricado en Madrás, que me hace temblar por el porvenir de la industria alcohólica de Escocia porque éstos van a situar el «whisky» en Edimburgo a tres chelines el hectolitro. ¡Y tan bueno como el de Scott Land!

En la segunda tienda india que visité aquel día no fui atendido por una joven de Bombay o de Calcuta, sino por una sefardita que no parecía que la hubieran seleccionado para que vendiera quimonos de seda bordados en plata y oro, sino para reina de belleza. Uno se dejaba engatusar voluntariamente y compraba cosas que no le hacían ninguna falta. El propietario del establecimiento me confió que sentía una gran simpatía por los españoles y que me iba a obsequiar con unas copas. —No, no quiero más «whisky»... —¿«Whisky»?... Le voy a mos-

trar lo único bueno que tiene el comunismo... Un «vodka»...

Supongo que cada indio tendrá su especialidad. «Whisky», «vodka», vino de pasas de Smitna, aguardiente de arroz japonés... A las mujeres las aturden regalándoles pequeños frascos de perfumes, estuches para las barritas de los labios... Prestan su colaboración al aturdimiento femenino unos muchachos morenos con el pelo rizado y los ojos muy negros, dependientes de choque para cincuentonas vacilantes en la adquisición de un objeto.

No me explico cómo gentes que poseen tan excelente filosofía, tan refinada y tan comercial que ante un indio un hebreo es un vendedor de cacahuetes ante el jefe de ventas de los almacenes de Bárbara Hutton, poseen una cocina tan abyecta, de la misma manera que tampoco puedo explicarme cómo el señor Bohamija Mohandramull, después de haberme dicho que sentía una vehemente simpatía por España, me recomendará que fuese a almorzar al restaurante de su amigo y compatriota Mahara Lampatamah.

Quede aquí su nombre como el del que ha inferido la mayor injuria gastronómica a un perodista de la archidiócesis culinaria de Burdeos.

El restaurante es un zaquizamí en el que no tarda uno en averiguar cierta inclinación a la santidad doméstica. Sirven muchos platos, todos muy pequetitos y muy picantes, de no sé qué aborrecibles hierbajos... En fin, deprimente. Para remontarse hay que ir a las siete y media, que es cuando cena la gente en Argel, a una tratoría que hay en la rue de Orleans, que es donde mejor ponen de trippe a la romana.

ESPAÑOLES EN LA TABERNA DE PEPET

En Argel capital viven unos 25.000 españoles. En Blida, posiblemente, unos 15.000. Yo estuve en Blida en una taberna que tiene Pepet, el alicantino, muy cerca de la orilla del Guadalquivir. No hay ninguna confusión: el Guadalquivir pasa por Blida. La mayor preocupación que terminan los clientes de Pepet aquella noche del domingo era la de que, habiendo sonado las siete, todavía no habían recibido los resultados de los partidos de fútbol celebrados en España.

El equipo favorito de los españoles de Es Sahel argelino es el Hércules, que les tenía bastante inquietos, tanto que no se interesaban por la «Operación Violetta».

Si uno quiere informarse acerca del movimiento separatista y de sus posibles consecuencias, que no vaya en busca de datos ni de opiniones a la taberna de Pepet. Parece como si fuera un asunto que mayormente no les interesara y creo haber encontrado el por qué piensan un mucho en el Hércules y un poco en el Valencia y en el Mallorca: son los equipos de fútbol que gozan—después del Hércules—de la simpatía de los agricultores de Blida. Estos se han aclimatado a la tierra y no al espíritu de



Este río se llama Guadalquivir

Argelia. Conviven con moros, con judíos, con mozabitas, con maiteses, con franceses y con italianos, pero forman un clan español. Un clan trabajador, honrado, serio e «hinchá» del Hércules de Alicante.

En Argel se celebran partidos de fútbol, y en Orán y en Blida. Nuestros compatriotas ni van a verlos, ni leen las reseñas, ni es importa un pimiento seco que gane el Athlétic de Constantina o el Racing de Mastaganem.

Tampoco les interesa gran cosa lo que diga «L'Echo d'Alger». En cambio, reciben periódicos valencianos y revistas madrileñas.

Y, sin embargo, no se trata de una emigración golondrina. Aquí se instalan y aquí permanecen. De vez en cuando sienten la nostalgia del país y se van a Valencia a ver las fallas, o a las procesiones de Cartagena, o a sus pueblos.

A los que llevan cuarenta años en el Oranesado, en Orleansville o en Blida lo que les continúa importando es la política española y a quién han nombrado alcalde de Elche o de Santa Pola.

«PALABRA DE VALENCIANO!»

¡Qué gente más dura, más honrada y más trabajadora es esta del Mediterráneo español! Los moros de Affreuveille, de Medea y de Buamaglia no dicen al cerrar un trato: «Er rashed il húa er rashed u mai el amara arandu vajed el kalma.» («El hombre se diferencia de la mujer en que sólo tiene una palabra»), sino que dice: «¡Palabra de valenciano!»

Es hermoso esto de que cuando un indigena deja cerrado un trato o compromete su hombría de bien en un asunto serio diga: «¡Palabra de valenciano!»

Palabra honesta, palabra que vale lo que una escritura. Mi impresión es que los españoles radicados en Argelia no se interesan por el separatismo argelino porque no le temen, porque saben que contra ellos ni va ni irá nada.

Lo que posiblemente ignoran es el porqué. Por si así fuera conviene aclararlo. Ni los Amigos del Manifiesto, ni el Neo Destur, ni el Istiqlal han causado perjuicios a un solo español por la política inteligente que en relación al mundo árabe se lleva en Madrid y en Tetuán.

La comprensión del problema mauritano del general García Valiño y del Generalísimo Franco es la más sólida póliza de seguros de las cosechas y de las vidas de los españoles de Argelia.

Supongamos que en vez de tratarse de dos africanistas fuesen dos aficionados que tuvieran de Mauritania un concepto de libretistas de zarzuelas o un conocimiento, peor que nulo, equivocado, que no hubiesen sabido estimar lo que son los Jóvenes Árabes y el papel importante que están destinados a jugar en la política del mundo.

¿Qué habría sucedido?

A nosotros nos interesa hacerle ver a España, pero a los españoles de Argelia les conviene meditar acerca de esta posibilidad.

Repasen la lista de los sucesos sangrientos que han tenido por escenario el África del Norte: Constantina, Sfax, Túnez, Casablanca... A los españoles, al menos, de una manera directa, no les han inquietado. Los bien organizados partidos separatistas saben perfectamente desde qué momento entró nuestra política africana en la única vía de seriedad y de cordura hasta conseguir convertir en una realidad algo que nadie hubiera creído posible: que el jefe del partido progresista, sin alterar para nada su política ni sus aspiraciones, sea ministro del Majzén.

Yo no puedo saber si los gobernantes españoles sabían lo protegidos que quedaban nuestros compatriotas (cientos de miles) con residencia en Argelia al actuar, como lo han hecho, en la línea de la segunda mitad del siglo XX y no en la de la primera del siglo XIX.



Rincón de la Alcaicería

Esta es la política que hay que descubrir, porque no es ni una carretera, ni un pantano, ni un Instituto Laboral, que los ve todo el que no es ciego. La política africana la entiende muy poca gente; pero de hacerlo bien a hacerlo mal, la diferencia es paz y no guerra en nuestra Zona de Protectorado, y que en la taberna de Pepet el mayor disgusto de los alicantinos lo constituya la tardanza en recibir noticias de sí ha perdido o ganado un partido de fútbol el Hércules.

Los artifices de esta menuda preocupación de los españoles de Argelia se llaman García Valiño y Francisco Franco.

PARTIDARIOS DEL HERCULES DE ALICANTE

A Blida llegaron pocos fugitivos de la guerra de España. A Orán llegaron bastantes. No tenían arraigo en el país ni tierra argelina en la suela de sus zapatos. Empezaron a dispersarse pronto; primero, en la guerra europea, pocos, porque la invasión de Francia fué muy rápida. Luego, en las fuerzas francesas libres, Legión Extranjera y, por último, en Indochina, paradójicamente, defendiendo el colonialismo.

No cogieron el arado ni la azada; no sentían la tierra. Esa fué una de las causas de que se marchasen; la otra, que los aliados juzgaron que no se hallaban tan sobrados de mano de obra para la guerra como para no recabar la contribución de una gente brava, y que no vendería demasiado caro el pellejo si se les hacía objeto de una hábil propaganda.

Fueron a la guerra, y en todas partes pelearon bien.

Me resultaron muy simpáticos los clientes de la taberna que se encuentra muy cerca de la orilla del Guadalquivir, a muchos cientos de leguas de Sevilla y de Sanlúcar de Barrameda. Aquella tarde se me contagió su impaciencia, y yo también estaba deseando que llegaran noticias de los resultados de los partidos, y que ganara el Hércules.

UN ASUNTO DE ACEITUNAS

No es necesario exagerar ni por una parte ni por otra. Ni nosotros hemos hecho todo Argelia ni Argelia «es una vaca moruna que sujeta por los cuernos un francés para que un español la ordeñe».

Argelia, repito, es un país agrícola. Antes de la llegada de nuestros levantinos, la gente guisaba con aceite de soja, no había un viñedo, y la naranja, ese fruto amargo y desagradable que es la «naranja», porque nuestra naranja no es la naranja árabe, sino la «el china», de la que había muy pocos árboles.

También los colonos franceses y los italianos—más numerosos en el distrito de Constantina—han contribuido con su esfuerzo a la creación de Argelia.

Francia, con excepción de haber promulgado una ley tan horrible como la bereber de Marruecos en 1930, hasta la llegada del Frente Popular al Poder, no había colonizado mal.

Las carreteras, los puertos, los ferrocarriles, los dispensarios, fueron buenos. La política, la de la época, ajustada a la mentalidad del siglo XIX. No debemos juzgarla con un criterio actual. No sería justo. De todas formas, lo más sano, lo mejor que envió Francia a la Regencia fué al colono. Lo comprobé detenidamente, hace unos años. En Orán, en Constantina, en las cercanías de Argel, trabajan duro y bien. No comprendían, como nosotros, al indígena, y carecían de capacidad para identificarse con él. Es casi imposible que la mentalidad de un mauritano la entienda un pueblo que tiene los ojos claros.

De todas formas, el colono francés de Argelia no eludía el trato con el musulmán, ni lo distanciaba, ni se distanciaba, como sucedió en Marruecos, donde las «villes nouvelles» se construyeron muy alejadas de las murallas de las viejas medinas.

Los abusos no han partido de los pequeños colonos.

En cambio, no se puede decir lo mismo de algunas Sociedades poderosas; por ejemplo, de la denominada Destilerías de Indochina, acerca de la cual se comentaba un artículo publicado por Morvan Lebesque, que no había sido desmentido, ni en su totalidad ni en parte, a pesar de que no se omitían nombres ni hechos.

Resulta interesante leer los periódicos financieros, y como en todas partes puede saltar la libre separatista, también aquí se les da un motivo para el salto. «El mundo es grande, y las Destilerías de Indochina no limitan sus actividades a un rincón asiático. De hecho, tiene clavadas las uñas en otras tierras, y su filial en África se llama la Olaf, que el otro día celebró sesión, en la que su presidente, monsieur Bendimered, fué interpelado por varios accionistas, que le reprochaban una manera de actuar bastante extraña. Total, que los accionistas no estaban contentos y solicitaron de su presidente que se explicara.»

¿De qué se trataba? De lo siguiente:

En Argelia, las obreras de la Olaf encargadas de recoger las olivas son mujeres indígenas, en su totalidad iletradas. Las contratan en 350 francos diarios. Trabajan hasta la noche, y en este momento les pagan el salario. Es decir, que se les hace firmar un recibo de 350 francos, y el agente pagador de monsieur Bendimered les entrega, con toda simpatía, 200 francos.

Ninguna de las argelinas empleadas en la recolección de la aceituna protesta. Ya he dicho que son iletradas, y para la Olaf, salvajes que no conocen el valor del dinero, y que si en vez de los 200 francos les entregaran los 350 en que fueron contratadas, los malgastarían.

Como se ve, la acusación era grave, pero la respuesta de monsieur Bendimered fué categórica y tranquilizó a la Asamblea.

Monsieur Bendimered se levantó, y con voz sofocada por la indignación protestó con todas sus fuerzas.

¿Contra los hechos que le habían sido reprochados? No; eso, no.

Monsieur Bendimered no puso ningún obstáculo para reconocer que, efectivamente, a las mujeres argelinas las contrataban en 350 francos y no les daban más que 250; pero que, contrariamente a lo que se decía, él no se embolsaba personalmente la diferencia, sino que la entregaba, honesta y escrupulosamente, a la Caja de la Sociedad.

Entonces, el presidente general de las Destilerías, monsieur Baujolin, se levantó, a su vez, y dignamente confirmó que era exacto y que la honestidad de monsieur Bendimered no podía ser puesta en duda.

Los accionistas aplaudieron, se estrecharon las manos y presentaron sus excusas.

El incidente había quedado resuelto.

Esta historia, verídica, la dedica monsieur Lebesque a todos los franceses de la metrópoli que se preguntan por qué los africanos quieren cada vez menos a Francia, a los soldados que vertieron su sangre por «mantener el orden» y para que cada día la Olaf continúe estafando 150 francos a cada una de sus operarias argelinas.

La dedica también a la concepción europea de la honestidad, que nuestra civilización ha importado al otro lado de los mares, a la honestidad pura y sin mancha de monsieur Bendimered.

—Un momento, un momento, monsieur Lebesque... No hablémos de concepciones europeas, no mezclemos a todo el Continente en el asunto de las recolectoras de aceitunas.

También nosotros tenemos olivos en nuestra Zona de Protectorado. Precisamente, una de las ciudades se llama Ksar el Kebir men Seitnún (Alcázarquivir de los aceitunos), y alguien recolectará los frutos.

Estoy seguro de que a cada obrera se le paga íntegro el jornal en que fué contratada, sin ningún descuento y sin que «ningún ahorro» entre en la Caja de la Compañía Agrícola del Lucus, que, desde luego, no sigue los procedimientos de la Olaf.

Por tanto, no es una concepción europea, sino de una extensión geográfica más reducida. A nosotros no nos ha implicado nadie en este feo asunto cuando ha sido comentado por los indígenas argelinos y también por indignados franceses de la colonia que no saben apreciar ese estilo de colonización de monsieur Bendimered, que ha merecido la aprobación de monsieur Beaujolin, y que puede dar motivo a una quema de cosechas o a algunos actos de terrorismo por parte de los fellaghas.

Está bastante cargada de dinamita Argelia para que puedan permitirse esa clase de juegos.

Monsieur Jacques Soutelle acaba de ser nombrado gobernador de Argelia. Todavía no había tomado posesión de su cargo, pero a nadie parecía importarle tres aceitunas, de las que recolecta la Olaf, el nombramiento.

BRANDY

SOBERANO



GONZALEZ BYASS

EL CORREO AEREO EN ESPAÑA



LA Compañía Española de Líneas Aéreas AVIACO, ha registrado durante el año último un nuevo y notable incremento en su actividad. El aumento de los pasajeros transportados con relación al año anterior alcanzó la cifra de 182.796, es decir, 11.502 más que en 1953. Pasajeros kilómetros, 64.340.440, 7.113.495 más. Los aviones de AVIACO recorrieron 2.770.094 kilómetros sin percance alguno, lo que pone de manifiesto la alta calidad del personal tripulante, así como del material.

Con ser importantes los datos reseñados, lo más destacable, en relación con la actividad creciente de AVIACO en el año que terminó, es la que se refiere al servicio de correo nocturno Madrid-Barcelona-Madrid, que se inauguró el 6 de julio del año pasado.

Cada noche, a las 23,30, sale del aeropuerto de Barajas el avión correo con su cargamento de sacas y pasajeros, que después de cenar en Madrid tomarán el descanso en Barcelona como si llegaran de un cine del Paseo de Gracia

Un servicio que desde su inauguración en julio de 1954 no se ha suspendido una sola noche

Este servicio, uno de los pocos que funcionan en el mundo, se dedica especialmente al transporte de co-

rrespondencia entre las capitales mencionadas y se realiza regularmente todas las noches en ambos sentidos. Desde su inauguración no se ha suspendido una sola noche, llevándose a cabo con perfecta regularidad, por lo que queda de nuevo patente la pericia profesional de las tripulaciones. Este servicio se lleva a cabo con la colaboración de la Dirección General de Correos y Telecomunicación y lleva un número limitado de pasajeros, en el trayecto a tarifa reducida, que ha tenido una gran aceptación.

Los datos que reproducimos revelan la creciente importancia del servicio que AVIACO presta en los transportes aéreos nacionales, que con la Compañía IBERIA mantienen una red interior de las más extensas europeas.



En las bodegas del «Bristol» de AVIACO son cargadas docenas de sacas—más de una tonelada—que dos horas más tarde tomarán contacto con las pistas del aeropuerto barcelonés de Muntadas y repartidas por toda la amplia zona de Cataluña y Francia



Durante el invierno presta servicio un avión cuatrimotor. Aquí le tenemos en una noche lluviosa a su arribada a Barcelona

CAMBIA LA MUJER, CAMBIA ESPAÑA

LAS CORDOBESAS PREFIEREN EL TRABAJO DEL HOGAR AL DE LA FABRICA O LA OFICINA

CORDOBA

CAMINO de Córdoba coincido en el «Taf» con Luis Valverde, amigo de la época de los opociones.

Luis Valverde está casado con una cordobesa, pero aunque he intentado obtener de él noticias sobre el carácter y la vida de las mujeres de Córdoba durante el viaje para ir ganando tiempo, no he conseguido gran cosa. Es un hombre sensato y no alardea de grandes conocimientos en la materia.

—Pregunta a mi mujer cuando lleguemos. Me espera en Córdoba. Ella sabe de eso más que yo. Yo, en general, sólo puedo decirte que las cordobesas son valientes. ¿Recuerdas aquel episodio de la defensa de Avila por las mujeres parapetadas en las murallas? Bueno, pues lo mismo podrían haber hecho las cordobesas. Son, también, hogareñas. Y camperas...

Pasado Despeñaperros empieza a anochecer. Cuando llegamos a Córdoba hace ya un rato que la lluvia cae a ráfagas sobre el techo del vagón.

LA ATRACCION DEL CAMPO. — IR DE «LAGAREO»

En Córdoba, cuya estructura económica no ha sufrido en los últimos años ninguna modifica-

Tendencia imborrable de una vieja raza campera

ción esencial, sigue siendo sobre todo agrícola y latifundista, es lógico que la mutación en las costumbres y el modo de vivir de las mujeres sea menos acusada que en otras regiones.

La mujer cordobesa es trabajadora. Bastaría para descubrirlo un detalle revelador: son ellas las que encalan, las que blanquean las casas y pintan los patios de un color azulado para amortiguar el resol. Y hay que ver cómo andan todos los pueblos de blancos y de limpios. ¿Qué aspecto tienen todas las casas de ropa recién lavada puesta a secar al sol!

El trabajo en el campo y la dispersión de los cortijos alejan a las campesinas de los pueblos. Es frecuente que durante largas temporadas viva toda una familia adaptada a un acondicionamiento provisional «sobre el terreno», mientras en su pueblo tienen una casa bien puesta. Lo mejor que cada una puede. Y limpia, señor, «como los chorros del oro». Pero antes es la obligación que la devoción, antes la necesidad que el placer. Y en di-

ciembre y enero llama la aceituna. Y en agosto y septiembre, el algodón. Y entre medias, el trigo, la escarda...

Y siempre la tendencia imborrable de una vieja raza campera: en la recolección, sobre todo en la de la aceituna, incluso las que abandonaron el campo por el servicio doméstico o el taller sienten su llamada, sucumben a la atracción del aire libre. Acuden a la recogida, donde, además de aceituna, pueden cosecharse otros frutos cuando se va de «lagareo». La cosa, en resumen, es así: a la caída de la tarde, cuando termina la jornada del día, después de cenar, se emprende el camino hacia uno de los cortijos próximos, donde también andan de recogida; se llama a la puerta, y, desde dentro, el casero o encargado pregunta:

—¿Quién es?

—«Lagareo»—contesta la comitiva.

—¿De dónde?—vuelve a preguntar el primero.

Cuando le responden dando el nombre del cortijo de donde



Oficios antiguos y modernos ocupan actualmente a las muchachas cordobesas. He aquí una muchacha que sigue la tradición artesana de la filigrana en plata. A la derecha: Dos zurcidoras de medias



Bordados maravillosos a mano y a máquina, espléndidas alfombras de lana... En el llamado por el pueblo Colegio del Obispo, unas quinientas muchachas cordobesas aprenden diversos oficios

proceden pregunta aun ahora a los que están con él adentro:

—¿Conocéis la voz?
Y al recibir una sonora contestación afirmativa abre la puerta, entran los llegados de «lagareo» y se organiza el baile.

Cada cortijo recibe una noche a los que vienen de «lagareo» desde los cortijos vecinos. Hay, pues, ocasiones muy propicias para cosechar, mientras se recoge la aceituna un buen novio. Y esto en Córdoba o en Palencia es algo que naturalmente despierta un considerable interés en las mujeres.

**CLASES DE COCINA PARA LAS SEÑORAS Y CURSILLOS DE CAPACITACION PARA LAS MUCHACHAS DE SERVICIO.
¡VIVA EL PELO!**

Nada de esto que acabamos de referir es nuevo. Ni tampoco la costumbre de trabajar en el can-

po con pantalones, falda encima de ellos, pañuelo que cubra bien la cabeza, sombrero de paja sobre el pañuelo, mangas largas y unas manoplas que protejan las manos.

—Entonces—le pregunto a Carmen Ocaña en la Sección Femenina—, ¿no les gusta ponerse morenas? Porque supongo que tanta protección no será por el frío...

—No. No les gusta. Aquí sigue teniendo mucho cartel la piel blanca. Estar «esclarecidas», como dicen ellas.

Lo nuevo viene con paso lento, pero con avance seguro, por otros caminos. Lo nuevo, por ejemplo, se va incumbando día a día, pueblo a pueblo mujer a mujer en las Escuelas de Formación que mantiene la Sección Femenina en Peñarroya, en Lucena, en Puente Genil, en Rute, en Villa del Río—que, siendo el lugar del nacimiento del popu-

lar locutor Matías Prats, debe ser pueblo de gentes abiertas a las cosas y las ideas modernas—, en Pedro Abad, en Hornachuelos...

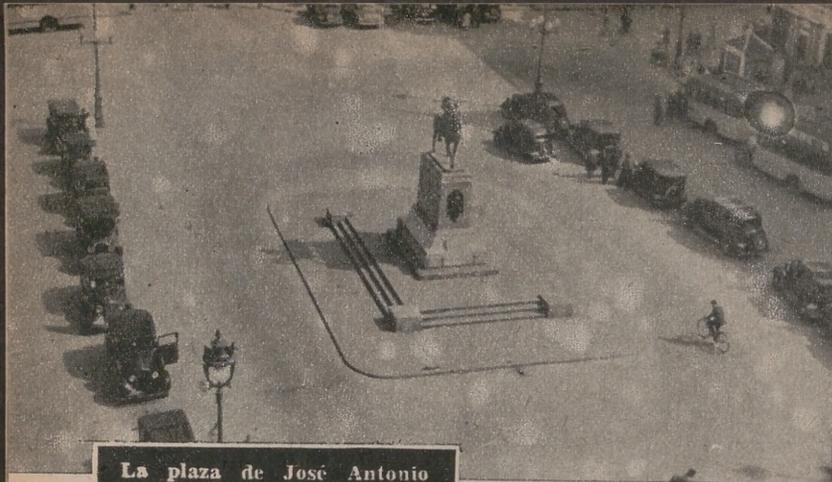
Lo nuevo, lo bueno de lo nuevo lo trae siempre la extensión de la cultura. Muchas de las niñas que reciben su primera formación en estas escuelas aspirarán a ser algo más de lo que fueron sus madres. O a ser lo mismo en mejores condiciones. Y así irá engrosando la bola.

Como nota curiosa me cuenta Carmen Ocaña que organizaron un cursillo extraordinario de cocina que tuvo gran éxito entre las señoras de Córdoba, y que ahora planean unos de capacitación para muchachas del servicio doméstico.

—Las clases de cocina en la Escuela-Hogar se dieron de cuatro a siete de la tarde dos días a la semana durante tres meses. Acudieron todas las casadas jo-



También el laboratorio y la oficina encontraron eficaces auxiliares en las muchachas de Córdoba. Algunas ganan ya más sueldo que sus padres. Son buenas trabajadoras, serias y muy limpias



La plaza de José Antonio (antes Tendillas), presidida por la estatua ecuestre del Gran Capitán, centro de la vida cordobesa

venes de Córdoba. El éxito no ha animado a preparar otro cursillo interesante: uno de capacitación para las chicas del servicio donde aprenderán a hacer bien todos los trabajos, desde planchar hasta servir correctamente la comida. Espero que también este proyecto alcanzará gran éxito, porque las amas de casa, por su propio interés, nos enviarán a las chicas.

Yo creo igualmente que el cursillo conseguirá un gran éxito, «de público y de crítica». Y que si no fuera por los transportes y otros impedimentos, a juzgar por lo que suelen decir las señoras, se pediría desde otras provincias el aumento del número de matrícula.

Antes de despedirme me he enterado de otra cosa: a los cordobeses no les gusta que las «niñas»—las mujeres—lleven el pelo corto. Así que cuando una joven desafía con un moño o una melena suelta la moda actual del pelo corto, cabe suponer fundamentalmente que tiene novio. No seré yo quien critique esta preferencia de los cordobeses. Estoy con aquella exclamación que sirve de título a un cuadrilo de Romero de Torres, en el que una cabeza de mujer luce un espléndido moño: «¡Viva el pelo!»

EL COLEGIO DEL OBISPO Y SU MEJOR ELOGIO

Otro de los caminos, éste en la misma capital, y bien amplio por

cierto, por donde avanzan generaciones nuevas de nuevas cordobesas, pasa entre los muros de un edificio anejo al palacio episcopal.

Se trata de un Patronato, creo que llamado de San Rafael, pero que todo el mundo conoce bajo el nombre de colegio del Obispo. En este Colegio, unas 500 muchachas jóvenes se reparten entre las clases de mecanografía, taquigrafía, contabilidad, francés, bordados a mano y a máquina y telares de alfombras de nudo.

La superiora de las Madres Escolapias, que se encarga de las clases, me acompaña. Las chicas, disciplinadas, se levantan cuando entramos en una clase. Y se sonríen unas a otras, al ver que tras de nosotros viene un fotógrafo. Alguna, instintivamente, alza una mano para arreglarse el pelo, por sí le tocase. Cuando la superiora de, con un leve gesto de su mano, permiso, vuelven a sentarse.

—Son limpias—me indica la madre—. Fíjese usted cómo tienen los uniformes. Y hoy es sábado, lo que significa que los han llevado ya toda la semana.

Me enseñan bordados a mano en oro, en blanco, en tul. Y una máquina nueva, una de las últimas adquisiciones, con la que pronto las bordadoras del colegio del Obispo harán maravillas.

Mientras bajamos a los telares de alfombras, pregunto a la superiora:

—Si no existiera este colegio, ¿qué harían estas muchachas?

—Trabajar en el campo, servir en alguna casa o hacer «haciendas».

«Haciendas» se llaman aquí a los trabajos que realiza una asistenta: ir a lavar, a fregar, a limpiar, en las casas, sin formar parte del servicio propiamente dicho. Eso es ir «de haciendas».

—Y ahora...

—Ahora, se colocan en oficinas, pueden coser y bordar en sus casas y ganar, más o menos, según los encargos que tengan. Trabajar aquí, en los telares de alfombras.

Sentadas en unas sillitas bajas ante el telar, unas van prendiendo velozmente los pequeños nudos de lana en los hilos de la urdimbre; otras cortan con unas tijeras los cabos y van igualando la superficie de la alfombra, cuya mancha multicolor crece poco a poco.

—Alguna—me dice la superiora—gana más sueldo que su padre. Aquella del extremo, Dolores Rey Medina, ya hace una alfombra sola. Ya sabe dirigir todo el trabajo. Y no crea que es fácil seguir fielmente el dibujo que se debe reproducir.

Tienen otra salida las «niñas» del colegio del Obispo. Una que el propio señor obispo me descubrió, y que resulta, en cierto modo, el mejor elogio a la labor de formación moral y cultural que se desarrolla en este patronato:

—Cuando una muchacha entra aquí, en el colegio, muy pronto le salen tres o cuatro buenos novios. Porque los chicos saben que a todas se las educa para que sean buenas madres y buenas esposas, que todas aprenden aquí a ser mujeres de provecho...

Al salir, terminada la visita, una jovencita, muy bien arreglada, y muy guapa, le estaba diciendo a una monjita:

—Dentro de tres días la boda, y aun no he encontrado flores blancas. Ya no sé qué hacer, madre...

Es una antigua alumna a la que casará, dentro de unos días, el obispo de Córdoba.

INTERMEDIO EN DUNIA

Dunia, en la avenida del Gran Capitán, frente al hotel Simón, es uno de los bares más concurridos de Córdoba. Es el sitio de moda, de postín.

Cuando entro, Manuel Anguiano, el camarero, me recibe con un gesto de alegría: ha conseguido averiguar, después de estudiarlo con paciencia, por dónde se mete la piedra de un mechero, cuyo mecanismo yo desconocía. Y me indica, además, que unos señores me esperan.

En una mesa pegada a un gran ventanal que da a la calle está sentado el matrimonio Valverde. Ella, Araceli, se refiere a algunos detalles del cambio de costumbres, a alguna cualidad sobresaliente de las mujeres de Córdoba.

—Ya no se «pela la pava» en las rejas. Entre otras razones, porque ahora no se hacen casas con rejas apropiadas. Queda todavía algún sitio donde sigue la costumbre. Pero son excepciones poco numerosas. En los pueblos grandes de la provincia, en Priego, que yo conozco bien, las mujeres viven, aproximadamente, igual que en Córdoba. Su trabajo o su casa, y luego, como en todas partes, van al cine y entran en algún bar. El Dunia de



La tradición guadamecilera de Córdoba todavía se conserva en algunos talleres artesanos, en los que el cuero se trabaja primorosamente por manos femeninas

Priego es El Aguila... Las cordobesas son mujeres de poca calle y mucha casa. Les gusta el hogar. Si visita algún taller o alguna fábrica, pregunte a las mujeres que trabajen allí, verá cómo todas le hablan de su casa, o de casarse, que a fin de cuentas es igual.

En una pausa llegan de la calle las notas alegres de algún cuplé de moda. El día, en Córdoba, tiene siempre la música de fondo de un organillo que empieza a tocar cuando menos se espera. Y con frecuencia lanzan al aire un pasodoble que aquí suena más melancólico que en ningún sitio: el de Manolete.

—Aquí—remata Araceli— la opinión del hombre pesa mucho sobre la actitud de la mujer. Por eso quizá las cordobesas mientras no tienen mucha confianza con un hombre parecen algo hurañas, algo secas.

En Córdoba se ven en todos los sitios más hombres que mujeres, pese a que, como en cualquier parte, la población femenina debe ser más numerosa. No es fácil, pues, en pocos días, sacar una impresión exacta de su tipo, de su estilo. Luis Valverde me aconseja:

—Vete al museo de Julio Romero. Y fijate, sobre todo, en los ojos.

—He ido ya. Por mi gusto, como arquetipos de las cordobesas, elegiría a las mujeres que figuran en el «poema de Córdoba». Altas, bien proporcionadas, morenas y con una mirada encendida y triste.

La música de los organillos llega otra vez hasta la mesa. Ahora tocan eso de los doce cascabeles. Caen una lluvia primaveral.

EN LA ARTESANIA, EN LOS LABORATORIOS, EN LAS FABRICAS

Antonio Ortiz Villatoro—alto, activo, subrayando a veces sus palabras con una risa breve y franca—me ha llevado a uno de los talleres donde se continúa la vieja artesanía de la filigrana de plata cordobesa. Al de Andrés Luna Luque. Un taller artesano puro, sin una sola máquina, en el que unas cuantas muchachas trabajan, arman el hilo de plata en difíciles arabescos, lo suelen...

—Habrá en Córdoba, dedicadas a este oficio unas 100 mujeres—dice Andrés Luna—. Algunas trabajan en su casa y luego entregan la tarea al taller. Si va a escribir algo sobre esto, por favor, diga usted que quien mejor ha trabajado la plata, que el mejor en este arte, desde hace un siglo, ha sido Juan Siles Blanco.

Dicho queda. Vamos a visitar ahora otro taller: el único, o poco menos, donde aun se conserva vivo el arte de los guadameciles.

—Gracias—me explica Antonio Ortiz—a Angel López-Obrero, un gran pintor que, seguramente con más sacrificio que beneficios, mantiene la tradición guadamecilera de Córdoba. Sin él, hoy estaría ya muerta...

Bajo la dirección de Angel López-Obrero, en su casa, trabajan algunas mujeres, entre ellas la suya, sacando relieves a las piezas de cuero humedecidas. Luego se decoran los guadameciles, pintando sobre el cuero.



Una típica calle cordobesa, calle antigua que la mano de la mujer adorna y perfuma cultivando los jardines colgados en sus balcones

De los talleres artesanos, a las medoras separados, uno de homsalas claras de los laboratorios, y bres, otro de mujeres, para que a de estas a los talleres industriales el espíritu de la mujer cordobesa sigue conservando sus constantes tradicionales. Las muchachas que hacen filigrana plateada, las que descubren el dibujo que va oculto en cada cuero, las que rellenan ampollas en los laboratorios Marín, las empleadas en la Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica, y sus vecinas las de la Electromecánica, que asisten al nacimiento de las pesetas, de los redondelitos metálicos que acunarán luego en la Casa de la Moneda, y las que trabajan en los jabones y aceites de Baldomero Moreno, y en fin, todas las cordobesas que trabajan, si son solteras aspiran, como no, a casarse. Y todas, en general, prefieren el trabajo del hogar, al trabajo fuera de su casa.

Tanto que la mayoría, aunque ellos les suponga un desplazamiento largo, prefieren ir a comer en su casa.

—Alguna fábrica—me cuenta Antonio—tuvo que habilitar co-

medores separados, uno de homsalas claras de los laboratorios, y bres, otro de mujeres, para que a de estas a los talleres industriales el espíritu de la mujer cordobesa sigue conservando sus constantes tradicionales. Las muchachas que hacen filigrana plateada, las que descubren el dibujo que va oculto en cada cuero, las que rellenan ampollas en los laboratorios Marín, las empleadas en la Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica, y sus vecinas las de la Electromecánica, que asisten al nacimiento de las pesetas, de los redondelitos metálicos que acunarán luego en la Casa de la Moneda, y las que trabajan en los jabones y aceites de Baldomero Moreno, y en fin, todas las cordobesas que trabajan, si son solteras aspiran, como no, a casarse. Y todas, en general, prefieren el trabajo del hogar, al trabajo fuera de su casa.

LAS CAFETERIAS, ESCENARIOS PREDILECTOS Y OBSERVATORIOS MEJORES DEL CAMBIO

He entrado a la cafetería Platta. He pedido un café y mientras me lo servían, he encendido un pitillo y he pensado que seguramente han sido las cafeterías, en toda España, uno de los estímulos más eficaces para el cambio operado en las costumbres de nuestras mujeres. Porque estos establecimientos, luminosos, limpios y con precios asequibles a casi todos los bolsillos, han llenado entre los viejos «salones de té», el vacío considerable que existía apropiados solamente para las reuniones sedentarias, de damas igualmente bien dotadas, por lo común, de fortuna y de años, y los bares y cafés donde reinaban, sin posible competen-

cia, los hombres, y donde por tradición, costumbre o lo que fuera, no resultaba muy oportuna la presencia de unas señoras que entraran solas a merendar, de una casada que tomase un café en la barra esperando a que el marido viniera a recogerla, a la salida de la oficina, para irse juntos al cine, o de dos guapas taquimecas, «en español y en inglés», que acudieran, antes de cenar, a tomar unas cañas con sus novios.

Si; las cafeterías han proporcionado a las mujeres las bases más seguras para lanzarse a su activa vida de este tiempo, para salir a la calle con la seguridad de disponer de un refugio tranquilo y apropiado, entre tienda y tienda, o visita y visita. Y si me apuráis, incluso para aumentar con su agradable presencia, y con la eficacia de su trabajo, que todo hay que decirlo, las nóminas de las oficinas.

Entre sorbo y sorbo de café, he intentado cambiar impresiones sobre el asunto con Juan Piqueras y Lolita Escudero, que le ayuda a atender a los clientes en la barra. Pero Lolita, como la mayoría de las mujeres de Córdoba, como la mayoría de las mujeres de Granada, no quiere proporcionar declaraciones ni fotos a la Prensa. Así, me quedo mano a mano con Juan. Y él perfila las líneas del cambio visto desde una cafetería, uno de los mejores observatorios para estudiarlo por ser uno de sus escenarios predilectos.

—En general, me parece que ahora las cordobesas son más alegres, salen más a la calle. Aquí suelen venir por la tarde, a la hora del café, de tres a cuatro, y luego de ocho a nueve, a tomar el aperitivo. Sí, muchas vienen solas, sin compañía masculina. Y alguna se fuma sus dos o tres pitillos...

Le ofrezco uno, y le pido que concrete en el tiempo, aproximadamente, la fecha desde la cual rigen estas nuevas costumbres.

—Desde hace unos cuatro años... Además, ahora los matrimonios sueñen salir juntos con más frecuencia; por ejemplo, a cenar, los sábados y los domingos. Antes, esto era poco frecuente. Del mismo modo, no acostumbraban, por regla general, a celebrar el Año Nuevo fuera de casa, y ahora, en cambio, van a cenar al Círculo de la Amistad, y a los hoteles...

En Córdoba hay dos cafeterías: ésta, y otra llamada Hispania. La mayor dificultad con la que debieron tropezar para su instalación debió ser encontrar jóvenes dispuestas a servir en ellas. Que aquí, y debe ser igual en toda Andalucía, las mujeres «afinan» mucho en estas cosas. Claro que este trabajo ni es malo, ni tiene nada de ello. Y además, como me ha confesado Juan Piqueras, importaron dos chicas de Madrid para «romper el fuego».

Sólo les falta ya, como diría Margarita, importar los «kismis».

UN PASEO NOCTURNO. EL CRISTO DE LOS FAROLES. VENGA USTED EN MAYO

Me gusta callejear de noche. En la noche, cualquier ciudad,

ofrece desnudos sus perfiles, sus ángulos y planos más verdaderos. La luz y el bullicio de la jornada diurna, ocultan la ciudad, disuelven la perspectiva de sus calles y sus plazas, no permiten que nada, ni cosas ni personas, aparezcan en primer término.

Y ha sido cuando paseaba una noche sin rumbo fijo por las calles estrechas e irregulares de Córdoba, por esas calles que tienen intimidad de patio y aire quieto de jardín, cuando él ha surgido, de pronto, a mi lado, y acompañando su paso al mío, y prescindiendo de toda presentación, ha comenzado a hablarme del asunto. Sin ningún orden, como quien va siguiendo en voz alta los giros caprichosos de sus propios pensamientos.

—Córdoba, callada, campera, señorial... Aquí, en Córdoba, todavía cuentan mucho, a la hora de las bodas, las consideraciones familiares. Las que hace la familia de la novia sobre la ficha personal y familiar del novio, o del que aspira a serlo. Y viceversa...

Es inútil que intente descubrir su cara. Si me vuelvo para sorprenderle de frente a la luz de un farol gira él al mismo tiempo que yo. Es inútil que le pregunte quién es, de dónde ha salido. Alza los hombros, indiferente a mi curiosidad:

—Diga que he brotado de uno de esos girones de sombra que se agazapan detrás de las esquinas. O que he salido de un patio lleno de luz de luna, atravesando como un espíritu los arabescos de la cancela. Ponga algo de literatura. Es su oficio...

El caso, que es lo que importa, se ve claro si suponemos que un forastero, por ejemplo, un funcionario destinado aquí, se enamora de una cordobesa. De una chica de buena familia, desde luego. De una aristócrata, si quiere usted... Bien, pues para terminar en la iglesia, el aspirante debe ser aprobado en el examen que hará de sus condiciones, ascendencia y posibilidades de la familia de ella. Y si no alcanza los puntos necesarios no tendrá tampoco que sufrir casi nunca la violencia de una negativa. Con un tacto exquisito, con una discreción admirable, «algo» le hará comprender que es mejor retirarse. «Algo» puede ser un viaje imprevisto al extranjero, que separará a la pareja antes de que empiece a serlo. «Algo» puede ser...

Le he interrumpido:

—Pero a mí no me parece mal que las familias se preocupen de las cualidades de los futuros maridos de sus hijas. Más vale preocuparse antes, cuando la cosa tiene remedio, que llevarse luego las manos a la cabeza.

—Tampoco me parece mal a mí, pero sin exagerar la nota. Sin llegar a crear un censo de solteras por hilar demasiado delgado. Hay por aquí un dicho que convendría, en gran parte, olvidar: «Hasta los veinte, la mujer escoge; de los veinte a los veinticinco, conserva; de los veinticinco a los treinta, elige al mejor.» Al mejor de los que quedan. ¿Y si ya no quedan?

Cruza el aire el agudo silbido de un tren. Suenan luego las campanadas redondas de un reloj. Por una breve callejuela limpia y cuidada como todas las calles cordobesas, entramos a una solitaria plaza rectangular en la que se alza la imagen del Cristo de los Faroles.

—Espere un momento—me aconseja el desconocido.

Y se encamina hacia la puerta cerrada de una iglesia. Sube unos escalones y manipula a un lado de la puerta. Los faroles que alumbran al Cristo se apagan. La silueta de la cruz se dibuja precisa en el aire. Los faroles, sin luz, afinan su contorno. Corre una leve brisa este meceda, tiembla la llama de una vela que llora lentamente su cera a los pies del Cristo, y junto a ella un manojo de claveles pinta una herida roja sobre la piedra gris. La blancura de las paredes tiene en la oscuridad un tono azulado. Arriba, en el cielo, brillan las estrellas.

Los faroles del Cristo vuelven a encenderse. El se acerca y me indica con un gesto la puerta cerrada, desde la que apagó y volvió a encender las luces.

—La Virgen de los Dolores. Las cordobesas vienen todos los viernes por la tarde. Tienen mucha devoción a la Virgen de los Dolores.

Seguimos el paseo. Antes de abandonar la plaza miro un farol antiguo que alumbraba una esquina y deseo que su brazo de hierro forjado, que su romántica cabeza encristalada, que su luz amarillenta y débil, jamás los sustituyan la monótona armadura y la luz violenta de una nueva farola de neón. Mi acompañante debe haber adivinado mi pensamiento, porque me dice:

—No se preocupe. El Alcalde de Córdoba tiene buen gusto. Y sabe que cada ambiente requiere su luz. Estas calles viejas de Córdoba y las que rodean a la Mezquita son trozos vivos de un tiempo al que no le sienta bien la fluorescencia. A las calles nuevas, anchas y rectas, a las calles de hoy, sí. Son otra cosa.

Y calla. Me vuelvo hacia él. Ha desaparecido. A mi derecha se abre una callejuela. Muy estrecha, muy oscura. Desde el fondo me llega su despedida un poco burlesca.

—¡Mira que venir en este tiempo a escribir sobre las mujeres de Córdoba! Otra vez, amigo, venga usted en mayo, por la feria. Entonces verá...

Andando despacio he llegado al hotel Simón. Antes de dormir me he leído un buen rato «La feria de los discretos». ¡Buen título, don Pío! Y buena novela. Pese al folklórico. Quizá sea la discreción el calificativo más adecuado a la prudencia y la seriedad de las cordobesas.

Diego JALÓN

(Enviado especial.)

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

HA SALIDO "YA"

BRILLANTE EQUIPO

AMBIENTE PRECURSOR

DEL 18 DE JULIO



La venta de «Ya» en la plaza de Cataluña, de Barcelona. Año 1935

Por Francisco CASARES

RESULTA difícil concretar en una sola estampa de evocación la suma de recuerdos y episodios de los meses que precedieron al 18 de Julio. Para una referencia de más detalle, como la que pretenderé forjar cuando estos apuntes se conviertan en mis definitivas Memorias personales, habría que acometer la tarea de reseñar día por día, porque desde las elecciones de febrero, con el triunfo, conseguido en la más descarada práctica de todos los viejos vicios y atrocidades electorales, del Frente Popular, apenas hubo jornada en que no hubiese sangriento testimonio de la situación de discordia y lucha entre los españoles. Y para los encargados de la información política representaba ello gravísimo entorpecimiento en el cumplimiento de la misión encomendada. La acritud era el signo característico. El diálogo con los personajes relevantes, protagonistas de la tragedia que se iba incubando, se hacía más incómodo, más áspero. Los periodistas que nos hallábamos clasificados como de «derechas» habíamos de informar objetivamente de los debates, apasionados, matizados por el imperio de la arbitrariedad, puesto en juego por una mayoría parlamentaria artificialmente lograda y que, con el mismo sentido y procedimiento de vulneración de la realidad y de los preceptos legales, iba ensanchándose al anular las actas de los diputados ajenos al conglomerado izquierdista.

El ambiente era cada día más denso, enrarecido, cargado de rencor y fanatismo. Los dictámenes de la Comisión de actas, las vociferantes intervenciones en el hemiciclo, las polémicas en los pasillos del Congreso, significaban el claro exponente de un estado de pugna irreconciliable, que se manifestaba diariamente en la desenfadada conculcación de toda moral y respeto. La censura actuaba con implacable dureza. Yo puedo decir, a lo largo

de treinta y siete años de actividad profesional, que la interdicción para los artículos, las informaciones y las noticias de Prensa no ha sido jamás tan acentuada como en los tiempos «democráticos» de la República. Y ese ambiente, con expresión más visible en los ámbitos del Parlamento y en los estadios políticos, se vivía también en el seno de las Redacciones, en la Asociación de la Prensa y en todos los lugares donde el destajo determinaba que nos reuniésemos periodistas de unas y otras tendencias. En alguna conferencia que me ha sido dado pronunciar, después de la Liberación, acerca de temas y recuerdos del viejo periodismo madrileño, he subrayado cómo en los años de comienzo de mi actuación los redactores de los periódicos podíamos pasar, indistintamente, de un diario de significación derechista a otro de la contraria. Y viceversa. Lo que importaba entonces era la dotación profesional. Un redactor de «España Nueva», órgano republi-



Primera página del primer número de «Ya» (14 enero 1935)

DIARIO GRAFICO DE LA NOCHE



Cartel anunciador del diario «Ya», que inundó las calles de Madrid hace veinte años

cano y extremista, era llamado a integrarse en la plantilla de «A B C» o «El Debate». Y un profesional que actuase en «El Siglo Futuro» pasaba, sin que ello significase abdicar de sus ideas, a «La Voz» o cualquier otro periódico de matiz liberal. Después, no. Las posiciones estaban absolutamente delimitadas. La política se adentró en el seno de la colectividad. Y así lo he recordado ya en estas notas—hubimos de mantener en la Asociación de la Prensa enconadas polémicas en torno a la pretensión de los periodistas rojos, o simplemente de izquierdas, republicanos y socialistas, de que se exaltase la memoria de Luis de Sirval, nombrándole socio número uno de la entidad, situando un busto suyo en los locales de la Casa de la Prensa, y acordando que la Asociación se mostrase parte en la causa seguida a un teniente de la Legión, acusado de haber matado en Asturias a aquel redactor de «La Libertad».

EL «YA» EN SU PRIMERA ETAPA

Pertenecía yo a la Redacción de «Ya» en su etapa de diario

vespertino. Salió en enero de 1935. Desde el mes anterior, diciembre del 34, trabajábamos los redactores, a las órdenes de Vicente Gállego, para confeccionar los números de prueba del periódico. He de aludir, con verdadera complacencia, a aquel equipo, formado por el director con arreglo a un criterio selectivo. Sus condiciones de organizador, su experiencia de gran periodista, su concepción de lo que debía ser un órgano de opinión, moderno, vibrante, bien presentado, en el cual, con una significación concreta, lo esencial era la fórmula técnica, la concreción de afanes y esfuerzos para llegar a un diario auténticamente popular, le movieron a buscar a aquellas personas y colaboraciones que, dentro del campo profesional, estimaba con mayor capacidad específica. Formó Gállego, en efecto, una magnífica Redacción. Todos estábamos compenetrados, y la aparición de «Ya» constituyó un éxito periodístico indudable. Joaquín Arrarás redactaba diariamente una sección humorística, conectada a los acontecimientos más salientes de la política y la vida nacional. Comentarios irónicos, intencionados, con la agilidad que siempre ha caracterizado a este excelente periodista—ya acreditó su soltura de pluma y su espíritu combativo en las famosas «Notas del blok» de «El Debate»—, su sección alcanzó desde el primer momento una extensa aceptación pública. Juan Aparicio estaba al frente de la sección de extranjero, redactando los artículos que glossaban la actualidad internacional. José María Alfaro se ocupaba de literatura y libros. Felipe Lluch Garín y Fernando Castán Palomar desempeñaron, en dos etapas, la jefatura de información. Ismael Herráiz era otro de los redactores, encargado también de la sección extranjera y dando ya cabal idea de su destreza de escritor y polemista en algunos artículos y reportajes. Ricardo Zamora dirigía, con Juan Peñafiel como inmediato colaborador, la sección de deportes. «K-Hito» actuaba como crítico taurino. La defensa de la pureza de la fiesta y de sus elementos le costó un serio contratiempo, una agresión injustifica-

da, después de la cual le ofrecimos un ágape de compañerismo y desagravio. El inolvidable maestro Arbós comentaba la vida musical. Eran también redactores del periódico José María Claver, Argamasilla, actual director de Cinematografía y Teatro; Gamboa, secretario del director, asesinado por los rojos; Carlos Sáenz, Malcervell—confeccionador— y otros. Sentiría sinceramente que escapase a mi repaso mental, que hago sobre la marcha, algún compañero de aquella Redacción. Conste que si hay olvido u omisión son totalmente involuntarios.

LA LABOR DE REDACTOR POLITICO. — MI COMPAÑERO SOLACHE

Cuando la lucha avanzaba, ya en los tiempos del Frente Popular, pasamos algunas mañanas por la zozobra de la frustrada detención de Alfaro, al que, como destacado falangista, buscaba la Policía. Ya estaba José Antonio en la cárcel. La persecución se acentuaba de día en día, y José María era figura codiciable para los esbirros de Azaña y Casares Quiroga. Le avisaban desde la portería la llegada de los agentes. Y salía por otra escalera. Alguna vez llegaron hasta la misma Redacción cuando acababa de ocultarse o de salir. Todos estábamos pendientes de ayudarlo para malograr el propósito de llevárselo detenido.

A primera hora de la mañana, apenas iniciada la jornada de trabajo, nos reuníamos en el despacho del director, con él, Arrarás, Aparicio y yo. Formábamos, con Vicente Gállego, un consejo de Redacción. En esta reunión cotidiana se examinaban los temas principales, brindados por la situación y el desenvolvimiento de los hechos. Si se entendía que el editorial del periódico debía referirse a temas nacionales, recibía yo el encargo de escribirlo. Si la política internacional era la que decretaba el tema de interés del día, Juan Aparicio, con arreglo a lo determinado en nuestro cambio de impresiones, redactaba el artículo correspondiente.

Yo me encargaba también de recoger de la Prensa de la mañana las informaciones y noticias

que no se hubieran alcanzado en nuestra edición anterior. Así que daba confeccionada la sección política. Después, por la tarde, al Congreso, desde el cual dictaba, por teléfono, las notas de más relieve. Y, a última hora, una impresión del momento, que se publicaba, generalmente, al final de la sección parlamentaria, en cursiva. Para estar enterado de la orientación de la C. E. D. A., partido político al que el diario se hallaba más próximo ideológicamente—sin ser oficialmente su órgano de expresión—, iba casi todas las noches a visitar al jefe de dicha organización. Me solía acompañar Agustín Solache, redactor político de «El Debate», periódico al que podíamos considerar hermano mayor del nuestro. Un verdadero hermano era para mí aquel muchacho, de cualidades morales realmente excepcionales, que fué asesinado por los rojos a poco de comenzar el Movimiento. Le quería entrañablemente. Era bueno, sencillo, casi de infantil ingenuidad. Y era, sobre todo, un magnífico periodista. También acudíamos los dos con frecuencia a una tertulia de cierto café de la calle de Alcalá, entre Comunicaciones y la calle de Alfonso XI, donde estaba la Redacción. Allí acudían también el jefe de la derecha regional valenciana y ministro algunos meses, don Luis Lucía; Fernando María Castiella—actual embajador de España en la Santa Sede—, don Rafael Alzupín, que también fué ministro; Alfaro, Herráiz y otros, conectados todos a La Editorial Católica y a Acción Popular.

LAS PRIMERAS IMPRESIONES SOBRE EL MOVIMIENTO

Estuve a punto de ser candidato en las elecciones de febrero. El jefe del partido me ofreció incluirme en la candidatura del mismo, y hasta se me fijó un lugar, una circunscripción: Badajoz. Pero luego, al formar definitivamente las listas, fuí excluido. No perdí nada, ciertamente. Claro que, para perseguirme y pasarlo mal, no habría hecho falta que ostentase la investidura parlamentaria con significación derechista. Mi condición de editorialista y redactor político de aquel periódico y la presidencia del Sindicato Autónomo de Periodistas de Madrid eran circunstancias más que suficientes para decidir mi inclusión entre las víctimas propiciatorias del rencor de los rojos. Oportunamente referiré cómo logré salvarme de la detención, que hubiera, de seguro, acarreado el que hoy estuviese mi nombre en la relación, que veníamos emocionadamente, de los periodistas caídos por Dios y por España.

En el periódico hubo, ya cerca de julio de 1936, noticias e impresiones de la preparación del Movimiento. Iba con alguna asiduidad por la Redacción el coronel del Cuerpo Jurídico, hoy general, don Máximo Cuervo, participante activo, por lo que pude saber, en las actividades de preparación del Alzamiento. Hablaba con algún cuidado, muy natural, para que las conversaciones no trascendiesen, con Gállego y Arrarás. Estos dos me dieron alguna versión de lo que se estaba preparando. La verdad es que



Un grupo de asistentes a la inauguración de la Exposición de carteles que precedió a la salida de «Ya»

*Dura más... un
PARTAGÁS
porque "sabe bien"
hasta el final.*



LA MARCA DEL GRAN MUNDO

PARTAGÁS

y... nada más!

CIFUENTES • HABANA

Pub. Ruescos-Av. José Antonio, 55

no llegué a saber nada concretamente. Pero la atmósfera que se respiraba presagiaba ya la inminencia de una reacción del Ejército frente a los crímenes y desafueros de la República.

LOS REDACTORES POLITICOS, EL 17 DE JULIO

Es curioso cómo supimos los redactores políticos la noticia inicial del Movimiento: la sublevación en el Llano Amarillo, de Marruecos. El 17 de julio, a pesar de que ya los días anteriores se caracterizaron por la inquietud, y el ambiente acusaba la llegada inmediata, incontenible, de sensacionales acontecimientos, salimos del Congreso pensando que la jornada se extinguía sin grandes novedades. Una tarde más, de poco relieve. Rumores, augurios, nervios. Eso, sí. Pero de todo ello había casi a diario. Un grupo de compañeros, cinco o seis—quiero recordar que Pepe Losada, Herrero, Jaime Maestro, Morales y yo—, nos trasladamos a la oficina de nuestro Sindicato. Alguna que otra vez nos reuníamos allí para «echar una partida». Jugábamos al póker. Estuvimos aquella tarde disputándonos unas pesetas—la partida era, generalmente, muy modesta—, y al filo de las diez de la noche abarndonos el edificio del Banco de Bilbao, en el que teníamos el despacho. En la calle de Alcalá, frente al teatro Alcázar, nos encontramos con un grupo de varios periodistas y diputados. Y uno de ellos, cuyo nombre no recuerdo ahora, nos dió la noticia: «El Ejército de Africa se ha sublevado.» Como es natural, en vez

de irnos a nuestras respectivas casas para comer, acudimos a los centros informativos donde se podía suponer que habría noticias. La que nos habían dado en la calle se confirmó. Comenzaba el glorioso Movimiento que había de salvar a España de la opresión comunista y que se convertiría en guerra formal, primer capítulo de la gran batalla contra Moscú. La verdad, para la Historia, es que los más destacados y sagaces reporteros políticos estuvimos aquella tarde, de verdadero carácter histórico, en la más absoluta inopia. Viéndolas «venir» y enfrascados en la con-

secución de «fula», «escalera» y «tríos» para disputarnos unas monedas.

EL EDITORIAL, LA MAQUINA Y EL PURO

Al día siguiente España enteramente se conmovió intensamente. Estaba entablada la lucha. Los equipos republicanos y marxistas actuaron rápidamente. Se produjo la incautación de los periódicos de derecha. Al nuestro acudieron los del diario «Política», órgano azafista—Acción Republicana—, y ese día memorable terminó su publicación el «Ya» vespertino. Como es sabido, después de la Li-



La venta de «Ya» en Bilbao. El nuevo diario gráfico obtuvo un éxito rotundo por su moderna y cuidada presentación



El periodista Vicente Gállego, primer director de «Ya», se aseguró el éxito reuniendo en su Redacción el más selecto grupo de colaboradores

beración salió de nuevo, pero como diario de la mañana, sustituyendo a su fraternal colega «El Debate». Yo no intenté volver por la Redacción. Nos comunicamos varios compañeros por teléfono. Supimos lo que había acaecido y quiénes se habían apoderado de la Redacción, de las mesas y máquinas, del taller, de los ficheros, de todo. Una etapa interesante, llena de emoción, de mi vida de periodista, se cerraba. Y comenzaba la de los sobresaltos y las precauciones, hasta el 4 de agosto, en que ingresé como asilado en la Embajada argentina. Mi hermano Manolo, redactor de la United Press, tenía relaciones muy cordiales y directas con el encargado de Negocios de dicho país, y gestionó que me admitieran en su sede diplomática, en el paseo de la Castellana.

Muchos recuerdos acuden a mi mente al evocar el período de actuación en «Ya». Recuerdos emotivos, de unos meses precursoros, en los que se silueteaba lo que había de llegar ineluctablemente. Y gloriosamente. Trabajé con élan, con entusiasmo. Escribí el editorial desde los primeros días, casi sin interrupción. Al principio se pensó que el periódico, eminentemente informativo, no llevara artículo de fondo, como en el antiguo argot periodístico se decía. Pero después Gállego nos indicó la necesidad de dar diariamente a los lectores una orientación, un juicio sobre la vida española tan agitada y convulsa. Y me correspondió realizar esa tarea, sin abandonar la de informador y jefe de la sección política. Malcervelli, dinámico, de una actividad asombrosa—también de excepcionales dotes profesionales—, me perseguía cuando salía yo del despacho del director. Me pedía insistentemente el artículo, que le hacía falta para ir «armando» la primera página. Y muchas veces me ha dicho: «Cuando te veía abandonar la mesa y las cuartillas, o los recortes de los periódicos, para sentarte a la máquina, y encendías un cigarro puro, sabía que media hora después el editorial estaría en la imprenta.» He tenido sienpre—y no me canso de dar gracias a Dios por ello—una gran fecundidad. Escribo de pri-

sa. Y cuando comienzo un artículo lo sigo hasta el final, sin apenas una pausa para pensar. Lo hago, desde hace muchos años, directamente a máquina. Y generalmente no corrijo más que las erratas mecanográficas. Los artículos no serán brillantes. Sé que no puedo preumir de un irreprochable estilo. Soy lo suficientemente sensato para no creerme un escritor singular. Reconozco que mi pluma es modesta. Si se quiere, mediocre. Procuro únicamente la claridad. Pero me ufano de esa facilidad, que me permite escribir con rapidez. Por eso Malcervelli estaba seguro de que, aun pasando por las manos y la aprobación del director, el artículo estaba abajo, en el taller, treinta minutos después de encender el cigarro.

UN VIAJE INFORMATIVO

De mi actuación en «Ya» he de destacar dos viajes: uno ya lo he recordado en estas impresiones. Fué el que hice a Italia, el año 1935, con un grupo de periodistas madrileños. De mi estancia en Roma y otras ciudades italianas, y el discurso que hube de pronunciar ante el Duce, Benito Mussolini, he dado ya noticia a mis lectores. El otro viaje fué a Isla Cristina. Se habían publicado unas informaciones sobre la crisis enorme que sufrían los pescadores de este pequeño puerto onubense. La sardina se había retirado de aquellos parajes. Era la pesca tradicional y la sustentación económica de unos centenares de modestas familias. Me envió Gállego para hacer unas crónicas. Estuve dos días en la población y traje mi notas. Hice dos o tres reportajes. A mi director le gustaron tanto que me animó a que con ellos me presentase al Premio «Mariano de Cavian», de «A B C». No lo hice. El dictamen elogioso del ilustre compañero me bastaba. Alterné la labor con la de redactor de la Delegación de «La Vanguardia» en Madrid. Era también, por aquel tiempo, colaborador fijo de la United Press, con mi hermano, con Emilio Herrero y De Gandt. Y di por teléfono algunas notas políticas al «Diario de Madrid», periódico de la mañana, de vida fugaz, que dirigió don Fernando

Vela, al que ya había tenido yo como jefe en «El Sol» después de salir de la calle de Larra don Manuel Aznar. Fué, como digo, un período de intenso trabajo. Pero lo afrontaba con un entusiasmo juvenil, con la ilusión de superarme cada día. Y con el sentido devocional de servir una ideología que sentía en el fondo de mi alma: la de la Patria, la Religión y los principios que luego encarnó el Movimiento Nacional.

MI PRIMER LIBRO: «LA C. E. D. A. VA A GOBERNAR»

A pesar de esa vida afanosa y del acumulado destajo que sobre mí pesaba, tuve tiempo y satisfice el impulso de escribir un libro sobre la actualidad política. Lo titulé «La C. E. D. A. va a gobernar». Ese libro salió cuando ya los elementos de Acción Popular habían sido llamados a colaborar en Gobiernos republicanos, de tono moderado. Habían sido ministros Gil Robles, Lucía, Aizpún, Giménez Fernández y también, de los agrarios, Martínez de Velasco, Cid, Velayos y algún otro. Se consideraba posible una participación mayor de la C. E. D. A. en la gobernación del país. Recogí, a modo de reportaje, sin excluir comentarios y consideraciones de orden subjetivo, los principales debates parlamentarios, las crisis, los cambios de Gobierno y los avatares más relevantes de aquel período. El libro tuvo bastante aceptación. Los diputados de Acción Popular me pidieron ejemplares y la edición se agotó. Una cosa curiosa, original, me sucedió con esta obra. Había yo dedicado uno de los primeros ejemplares, como era de rigor, al jefe del partido. Cuando terminó la guerra y vine a Madrid me trajeron ese ejemplar, que había sido hallado por un amigo mío en una librería de viejo. Sin duda, al saquear la casa de aquel político, apenas iniciado el Movimiento, se llevaron el tomo con otros de su biblioteca. Rodaría por oficinas o círculos políticos marxistas, estuvo acaso en manos de algún perscnajillo rojo. El hecho es que fué a aparecer en un puesto de viejo. Y pasó nuevamente a mi poder. Lo conservo.

El haber escrito aquel libro pudo depararme también contrariedades y motivos de persecución si, como digo, no los hubiera ya por otras razones. No acerté. La C. E. D. A. no gobernó. Al menos, integralmente. Participé en los Gobiernos. Colaboré. Esta es una materia sobre la que no voy a entrar en estas impresiones de evocación. La Historia juzgará. Me limito a recordar los hechos. Y la actuación que en ellos hube de tener. Una estampa panorámica, a grandes trazos, es la que he querido insertar aquí, en este material para futuras Memorias. Un diseño de la etapa precursora. Una descripción rápida, sin pormenorizar. Cuando redacte los episodios y los acontecimientos, con mayor precisión, daré otros detalles, anécdotas y momentos que son, a mi juicio, de positivo interés. No por mi presencia en ellos, sino por lo que significaron para delinear un período emocionante de la vida española.

¡No viva esclavo...

de una situación mezquina..!

Vd. puede y debe aspirar a un porvenir mejor. Capacítese para ello dedicando unos minutos diarios a estudiar uno de nuestros cursos.



CENTRO ESPAÑOL DE ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA, S. A.

Avenida de José Antonio, 61 - Madrid
Filial de las INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS WORLD, LTD. Scranton, Pa.

ALGUNOS DE NUESTROS CURSOS

Jefe de Contabilidad	Electricidad. Mecánica. Química
Tenedor de Libros	Construcción
Jefe del Departamento Comercial	Especialista en Albañilería
Jefe Talleres Mecánicos	Técnico Industrial Químico
Especialista Tornero	Técnico de Laboratorio
Especialista Ajustador Montador	Matemáticas
Técnico Electricista	Jefe de Delineación
Auxiliar de Oficina	Delineante Taller Mecánico
Director Técnico Electricista	Jefe de Oficina de Arquitectura
Técnico en Radio	Industria Metalúrgica
Agente Comercial	Cultura General
Tratamiento Térmico de los Metales	Taquigrafía Cedeco, Pitman, Gregg
Dibujo de Arquitectura	Inglés Dibujo
Cursos de Tributación	Corte y Confección
Sobrestante de Vía y Obras	250 CURSOS MAS

Certificados y Diplomas expedidos en los EE. UU.

OFICINAS CENTRALES
MADRID: José Antonio, 61 - Apartado 656

DELEGACION

para

CATALUÑA:

Vía Layetana, 57

Barcelona

RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON

Marque con una cruz (x) el curso que le interesa y le enviaremos GRATIS Y SIN COMPROMISO, informes sobre el mismo.

Nombre

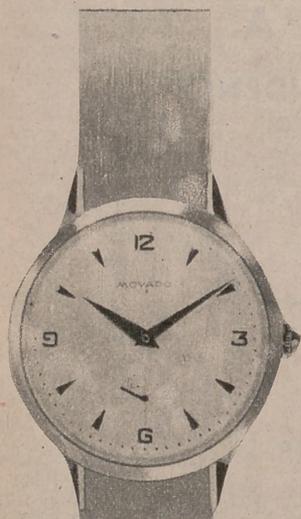
Calle..... n.º.....

Localidad..... prov.....

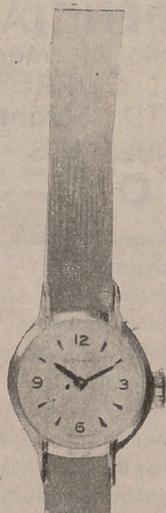
CEDECO

40 años
en España

Pub. Ruescas-Av. José Antonio, 55-MADRID



F.ACERO PTS. 890
ORO DE LEY, 3425



FRENTE CHAPADO
ORO Y F.ACERO. 1.425
ORO DE LEY. 2.995



UNION RELOJERA SUIZA, S.A.

Remitimos a provincias
contra reembolso hasta
mil ptas., cantidad superior
por transferencia bancaria

Av. José Antonio, 29 - MADRID

Pub. Ancema-Av. José Antonio, 66-MADRID

CONVIVENCIA Y COEXISTENCIA

Por Ricardo ROYO-VILLANOVA Y MORALES

QUIZA, por eso que se dice de que hay que mudar de vestido, de tácticas y de otras cosas, para armonizar con los tiempos que cambian y las nuevas estructuras que se suceden, vamos abandonando, nos vamos despojando del concepto cristiano del «prójimo», que es el que se define en el Diccionario académico con los siguientes términos: «Cualquier hombre respecto de otro, considerado bajo los oficios de caridad y benevolencia que todos recíprocamente nos debemos». Los que quieren acabar con la civilización cristiana, forzosamente han de querer acabar también con el concepto cristiano de prójimo.

Y así, en consecuencia, se habla poco, cada vez menos, de convivencia, de solidaridad, de familiaridad, de hermandad, de unión, que se van debilitando rápidamente, y se habla mucho más, cada vez más de coexistencia; de esa coexistencia que se aleja de la conducta impregnada de normas y expresiones cristianas, que es la que ahora domina y cuya consigna, a fuerza de efectos publicitarios y propagandísticos, se ha enseñoreado del mundo. Una coexistencia de insidias, desprecios, desconfianzas, astucias, cinismos, camuflajes y disimulos, una coexistencia de claudicaciones fundamentales, con falsas apariencias de solidaridad para mejor engatusar, engañar y alejar a las gentes del recto camino de la cooperación. La convivencia cristiana corre el riesgo de desaparecer en una mera y fría coexistencia pagana y en el señuelo de esa otra coexistencia mundana, más acomodaticia y flexible.

La convivencia está en el convivir, que es el vivir como Dios manda, pacíficamente, en compañía de otro u otros, siendo buenos amigos o por lo menos buenos vecinos. La coexistencia no es más que el simple existir de una persona a la vez que otra u otras, sin añadirles ningún valor. Y esto no es nada, sino es una especie de tregua que sólo acecha oportunidades para explotar inicuamente las disparidades humanas. La primera corona la labor de incontables generaciones, y la segunda tiende a destruirla, nos hace retroceder. La coexistencia, tal como actualmente se entiende, que ni siquiera es «tolerancia» ni tampoco «apaciguamiento», es bochornosa para las relaciones sociales. Se trata de una coexistencia vil, enlutada, embravecida, nublada, tormentosa, de enlutados estampidos, que no significa más que una pausa en los ánimos de desquite, revancha y odio. Las características que la distinguen son la desconfianza mutua, la incompreensión recíproca, la penuria de colaboración, la falta de mutua ayuda, la indolencia, la insensibilidad ante las necesidades y las desgracias ajenas, la ausencia de unión aun en los dolores, sufrimientos, preocupaciones que nos son comunes.

Todo eso está lejos de la verdadera convivencia pacífica, tantas veces magistralmente explicada y fervientemente recomendada por Su Santidad, obra viva, dinámica, compleja, eminentemente religiosa y social, que requiere para su desenvolvimiento atmósferas de buena voluntad. La convivencia se funda, no en espionajes y contraespionajes, sino en los buenos sentimientos de

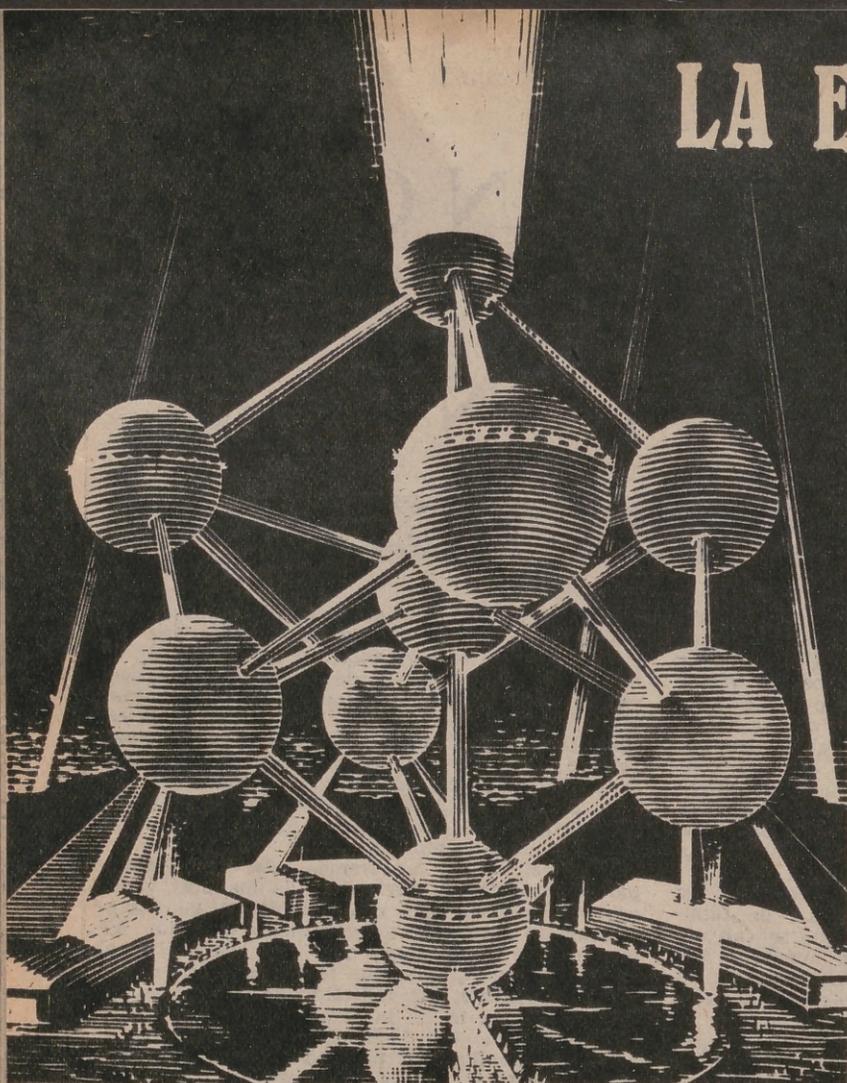
confianza de las relaciones humanas, cuya norma no es otra que el amor que a todos une con sólida amistad de hermanos, en las exigencias de la caridad y fraternidad de Cristo, que constituyen la gran ley que gobierna, que debe gobernar a los hombres, que ordena el respeto mutuo, la estima, la comprensión, la ayuda recíproca, la generosidad, y que prohíbe el menosprecio, la indiferencia, la injusticia, el egoísmo en todas sus formas. El bien y el mal pueden coexistir y de hecho coexisten, pero no pueden, no deben convivir, ya que se oponen y repelen.

El secreto de la convivencia está en el principio fundamental e inviolable, de los más viejos que se registran, bien conocido de antiguo, unanimemente aprobado, universalmente aceptado, solemnemente consagrado, que reza así: «Haz al prójimo lo que quieres que te hagan a tí», expresión tan distinta, tan radicalmente opuesta en todos sentidos a la de la coexistencia de nuestros días, en la que tan fácilmente entra el dicho figurado y familiar «al prójimo contra una esquina», con que se moteja a los egoístas, a los duros de corazón, a los que no se lastiman del mal ajeno, a los que, como dice la frase vulgar, no tienen prójimo.

Mas nadie ignora, está bien claro en la mente y en el corazón de todos, que el mandamiento «amarás a tu prójimo como a ti mismo», semejante al primero, que nos fué dado hace casi dos mil años, sin acepción de personas, y que es cifra de la real convivencia, sigue siendo el camino, el único camino hacia un mundo más justo y mejor, que permita realizar una verdadera comunidad humana a la luz de los supremos principios de igualdad. Pero esta convivencia se opone al falso camino de la coexistencia traidora, de engaños y peligros que ahora se propugnan, inspirada en aquel mandato aun reciente, de apenas cien años, de que nos odiamos mutuamente, de que nos destruyamos los unos a los otros, y que de manera tan impresionante y terrible es oído, escuchado y seguido por una gran parte de la humanidad.

La coexistencia al margen del orden natural inquebrantable y de los mandamientos de Dios, muere tan pronto como surge, y sólo puede conducir al confucionismo y al desastre. Una coexistencia que sólo se mantiene con el terror y la violencia, fundada sólo en el pánico y en la desesperación, mortalmente corroída por el cáncer del miedo, tiene que traer forzosamente, nos dice Pío XII, consecuencias funestas, y es inaceptable, abominable. No puede hablarse de ella más que con pavor. Todos contemplamos en la hora de ahora su trágica advertencia. La coexistencia deshumanizada, inhumana, que actualmente se predica en todas las latitudes, que tiende a perpetuar situaciones intolerables, será contraproducente si no la re Cristianizamos, si no la resolvemos en una verdadera situación de convivencia cristiana, que es aquella de que nos habla el Santo Padre cuando nos pide «más inteligencia y más energía en la lucha por la unión de todos los hombres de buena voluntad».

LA ENERGIA ATOMICA



Este es el boceto del «Atomium», construcción proyectada para la Exposición Universal de Bruselas de 1958, que según voluntad de sus promotores marcará el símbolo de nuestra época. Evocará las recientes conquistas de la ciencia en los dominios nucleares, cuyas aplicaciones a fines pacíficos y humanitarios tendrán una trascendencia extraordinaria en la vida de millones de seres

“LOS NENES NACIERON SATISFACTORIAMENTE”

HAY palabras mágicas. Se abre un telegrama y dice: «Los nenes nacieron satisfactoriamente.» Es un telegrama oficial que lleva, escondida y oculta entre sus palabras inocentes, la más extraordinaria noticia de nuestro tiempo: el nacimiento de la bomba atómica. Es decir, de la edad pavorosa.

El telegrama se abrió, en los despachos oficiales de Winston Churchill en Berlín, el 17 de julio de 1945.

En un papel que no se conservará, que habrá pasado inadvertido al ruso. En la mesa, bellamente adornada, nada más que dos intérpretes, dos caracolas para llevar y traer el eco de las palabras: Birse, de un lado; Pavlov, del otro.

El 18 de julio, Churchill cenaba con Stalin. Cena a solas, en la que el inglés pensaba convenir al ruso. En la mesa, bellamente adornada, nada más que dos intérpretes, dos caracolas para llevar y traer el eco de las palabras: Birse, de un lado; Pavlov, del otro.

Berlín, aquella misma noche, apagado y muerto, sentía sobre su corteza ciudadana, las patrullas militares. La «entende» de las botas y de los kepis unía en «jeep», bajo la Puerta de Brandeburgo, a rusos, franceses, ingleses y americanos.

Pero Churchill no dijo una sola palabra a Stalin. Este, según el británico, parecía estar oprimido físicamente.

Hubieron de pasar unos días, los de Potsdam, antes de decidirse a comunicar la noticia a Stalin. Llegó, así, el día 24 de julio.

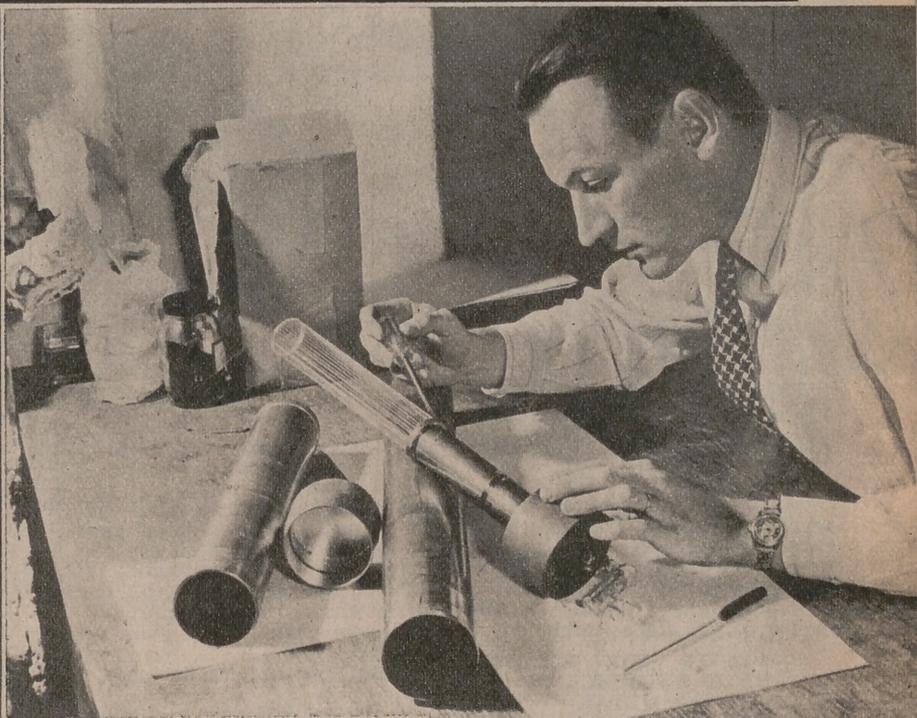
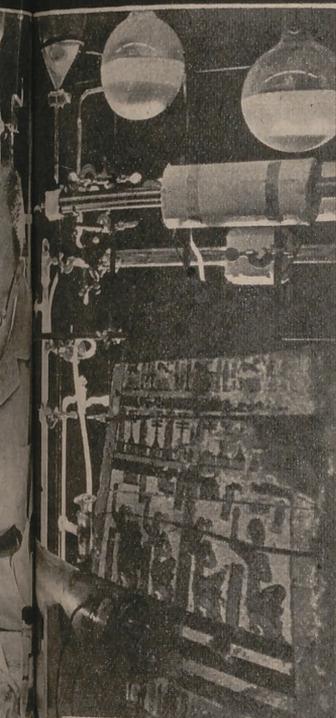
Fué Truman el que, después de la reunión plenaria celebrada ante una enorme mesa redonda, daba a conocer a Stalin, oficialmente, la noticia.

De los presentes en aquella conferencia eran pocos los que sabían que, en aquel justo instante, Truman hablaba a Stalin, sin mucha precisión, del nuevo y extraordinario invento bélico. Los que estaban en el secreto, Churchill entre ellos, miraban desde



La fotografía recoge el momento de salir a la superficie el «Nautilus», primer submarino nuclear. Su ficha militar es la siguiente: «SSN-578». El Nautilus fue el primer submarino de ser máquina de guerra, el comienzo de una edad asombrosa. La historia del Nautilus es el inicio del desarrollo de la energía nuclear.

QUÍMICA UTILIZADA PARA LA PAZ



Los alquimistas modernos trabajan en sus laboratorios. Las aplicaciones de los procedimientos atómicos constituyen ya hoy una cadena de sorprendentes descubrimientos. Los lugares de investigación y pruebas son verdaderos centros de emoción

cinco o seis metros el desarrollo de la histórica conversación.

Cuando regresó Truman, Churchill le preguntó:

—¿Cómo estuvo la cosa?
—No me hizo una sola pregunta—replicaba el Presidente de los Estados Unidos.

Así fué cómo después de años de investigaciones rodeadas del mayor secreto, se transponía el muro del silencio: los nenes podían andar solos.

Se estaba ya, quiérase o no, de cara a una edad nueva.

¿CUANTA ENERGIA CONTENIDA EN UNA MONEDA DE DIEZ CENTIMOS?

Ahora todo se cuenta como energía. Todo es energía. Antes de la guerra los físicos presentaban el problema como una posibilidad. ¿Cuánta energía existirá en una moneda de diez céntimos liberada enteramente, por desintegración de sus átomos?

La respuesta se acercaba, paladinamente, a las más grandes aventuras pendientes: la de la conquista de los mundos. El día que se tenga energía suficiente Marte estará próximo.

Esto era lo que se decía. Se buscaba un motor que fuera capaz de superar todas las dificultades.

Y ahí está el primero: El «Nautilus».

EL «NAUTILUS», EL SUBMARINO MISTERIO

Los marinos y obreros de los astilleros navales de Groton, en Connecticut, no podían suponer

que ellos, sin saberlo, colaboraban en la mayor aventura de nuestros días: comenzar la era industrial de la energía atómica considerada ya, ésta, al servicio del hombre.

El submarino, grande, negro, oscuro, con las banderas estrelladas de los Estados Unidos en la proa, se lanzó un día del verano pasado al agua. Un solo misterio: A bordo, como único combustible, diez kilogramos de uranio (U 235) que equivalen, nada menos, que a 25.000 toneladas de carbón.

Teóricamente, el submarino, el «Nautilus», podrá recorrer 30.000 millas de viaje submarino sin necesidad de tocar tierra. Durante cincuenta días, los marinos, si así lo quisiera el capitán, podrían permanecer bajo las aguas.

El «Nautilus», que es nombre de aventura, nombre de Julio Verne, tiene otro nombre más oscuro. Su ficha militar es la siguiente: SSN-571. Pero, a pesar de ser máquina de guerra, el «Nautilus» es el comienzo de una edad asombrosa. Por eso, en torno al «Nautilus», primer motor dirigido y gobernado en beneficio del hombre, ha existido el misterio.

EL SECRETO DEL CAPITAN CARLSEN

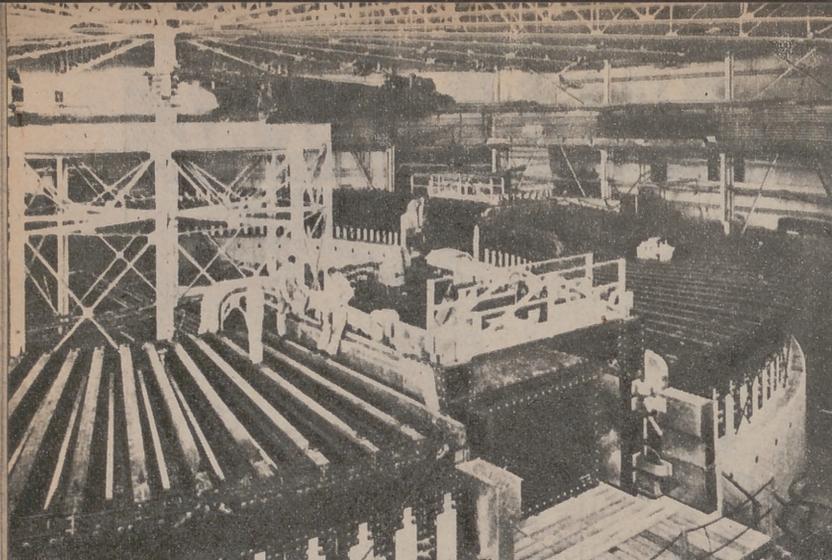
La industrialización, o mejor dicho, la doma de la energía nuclear tiene también como ha de ocurrir siempre, su bella leyenda. Todo el mundo recuerda el he-

Dos hombres con trajes especiales se preparan para entrar en una sección radioactiva de las fábricas atómicas de Windscale. Hace aun poco tiempo se creía que ello no sería posible, pero ahora, con los nuevos equipos, el peligro ha sido el minado

roísmo de un capitán danés que, mandando un «Liberty-ship», el famoso «Flying Enterprise», se negó a abandonar el barco. Durante días, imposible, el capitán Carlsen mantenía y sublimaba las tradiciones de la antigua Marina. ¿Qué llevaba el «Flying Enterprise»?

Según declaraciones, un cargamento de antigüedades y maquinaria cuya naturaleza no se pudo saber nunca. Pero, los jefes supremos de la Marina norteamericana asistieron aterrados al naufragio. Con el «Flying Enterprise» se hundían cinco años de esfuerzos: el verdadero cargamen-





Una instalación para investigaciones atómicas en la Universidad de California

to del «Flying Enterprise» era un secreto de Estado. Por eso el cargo danés iba escoltado por un destructor norteamericano que llevaba órdenes especiales del contraalmirante Hyman A. Rickover. ¿Cuál era el cargamento?

VEINTE MIL KILOMETROS EN BUSCA DE UN METAL

La caldera y el reactor del «Nautilus» precisaban unos tubos cuyas exigencias técnicas venían a ser las siguientes: ser excelentes conductores de calor, pero inalterables a las altas temperaturas. Tener una solidez a toda prueba y dejar pasar los neutrones producidos por la masa atómica, ya que, absorbidos, la reacción en cadena se interrumpiría.

Resultó que el único metal que reunía las condiciones necesarias era el zirconium que aparece siempre, además, asociado a otro.

Las reservas más importantes de zirconium estaban en el Brasil y la industria capaz de separar el mineral asociado, estaba en Alemania, precisamente en la región de Hamburgo. Mientras tanto, el motor del «Nautilus» se construía en Nuevo México. El mineral, así, debía de recorrer casi la mitad de la tierra antes de llegar a los astilleros norteamericanos. Y no llegó nunca: los tubos se hundieron con el «Flying Enterprise».

Entonces, Norteamérica se puso al trabajo. Centenares de químicos, privados y estatales, se reunieron para refinar la batalla del zirconium. El contraalmirante Rickover, a quien llamaban ya el «Almirante Zirconium», presidía la campaña. Veinticuatro meses más tarde, el 3 de enero de 1954, se alcanzaba totalmente la victoria: el zirconium lo producía América en grandes cantidades. El precio de la libra de zirconium, que estaba a 9.000 pesetas, bajaba a 525. Se conseguía, además, que el mineral asociado, considerado hasta entonces como impureza, se convirtiera en un elemento importante del proceso.

He aquí cómo se riñó una de las más importantes batallas de la industria atómica.

NUEVAS CENTRALES ELECTRICAS

La Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos anunciaba en octubre de 1953 el comienzo de una nueva edad: la energía nuclear estaba ya en condiciones de emplearse en centrales eléctricas. Una compañía, la Westinghouse Electric Corp., recibió el encargo de construir, por cuenta del Gobierno, la primera central.

Se abría así un mundo inexplorado.

La central atómica, al igual que las termoeléctricas, generará electricidad por medio de vapor. El reactor contiene uranio o plutonio fisionables, elementos que pueden afectar la forma de varillas macizas, disoluciones o líquidos, con partículas en suspensión. Una determinada proporción de los átomos del combustible sufre desintegración y arroja constantemente fragmentos valoradores (neutrones) que al chocar con otros átomos los dividen, dando lugar a la reacción en cadena.

La construcción de las centrales atómicas es muy costosa. El precio del combustible en sí puede ser insignificante, unas 3.000 pesetas (77 dólares) por kilogramo de uranio, equivalente a 1.540 toneladas de carbón.

Los inconvenientes más graves resultan de la imposibilidad de verificar reparaciones en los reactores, en su interior radioactivo. Gigantescos brazos articulados, con «manos» sensibles hasta el asombro, intervienen, pero los ajustes esenciales se efectúan por telemando.

Otro problema es el de la recuperación del calor y, en síntesis, evitar que los radioelementos descompongan la pila atómica. Este proceso no puede ser verificado nada más que con la ayuda de un metal de características especiales. El acero se ha revelado como nefasto en razón a su inclinación por los neutrones. El aluminio es mejor, pero su coeficiente de dilatación es diferente al del uranio, de donde resulta la dificultad de mantenerlos juntos.

Una serie enorme de posibilidades aparecen conjuntamente con los problemas. Nuevas técnicas, nuevos metales y nuevos medios de construcción se van a desarrollar en brevísimo tiempo ante nuestros ojos.

La central atómica, además, podrá instalarse sin tener en cuenta las reservas de hulla o las caídas hidráulicas. Su llegada, a pesar de las dificultades iniciales, significa la abundancia de energía en unos momentos en los que, aun con la técnica y la industrialización actual, se revela su apremiante necesidad. Por otra parte pueden esperarse transformaciones asombrosas de la materia. Los químicos realizarán, en las entrañas radioactivas de la energía, síntesis de materias que harán olvidar completamente los sueños de los alquimistas de la Edad Media. Volverá a hablarse de la posibilidad de hacer oro.

LOS ALQUIMISTAS MODERNOS

Las aplicaciones de los procedimientos atómicos constituyen ya hoy una cadena de sorprendentes descubrimientos.

Los radic-isótopos se han convertido en los auxiliares más notables de los economistas y de los industriales. La compañía telefónica de Francia ahorra, cada año, millones, descubriendo en unas horas las fugas que se producen en la envoltura de plomo que protege, bajo tierra, los cables telefónicos. Antes era preciso recurrir a trabajos enormes, difíciles, costosos. Hoy, un empleado, siguiendo el curso del hilo telefónico, sabe en todo momento en qué lugar exacto está la avería.

Con el radic-cobalto las investigaciones de las piezas metálicas se verifica con todo el carácter de una verdadera «radiografía atómica».

Para juzgar a qué ritmo se renueva el aire en una habitación bajo la acción de los ventiladores, no es preciso otra cosa que incorporar unos átomos de un gas radioactivo.

En la alimentación se producen ya aspectos importantísimos. En el laboratorio de la Universidad de Michigan se ha conseguido conservar los alimentos más delicados durante ocho meses después de un tratamiento atómico. Parece que no intervienen las radiaciones, sobre el sabor y el gusto de ellos.

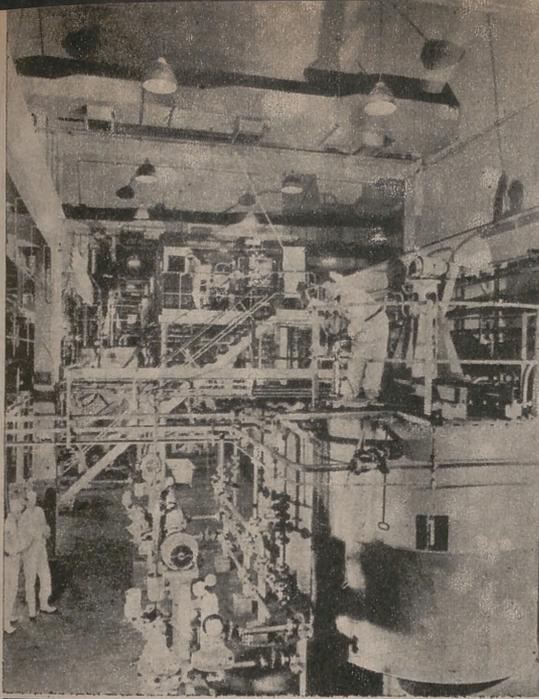
En medicina los especialistas piensan ya en el átomo como el agente esterilizador por excelencia.

LA SORPRESA: EL RELOJ ATOMICO INVESTIGARA HASTA 25.000 AÑOS «ATRAS»

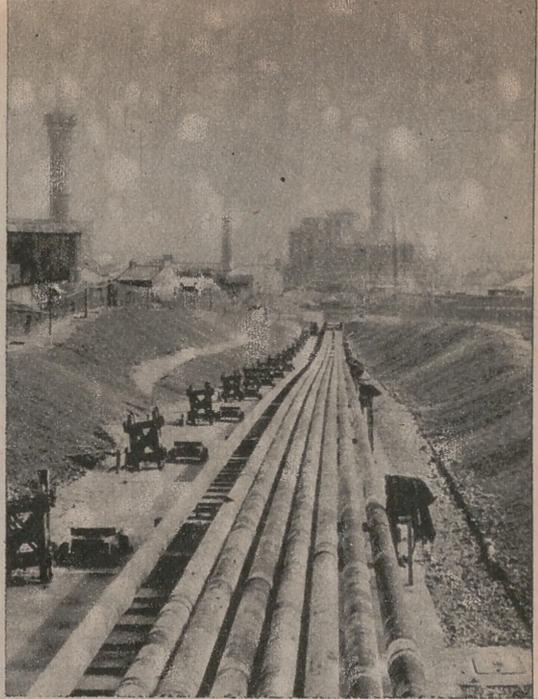
Los relojes, hasta el momento presente, servían únicamente para contar el tiempo hacia «adelante». Y aun así, atrasándose o adelantándose. Pero entre la variedad de los relojes atómicos existen modelos sugestivos. Uno de ellos el que en un período de tres mil años no tendrá nada más que un segundo de retraso.

Pero existe otro modelo de mayor interés: el reloj hacia «atrás». Puede llegar, en su localización del mundo anterior, hasta los veinticinco mil años.

Se trata de una realización comprendida también en el campo de los radic-isótopos. El procedimiento del reloj para medir la edad de las cosas consiste en medir la cantidad de carbono radioactivo que existe sobre la má-



Interior de la fábrica atómica de Springfield. Aquí el uranio en bruto es reducido a polvo y disuelto en ácidos



Las tuberías de desagüe de la fábrica de Windscale llevan hasta el mar residuos y materias con media fuerza radioactiva

quina, vasija o momia, para precisar su tiempo.

Tan extraordinario acontecimiento parte de los siguientes principios: El carbono radioactivo forma del carbón ordinario que tan difundido está por el mundo, se desintegra naturalmente para perder su actividad en un período de diez mil años. Al medir la magnitud de la radioactividad que subsiste se llega a conocer, exactamente, la edad del objeto sometido a estudio.

Toda la arqueología, naturalmente, está en trance de ser revisada, discutida y puesta en evidencia, por un sencillo reloj atómico del profesor Libby, de la Universidad de Chicago.

LAS PILAS ATOMICAS, TRANSFORMADORAS DE LAS MATERIAS: NACIO EL ORO

Las pilas atómicas son lugares de fabulosas transformaciones y mutaciones de la naturaleza física y química de la materia. Verdaderos centros de emoción. En la pila atómica de Dempster, un físico norteamericano, se consiguió en 1949, el viejo sueño de los alquimistas: la aparición, entre el fuego, del oro.

Dempster transformó un fragmento de mercurio en oro. El experimento, impresionante, se realizó en Chicago. La emoción en la Bolsa fué extraordinaria... sólo que el experimento había costado más que el oro. Pero, naturalmente, se trataba de un costoso experimento de laboratorio, principio y fin de sí mismo. No era una industrialización.

Las mutaciones se verifican, todavía hoy, con el asombro de los propios investigadores. Dice Robert Clarke que colocando durante algunos instantes materias plásticas en una pila atómica, salen otras, de propiedades y apariencias completamente distintas.

Pasa así la energía atómica al desconocido e imprevisible medio de la transformación. ¿En qué medida afectan estas mutaciones a la naturaleza humana?

La contestación también es pavorosa: el hombre puede sufrir notables transformaciones. Una cosa curiosa: en el laboratorio de Cold Spring Harbor, en Long Island, bajo la dirección del doctor Wallace, se ha venido efectuando una serie de experiencias de las que extraigo, no de muy buena gana, la verdad, estas consideraciones: «El hombre es mucho más vulnerable a las radiaciones que lo son los insectos. Las moscas resisten radiaciones diez veces más fuertes que el hombre...»

SEPA USTED LO QUE AHORRARA EL MUNDO

En este enorme y fantástico mundo del átomo, las cifras arrojan testimonios tan expresivos que establecen por sí mismos, las diferencias entre la Era Clásica y la Era Atómica.

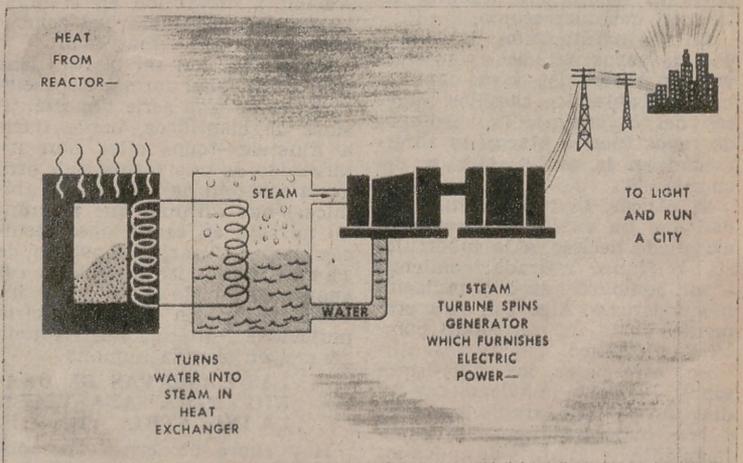
El proceso de una a otra significará—dice un informe de la

U. N. E. S. C. O.—una reducción, en la proporción de 80.000 a 1, del peso de materia a extraer y una reducción aún cien veces superior, es decir, una proporción de ocho millones a uno del peso de combustible que ha de transportarse de la mina al lugar de utilización.

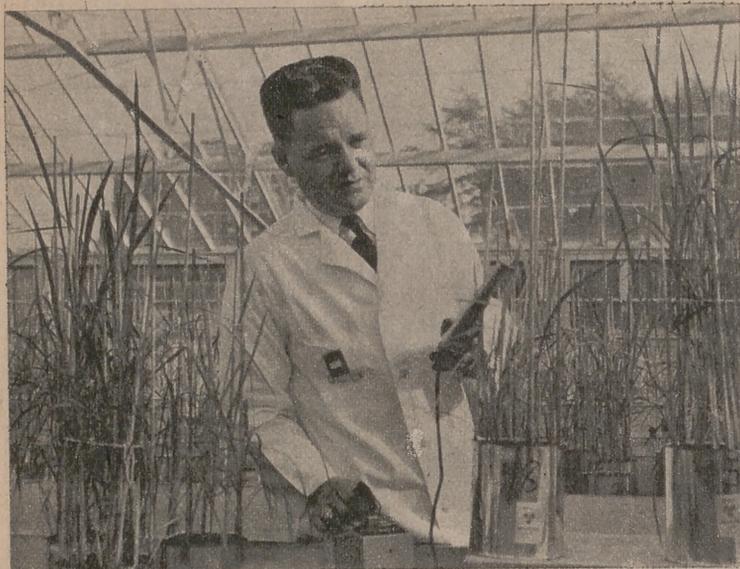
Esta fabulosa alteración de los términos transformará, evidentemente, todos los cálculos económicos.

CONTRA EL CANCER: BOMBARDEO ATOMICO

Idea y sueño de siempre ha sido en el hombre la anulación de las enfermedades y la prolongación de la existencia. No se sabe todavía, al menos con rigurosa precisión, en qué medida el mundo atómico ayudará a cumplir los sueños; lo que es evidente es que, por lo pronto, los isotopos radioactivos—sustancias portadoras de átomos, que despiden ra-



Esquema del proceso de transformación en energía eléctrica de la energía nuclear



Experiencias de aplicación de la energía atómica a la agricultura. Los isótopos radioactivos activan el desarrollo de las plantas



Un preparado radioactivo se añade a un abono. Después se verán los resultados en las plantas y en los animales que las coman

diaciones y que se producen ahora en cantidades crecientes—han sido calificados por los médicos como el descubrimiento más importante del hombre desde la invención del microscopio.

En la investigación, los isótopos de rayos débiles e inofensivos son absorbidos, y sus cambios hacen visibles los cambios secretos del organismo. Los isótopos de rayos fuertes atacan la enfermedad en la parte afectada del cuerpo.

El cáncer, la terrible enfermedad que ha venido a suceder, si sólo puede decirse a la tuberculosis en franca retirada, comienza a ser bombardeada con radiaciones poderosas. Algo así, concretamente, como un verdadero bombardeo atómico.

Por otra parte, los radionúclidos facilitan mágicamente el diagnóstico. Los «radionúclidos» biológicos permiten prácticamente, el análisis de todos los órganos de un paciente tranquilamente acostado. Y aplicarle, de inmediato, el medio curativo necesario.

Los medicamentos radioactivos permiten seguir la infiltración y la acción del medicamento en el cuerpo. En los casos de enfer-

medades microbianas serán los microbios, al revés, los convertidos en «luminosos» (radioactivos), y se podrá seguir la penetración y progresión en el organismo de tal manera que combatirlos sea mucho más fácil.

Todo ello, con ser cierto, tiene tras sí, de igual forma, las declaraciones de una serie importantísima de científicos, desde Curie a Einstein—todos ellos han intervenido de una forma o de otra en la creación de las bombas atómicas—que afirman que el mundo no está en condiciones técnicas para utilizar, sin peligro de catástrofes irremediables, ese enorme fondo de energía que, incontrolada y sin guía produciría mutaciones, alteraciones de todo género, en la vida humana.

LAS RESERVAS DE URANIO PARA ABASTECER LA INDUSTRIA ATOMICA

Hay ahora modernos buscadores de oro que, mecanizados, recorren las tierras buscando el nuevo metal: el uranio. Altas batas un contador Geiger, que permite establecer el mapa de radioactividad, les convierte un poco en el asombro de los campesinos.

Pero hubo un tiempo en que se creyó no existiría uranio suficiente para abastecer las necesidades atómicas. Un hecho importantísimo cambió completamente el curso del pensamiento científico.

En el año 1951, los Estados Unidos daban a conocer los resultados obtenidos con el nuevo reactor-generador montado en Arco, Idaho.

Según aquella experiencia, el problema de la escasez de uranio quedaba completamente eliminado. Su resolución tiene un enorme interés.

Con el reactor-generador de Idaho se genera energía y, al mismo tiempo, produce una cantidad tan importante de material fósil como la que utiliza para su funcionamiento, y quizá aún mayor. A primera vista eso puede ser tan imposible como el hecho de que un horno de carbón que consumiera 100 toneladas diarias para producir energía conservara, al final del proceso, idéntica cantidad de carbón del utilizado.

Las consecuencias que tenga en el futuro del mundo un hallazgo tan sensacional son evidentes a todos. Pero, aun hoy, los costes gigantescos de la maquinaria atómica, sus enormes riesgos en cuanto a su conservación y los peligros que encierra todavía su utilización, sitúan los descubrimientos nada más que en el plano de las grandes posibilidades.

Pero entre las fantásticas realidades del mundo atómico, pocas como esa de producir al tiempo que consume.

LA BOMBA «H»

En contraste con las prodigiosas posibilidades que tiene la energía atómica de ser utilizada para la paz, existe el riesgo terrible de la guerra atómica.

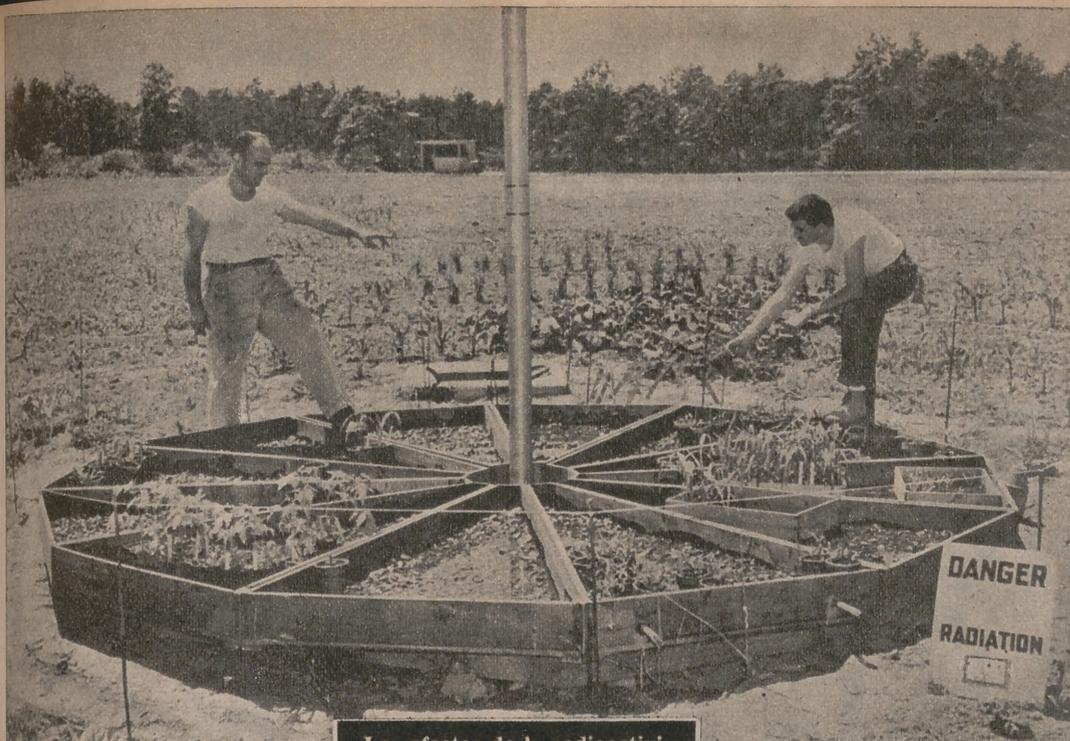
Los japoneses han sufrido en tres ocasiones los efectos de la energía. Dos veces, la bomba «A» en Hiroshima. Una vez, por efecto de la radiación producida en una de los últimos experimentos. Un grupo de pescadores fue alcanzado por la invisible nube radioactiva. Uno de ellos murió. El resto han pasado por grandes sufrimientos. Su experiencia, en el fondo, es la experiencia de todo el mundo. Más cuando la bomba «H», detrás está la «C», la de cobalto, convierte a la primera en juego de niños.

La bomba de hidrógeno no es otra cosa que la imitación de la energía, fuente del calor y de la luz del sol.

La primera experiencia se desarrolló en Eniwetock. La bomba fué embarcada en San Francisco, en medio del mayor misterio, en un navío de guerra. La puerta especial de la cabina donde quedó almacenada, fué atrincherada por gruesas cadenas y cerrada herméticamente.

Desembarcaron en la pequeña isla de Eniwetock, de kilómetro y medio, mientras los barcos de guerra cruzaban el mar en un círculo de 50 kilómetros, impidiendo que nadie se acercara.

La hora «H» estaba fijada para las 7 h. 15. Todo el mundo llevaba, sobre los ojos, las gafas negras especiales. Y el temor consiguiente. Cuando explotó, los cuer-



Los efectos de la radioactividad sobre diversos tipos de plantas se experimentan así

tíficos que asistieron decían: «La bomba «H» ha explotado «con la luz», por lo menos, de diez soles.» De la isla no quedó nada. La bomba atómica, la de Hiroshima, quedaba tan atrás, que se la consideraba un arma prehistórica.

LA TRANSFORMACION AGRICOLA: NUEVAS COSECHAS, NUEVOS ALIMENTOS

Las «mutaciones» que la radioactividad impone a la materia alcanza, en el terreno de la agricultura, aspectos de enorme importancia. Si el bombardeo atómico del cáncer y de otras enfermedades supone la contribución práctica y total de la ciencia nuclear a la medicina, su utilización total sobre las cosechas y la agricultura parece ser uno de los objetivos de próximo alcance.

Un sabio, Curie, ha hablado de las posibilidades de encantamiento, de la aparición de colores insospechados, de bosques cuyos árboles aparecerán con cien colores distintos; pero por encima de esto están los aumentos de riqueza agrícola, el «empujón» que podrá darse a las plantas.

Los isótopos han dado a conocer todas las etapas del proceso del reino vegetal. La energía atómica, conducida hacia la paz, podrá hacer desaparecer el hambre del mundo. La destrucción de los insectos es ahora cosa fácil, pero, además, los botánicos pueden llegar a crear nuevas plantas, transformar las existentes, efectuar mejoras en las especies. Utilizando los radioisótopos como «trazadores», los hombres de ciencia han podido observar el crecimiento de las plantas y conocer profundamente cuál es su secreto. En los abonos el adelanto alcanzado con la aparición de la energía nuclear es superior, teóricamente, al conseguido en los últimos cien años de experimentación química.

El alimento de «laboratorio», pensado y estudiado científicamente, podrá ser obtenido en condiciones saludables y abundantes, siendo la investigación más interesante la producida alrede-

dor del proceso a través del cual las plantas verdes fabrican sus sustancias con el agua y el anhídrido carbónico del aire. Conociéndolo el hombre podrá acentuar su crecimiento y desarrollo artificialmente. Una nueva edad.

LA ENERGIA NUCLEAR EN ESPAÑA

España no permanece al margen de la gran conquista nuclear. Una ciudad atómica está naciendo en la Moncloa, en Madrid, entre el paisaje de los árboles.

En los momentos actuales, incesantemente, el Centro Nacional de Energía Nuclear español explora por todas las provincias las posibilidades de existencia de minerales radioactivos. Una búsqueda científica, laboriosa, que en el cuadro de las realizaciones ha culminado ya con el levantamiento de la instalación metalúrgica para la obtención del uranio metálico. Los hornos de fusión en los que se verifica el proceso que termina en las barras de uranio, es ya en nuestro país una realidad.

Cuantitativamente es España, en el conjunto europeo, el tercer país, después de Francia e Inglaterra, que produce el uranio nuclear en escala industrial. Año de práctica, de investigación silenciosa, que han colocado a España entre los países cuya inver-

tigación y elementos de trabajo son de considerable importancia.

Más de cien millones lleva gastados el Gobierno español en el esfuerzo de situar nuestra Nación a la altura de los demás países, sobre todo en lo que se refiere al empleo y utilización pacífica de la energía, que es inmensa.

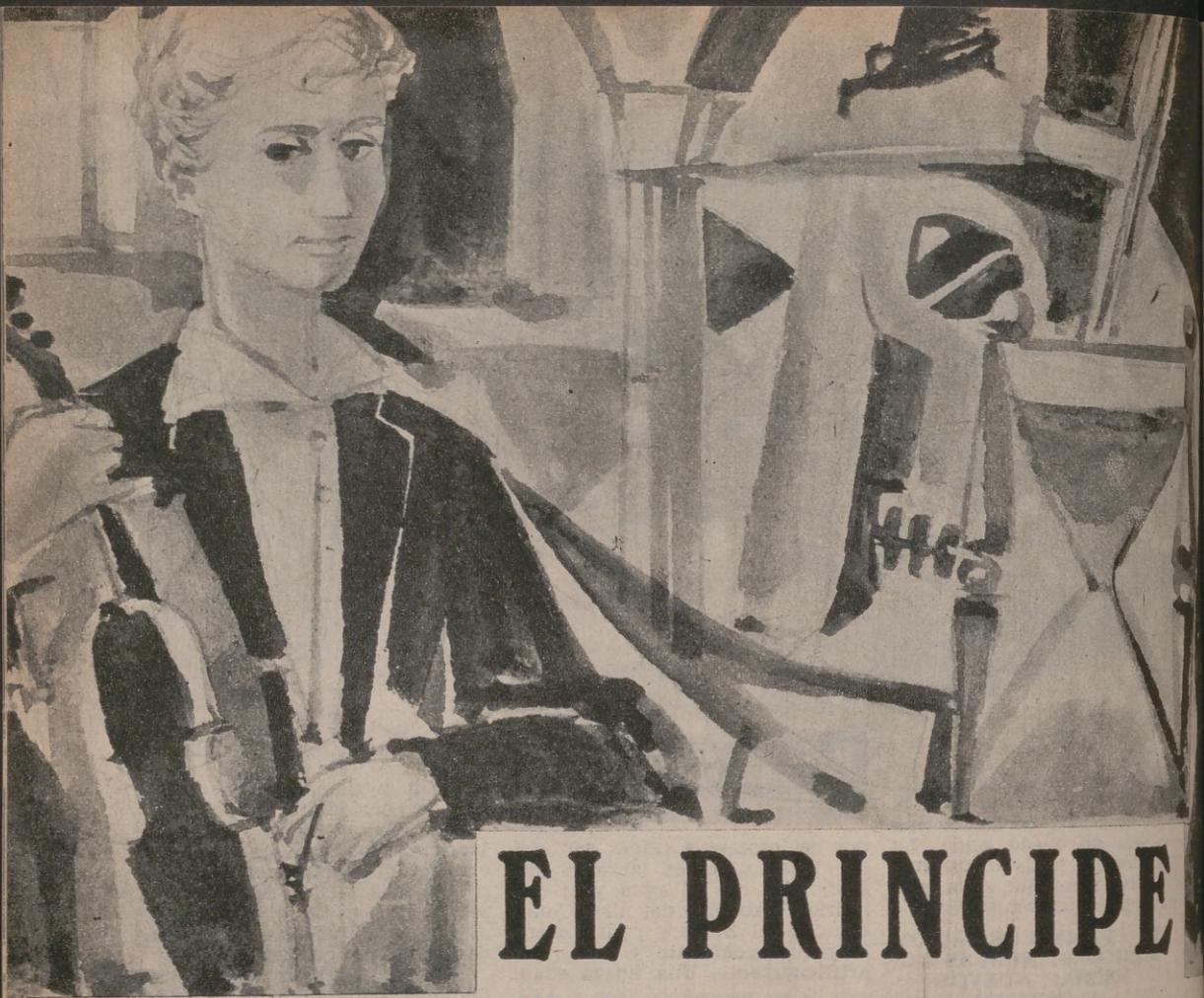
Tenemos ingenieros magníficos, hombres de trabajo y de rigor científico que llevan y dirigen toda esta empresa; otros permanecen en el extranjero, sobre todo en Norteamérica, revisando y adquiriendo toda clase de experiencias sobre energía atómica. He aquí, pues, sobre nuestro suelo, en la Moncloa, la primera ciudad atómica española.

LA PAZ ATOMICA

Penetrado el mundo del peligro que encarna la civilización atómica, el mundo occidental forma parte hoy, incluyendo a España, que se encuentra en estos momentos realizando importantes trabajos nucleares, de una vasta red de países que investigan, por todos los medios, el proceso atómico en relación a su utilidad práctica y pacífica. Sólo en ese sentido, al fin y al cabo, es posible entender una posible, normal y próspera continuidad de la humanidad. Porque si bien es cierto que su uso en beneficio del hombre le daría quizá soluciones nuevas, ricas e imprevisibles, como arma bélica es el invento más terrible que haya padecido el hombre.

Estas fábricas atómicas producen una energía de alcances insospechados que aplicada a fines humanitarios y pacíficos beneficiarán a millones de seres





EL PRINCIPE

NOVELA

Por Mercedes BALLESTEROS

CUANDO Víctor pisó por primera vez aquella casa experimentó una extraña sensación, como si no fuese real nada de lo que le rodeaba. Le parecía que era en sueños, y no despierto, que pisaba la grava húmeda del jardín, siguiendo a Darío, el viejo criado, que le había franqueado la verja de entrada. Había un olor penetrante a tierra mojada. Era un parque grande, bordeado de magnolias. Había llovido mucho aquel otoño y los tenués rayos del sol, al evaporar la humedad, producían una niebla blanquecina. Al fondo del parque se descubría la escalinata de mármol que daba acceso a la casa. Aquella escalera, blanca y brillante, le produjo a Víctor la impresión de algo funerario. A medida que se acercaban a la casa se oía más distintamente el sonido de un violín que alguien tocaba en el piso alto. Por Darío supo Víctor que se trataba de César, que estaba estudiando. Ya sabía él que su discípulo se llamaba César. Se lo había dicho su padre cuando, una semana antes, fué a buscarlo a la ciudad para contratarlo como profesor.

—César, mi hijo, es un muchacho algo enfermizo y por eso vivimos en el campo. Ha estudiado siempre en casa, con profesores particulares. Hasta hace poco tuvo un excelente maestro, pero, desgraciadamente, ha muerto y por eso he venido a buscarle a usted. Como la casa está bastante apartada del pueblo, será conveniente que viva usted con nosotros...

Cuando Víctor se enfrentó por primera vez con su discípulo, sufrió un estremecimiento inexplicable. Nada había, aparentemente, en el muchacho que pudiese explicar la impresión que le había causado. Se trataba de un chico como de unos diecisiete años, más bien bajo, delgado, de facciones correctas y voz casi infantil. Eran sus ojos, unos ojos violáceos, de iris azulado, los que producían un extraño desasosiego al cruzar con ellos la mirada. Había algo, a la vez, patético y suplicante en aquellas pupilas; pero a ratos se veía asomar a ellas una chispa violenta, dominante, impropia de un muchacho de su edad.

—César, es tu nuevo profesor—dijo el padre, abriendo la puerta del cuarto de estudio.

—Siento haberle interrumpido. Toca usted muy bien el violín.

—Gracias—respondió secamente el muchacho.

Un momento después entró otra persona. El padre de César hizo las presentaciones.

—Agatha..., mi sobrina...

Victor la observó. Agatha era una mujer de unos cuarenta y cinco años, que debió haber sido extraordinariamente bella. Hacía el efecto de haber envejecido prematuramente, como si hubiese sufrido mucho y los pesares hubieran imprimido en su rostro y, sobre todo, en su mirada—que se asemejaba mucho a la de César—una huella dolorosa.

Aquella misma tarde conoció Víctor a la madre de su discípulo. Era una anciana. No dejaba de sorprender al profesor que aquellos fuesen los padres de un muchacho tan joven, que más bien parecía su nieto que su hijo. Todo en aquella familia era sorprendente. Pero, más que ninguno de ellos, el propio César. Su cultura era portentosa. Se interesaba extraordinariamente por los problemas filosóficos más intrincados, de los que tenía un conocimiento impropio de sus años. Lo más raro era que nadie en aquella casa parecía darle importancia al talento del muchacho. Otros padres se hubiesen sentido envanecidos de la inteligencia y la memoria de un hijo como aquél; pero esa familia, o no se daba cuenta de ello o les era indiferente. Sin embargo, sería injusto decir que no le querían. Sentían verdadera adoración por él y se prestaban a complacerle en todo: sus caprichos. En cierta ocasión—Victor llevaba apenas unas semanas en la casa—se le antojó a César un pájaro exótico, cuya fotografía había visto en un libro de Historia Natural, y al momento se hicieron las diligencias para proporcionárselo, venciendo multitud de dificultades y a costa de gastos exorbitantes, puesto que aquellas aves no se encontraban sino en determinados puntos de América. No había transcurrido un mes cuando llegó por fin el pájaro, que colmó de alegría al muchacho

durante unos días, al cabo de los cuales le devolvió la libertad y no se habló más de él.

En cuanto a la enfermedad de César, nunca pudo saber Víctor de qué se trataba. Jamás le visitaba ningún médico ni se le veía tomar medicinas. Y, sin embargo, su aspecto era enfermizo, sus mejillas estaban siempre pálidas y su mirada a veces parecía febril.

La obligación del profesor consistía en dar clase y estudiar con César por las mañanas; pero por las tardes, generalmente se quedaba libre y podía encerrarse a leer en la magnífica biblioteca. César, mientras tanto, permanecía en su cuarto tocando el violín, sin cansarse. A los padres no los veía sino a las horas de comer. Los criados cumplían su obligación en silencio, y todo era orden y método dentro de aquella casa. Una sola persona parecía desenchajada de ese ambiente, y se la veía vagar unas veces por el parque, otras de habitación en habitación, como incómoda y desasosegada. Esa persona era Agatha. Una tarde la encontró Víctor leyendo junto a la chimenea cuando entró en la biblioteca. Decidió hablar con ella, intentar descubrir el misterio que, sin duda, envolvía a aquellas vidas.

—Perdóneme por haberla interrumpido—dijo el profesor.

—No me ha interrumpido—respondió Agatha con desgana—. Ya había acabado de leer. Me sé de memoria la biblioteca. ¡Tantos años leyendo siempre lo mismo!

—¿Siempre ha vivido aquí?

—Sí. Le sorprende, ¿no es cierto? Muchas veces se habrá preguntado qué hago en esta casa, por qué no me he casado, por qué llevo esta vida... Se hizo un corto silencio. Víctor sintió la sensación de encontrarse al borde de un abismo.

—Era yo una niña cuando vine aquí—continuó Agatha—. Había quedado huérfana y mis tíos me recogieron. César era...—se interrumpió bruscamente—. Pero... ¿qué digo? César aun no había nacido.

—¿Y no le ha apetecido nunca salir de aquí?

—Antes, sí. Ahora, ya no. No podría dejar a César. Su madre es muy anciana ya. Yo tengo que cuidarlo.

—¿Cuidarlo? ¡Ah, sí, recuerdo que su padre me dijo que estaba enfermo! Pero no acabo de explicarme cuál es su enfermedad. Nunca le he oído quejarse.

Agatha se le quedó mirando fijamente, en silencio.

—No, no sufre. El no sufre. ¡El no!

Al decirlo inclinó la cabeza y rompió a llorar.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué llora?

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

Miró a Víctor un momento y salió precipitadamente de la biblioteca.

La conversación con Agatha, lejos de desentrañar el misterio, lo hacía aún más patético a los ojos del profesor. No logró distraerse leyendo. Le ahogaba aquel ambiente y resolvió salir, bajar al pueblo de Basel, que estaba a cinco kilómetros de la casa.

Ya en el pueblo, recorrió sus calles y entró en una hostería a beber un vaso de cerveza. La camarera que le sirvió, que debía conocer a todos sus clientes, se sintió intrigada por la presencia del recién llegado:

—¿Es usted forastero?—le preguntó.

—Sí.

—Ya me lo parecía. Nunca le había visto aquí, y en el pueblo, todos nos conocemos.

—Hace poco que he llegado.

—¿Se hospeda en la fonda de la plaza?

—No, no vivo aquí, sino en el campo, en la casa de los Brail.

—¿Ah, en la casa del príncipe!

—¿Del príncipe?—preguntó Víctor, extrañado.

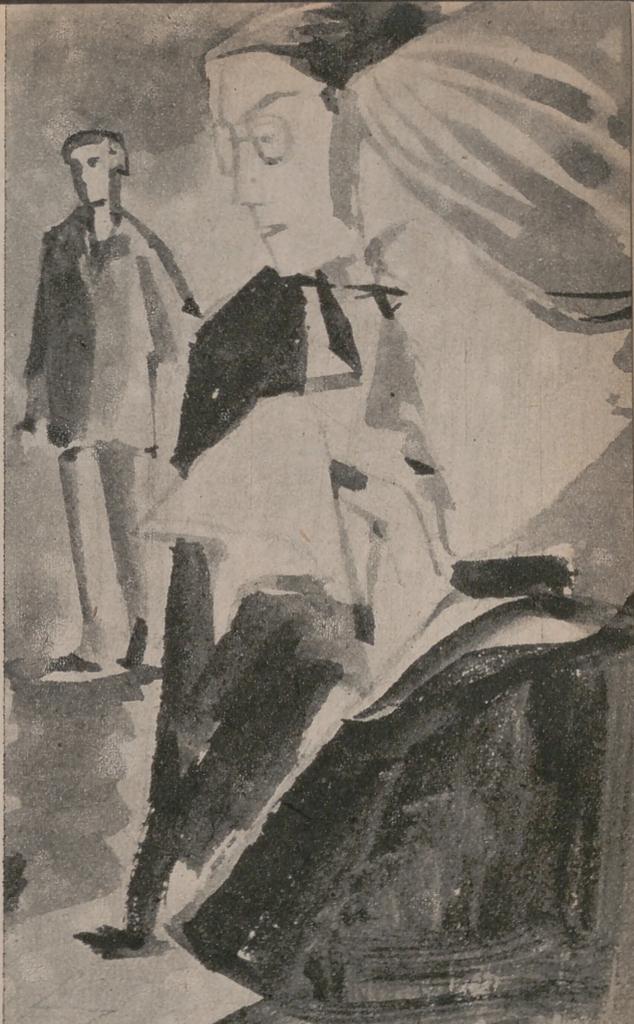
—¡Yo le llamo así!

—¿A quién? ¿A César?

—Sí, el hijo de la casa. Lo he visto a veces paseando por el parque. Parece un príncipe de cuento.

Victor comprendió que la muchacha tenía razón. César era como un príncipe de cuento. Su aspecto físico su modo de vivir, la especie de encantamiento que le rodeaba, le conferían esa extraña personalidad. Recordó sus caprichos, su melancolía, su vagar insatisfecho, y de pronto se dió cuenta de que empezaba a comprender lo incomprendible.

Cuando volvió a la casa fué al cuarto de César. Necesitaba verle, hablar con él, convencerse por sus propios ojos de que su fantasía no le engañaba.



—Vengo del pueblo—dijo Víctor para iniciar la conversación. Es muy pintoresco.

—Eso he oído decir.

—¿No lo conoce?

—No; nunca he estado en él.

—¡Parece increíble!

Durante unos segundos sintió Víctor sobre sus ojos la mirada fría y punzante del muchacho.

—Todo parece increíble. Pero no hay más remedio que creerlo. Nunca—escúchelo bien—, nunca he salido de aquí.

—¿Pero...?

—No me pregunte más, se lo ruego.

—Discúlpeme...

—¡Oh, no tiene por qué disculparse! Comprendo muy bien su desconcierto. Es natural. Pero no hablemos más de ello.

Victor no supo qué decir. Quedaron los dos en silencio unos instantes. La luz fría del atardecer hacía más irreal el interior del cuarto de estudio, en cuyas paredes se agrupaban cuadros, grabados y fotografías de índole varia. Un pequeño retrato hecho a lápiz llamó la atención del profesor. Representaba a una muchacha rubia de expresión tierna y alegre.

—¿Es alguien de su familia?—preguntó.

—No..., no... Es decir..., se trata de una persona muy querida para mí.

Por primera vez, desde que lo conocía, César se mostró expansivo con Víctor. Las palabras le fluían a borbotones y le faltaba el aliento. Su relato se refería a una sencilla historia de amor. La muchacha del cuadro, su primera y única novia, había muerto poco después de cumplir los quince años. La voz de César se quebraba al evocar aquellos recuerdos. Durante unos instantes una emoción real, humana, caldeó el ambiente siempre helado del cuarto de estudio del muchacho. Pero fué sólo como si una ráfaga de brisa le tocara un momento al pasar. De nuevo recobró su expresión distante y cambió la conversación por otra de distinta índole.

Pero Víctor no dejaba de mirar al retrato. El rostro de la muchacha muerta le recordaba a alguien, sin poder precisar a quién. Su mirada, la línea de sus labios, la había visto ya antes. ¿Dónde?

Pronto salió de su incertidumbre, al salir de la



habitación y tropezar en el pasillo con Agatha. Nada más verla comprendió que era a ella a quien recordaba la desconocida del retrato. Decidió salir de dudas preguntándole si era alguien de su familia.

—Soy yo—respondió ella.

—¿No es posible! ¡César me ha dicho que se trata de una muchacha de su edad, muerta en plena juventud!

—No lo crea—negó Agatha—. ¡Cómo iba a ser de su edad si ese retrato es de hace casi treinta años! ¿No se ha fijado usted en el traje? ¿Es que son ésas las modas actuales? Soy yo. ¿Tan cambiada estoy que le cuesta trabajo reconocerme?

Y al decirlo clavó en Víctor unos ojos suplicantes, cargados de pesar. Sus palabras, su dolor, la melancolía de César y aquel retrato misterioso eran nuevos indicios de que en aquella casa sucedía algo misterioso.

El profesor continuó aún algunos días dedicado a descifrar los misterios que le cercaban; pero sólo consiguió perderse más y más en el laberinto. Sus nervios comenzaron a resentirse de semejante tensión y empezó a pasar las noches en vela, sobresaltado y febril.

Un día decidió acabar con todo aquello y habló con el padre de César para notificarle su decisión de dejar el empleo. El anciano trató de disuadirle, pero inútilmente.

Pasaron muchos años. Más de diez. La vida de Víctor durante ese tiempo sufrió numerosas alternativas, y a la sazón se encontraba desempeñando una cátedra en el Instituto de Ax; pero como sus ingresos no le bastaban, decidió buscar de nuevo, como en su juventud, alguna clase particular. Un anuncio que leyó en el periódico le animó a ofrecerse a un señor extranjero que habitaba en las afueras de la ciudad.

Se dirigió a las señas indicadas, que pertenecían a una casa aislada, de dos pisos, rodeada por un jardín poco cuidado y cerrado por una gran verja de hierro. Hizo sonar la campanilla, y un viejo criado salió a abrirle, y le precedió, guiándole hacia la escalera. Poco a poco se iba acercando a sus oídos la música de un violín, que le hizo estremecerse. Sintió que aquel momento ya lo había vivido, y una extraña sensación de angustia le

apretó el pecho. Pocos momentos después se hallaba frente a un viejo señor, de cabeza completamente blanca y andar trabajoso, al que reconoció al punto:

—¡Oh, pero si nos conocemos! ¡Qué coincidencia! No pensé encontrarles a ustedes aquí, tan lejos.

—¿Dice que me conoce?—interrogó el anciano, sorprendido—. Pues el caso es que yo no le recuerdo... Dígame, ¿dónde nos hemos visto?

—Hace diez años. ¿No me recuerda? Fui profesor de su hijo.

—Tal vez..., tal vez...—y sin demostrar la menor sorpresa el anciano se acercó a una puerta y llamó: ¡César! ¡César! Ven aquí. Este señor dice que ha sido profesor tuyo. ¿Lo recuerdas tú? ¡Ven, acércate! Dice que hace diez años te dió clase. Debe ser una equivocación.

César en persona, el mismo de diez años atrás, frío y melancólico, con sus ojos punzantes y sus ademanes de príncipe, estaba frente a Víctor. Lo miró unos instantes en silencio y luego dijo:

—Claro que tiene que ser una equivocación. Yo no lo he visto en mi vida.

—¡Me van ustedes a volver loco!—exclamó Víctor, excitado—. ¡No es posible! ¡No es posible!

—¿Qué es lo que no es posible?—preguntó César muy sereno, sonriendo apenas.

—¿Cuántos años tiene usted, César? Hace diez era como ahora, un muchacho, apenas un adolescente...

—Ahora tengo diecisiete. Hace diez años, por lo tanto, no podía ser un muchacho, sino un niño. Víctor no pudo decir más. De nuevo el mundo misterioso, entrevisto años atrás, volvía a turbarle. Sólo pensó en huir.

—Nunca nos hemos visto antes de ahora—fue lo último que le oyó decir a César.

Al salir de la casa creyó enloquecer. No podía dudar ni un momento de que aquel muchacho era César, «el príncipe». Pero ¿qué explicación podía haber para este misterio? Durante días y días le obsesionó lo sucedido y ni siquiera quiso volver por los alrededores de la casa, como si temiese caer preso en aquel mundo.

Pasaron muchos años más. Era Víctor ya un viejo cuando se dispuso a hacer un viaje en tren.

Una anciana, al parecer octogenaria, viajaba en el mismo compartimento que él. Desde que la vio tuvo la sensación de que sus ojos, su mirada triste y cansada no le eran desconocidos. Ella también le reconoció y le llamó por su nombre.

—¿No me recuerda?—le dijo.

—Sí..., creo que la conozco, pero no puedo precisar...

—¡Hace tantos años que no nos vemos! Mi nombre es Agatha—hizo una pausa, durante la cual las miradas de ambos se cruzaron, cargadas de recuerdos—. ¿Ya sabe quién soy?

—Sí, naturalmente.

Por un momento dudó Víctor si hacer la pregunta inevitable. Un vago presentimiento le atormentaba, pero no pudo evitar sus propias palabras.

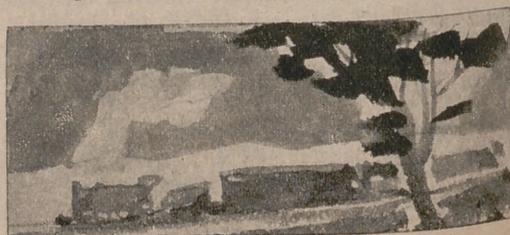
—Y, dígame, cuénteme, ¿qué ha sido de su familia?

—Mis tíos murieron. Ahora cuido yo de César.

—¿Dónde está?

—Aquí; viaja conmigo. Ha salido al pasillo. Váy a llamarle. ¡César! ¡César!

Y entró César en el compartimento. Era el mismo que había visto la primera vez: un muchacho de diecisiete años, con su aire extraño y melancólico. Los años, que a todos los demás los habían marcado con sus huellas, pasaron sobre él sin alterar su juventud inmarchitable. Agatha, que un día fué su novia adolescente, era entonces una anciana que cuidaba de él hasta que la muerte le arrancase de su lado para siempre y César quedase solo, en un mundo que no era el suyo, porque él era, el príncipe de los reinos de la imaginación.



ATAULFO ARGENTA Y LA MUSICA



HA DIRIGIDO MAS DEL 80 POR 100 DE LAS ORQUESTAS EUROPEAS

Su famosa estatura fué un impedimento en un principio para realizar sus aspiraciones

ESCASEAN LOS BUENOS INSTRUMENTISTAS

LARGOS, largos los brazos, inverosímilmente plegadas las piernas: Ataúlfo Argenta está sentado ahí. Hombre hecho y tallado en oscuro. Vestido de oscuro. Sólo me deja como recurso de luz, como pincelada nueva que traer hasta aquí, la pechera blanca de su camisa.

Hay un piano cerca del sofá donde el director de orquesta lee. Un dulzón Murillo y algunas copias más de algún maestro holandés quedan enfrente de atrás, encima de nosotros. Luego —claro está— vienen las notas de color de alfombras y cortinas y esa luz brillante que tamiza el Retiro, y que llega despaciosa por la calle de Alfonso XII. Hasta aquí. Hasta el consabido trestle de la conversación con el periodista. Cuando ya anda este hombre, de la cabeza de rasgos especiales, este hombre de la cabeza hecha a golpe de carboncillo, por los pasillos de un Conservatorio de hace más de veinticinco años.

—Eran los tiempos de mis estudios de piano. Los tiempos de Fernández Bordas y Arbós.

El, Argenta, era alto y sonreía poco. Por lo menos esto. Al año veintitantos aún le quedaba algo del sabor de principios de siglo. Todavía estaba en su apogeo el café de conciertos y el chocolate con bollo. Todavía quedaba un panorama de chali-

nas y de barbas venerables. Como las de Fernández Bordas y Arbós. Y una perspectiva de capas y profesores bohemios. Mientras, él, Argenta, era alto y serio.

—¿Serio como quién?

—Como mi hijo. Me interesaba, sobre todo, mi carrera. El piano lo terminé el año 31.

Pero no era esto, no, lo que encendía el entusiasmo del músico. Porque se ponía nervioso ante el panorama de un concierto. Porque los dedos se le volvían enemigos en cuanto tocaba en público. Aunque dominase la técnica. Aunque las cuatro paredes de su cuarto de estudio estuviesen seguras de lo impecable de la ejecución a solas. Irremediablemente. Se ponía nervioso.

Y a fin de cuentas había algo más.

—El piano no fué nunca mi vocación. Ya antes de terminar este instrumento había pensado en la dirección de orquesta. Era esto y no el piano lo que se llevaba mi entusiasmo. Pero, ¿cómo empezar?

Sí. ¿Cómo empezar? ¿Y por dónde? El sólo se llamaba Ataúlfo Argenta y andaba de acá para allá, con los grandes cartapacios de los métodos, del horripilante «Progreso Musical», metidos debajo del brazo. Por los largos pasillos del Conservatorio,



«El director de orquesta no se hace por querer, sino por poder», nos dice Argenta, a quien vemos en la fotografía de arriba dirigiendo un ensayo de la Orquesta Nacional

por el interminable pasadizo del comienzo.

DENTRO DEL CIRCULO

Ya no están plegadas las grandes espas de ese molino musical que es el director de la Orquesta Nacional. Pero sus brazos, sus manos, ahora, al moverse, no manejan el secreto de los violines o



«Dentro de quince años aproximadamente—si la cosa no se remedia—no tendremos Orquesta Nacional. Cuando vayan desapareciendo algunos de los profesores de hoy no habrá manera de cubrir esas bajas», opina, pesimista, el maestro

de los fagotes. Habla tan sólo. Y su conversación es casi plástica. Detrás de él recuerdo a ese cetro Argenta de frac, como más estraido y más alto.

Hace un rato que estamos diciendo que si que es difícil empezar. Siempre lo más difícil. Sobre todo en Arte, Pintura, Literatura, Música. Y dentro de la música la dirección de orquesta. Es extraño...

—Maestro, ¿cómo es posible que en el Conservatorio de Madrid no exista una cátedra de dirección de orquesta? ¿Cómo es posible que el músico que quiera dedicarse a esta especialidad no disponga de medios para estudiar ni de orientación adecuada?

La respuesta no es fácil. El hecho es casi inexplicable. De esta manera, cualquiera de nuestros directores cuando suben al atril lo hacen por primera vez y como primera experiencia. Si han dirigido antes, ha sido sólo ante discos. El resto de su preparación se acaba en la teoría.

—Que no sirve para nada. Con la teoría, en la dirección de orquesta no se va a ninguna parte. Porque falta el elemento principal, el elemento vivo, insustituible, que es el conjunto instrumental.

—¿Entonces?

—Entonces, ya lo sé, el problema es de círculo vicioso. La orquesta nunca se pone en manos de un debutante y a su vez el debutante no puede llegar a ser director si no se enfrenta con la orquesta. Ya ve usted el círculo.

Vicioso y bien vicioso, si señor. Como para no salir de él en toda la vida. Como para quedarse dentro de él con batuta y todo. Claro que el hombre que tenemos delante logró escapar.

—¿Cómo?

—Haciéndome una orquesta. Cuando el instrumentista es de gran calidad, comprende.

Por eso dirigió Argenta la primera vez la Nacional. Porque los primeros profesores de aquella primitiva orquesta germen de la Nacional confiaron en él. Fue-

ron los años que van de 1941 a 1945, los de comienzo al frente de la nueva agrupación.

—¿Ha sido usted director porque quiso o porque pudo?

—Por las dos cosas. Aparte de que el director de orquesta no se hace por querer sino por poder. En un instrumento—piano, por ejemplo—, aun sin grandes condiciones naturales, un hombre puede llegar a «hacerse». La técnica es cuestión de horas. Pero en la dirección de orquesta: todo esto es diferente. Sin condiciones naturales no es posible llegar a dirigir.

Porque el instrumento es humano, ya lo hemos dicho. Y se le escapa a uno de entre las manos como si fuese un pez vivo.

—¿Es por esto por lo que no salen directores en España?

—Por esto. Y porque en realidad—no vamos a engañarnos—la música en España no pinta nada.

LA ESCUETA CABEZA DE ARGENTA

No hay directores. Esta es la verdad. La voz de Argenta da en recorrer ahora países y más países de Europa, para demostrar que el panorama es desolador. Suena su voz casi sin inflexiones, un poco monótona, casi cansinamente. Como si leyese dentro de sí. Deben ser estas cosas que el maestro ha pensado o dicho muchas veces. Cosas requeteadidas por viejas, por irremediables.

—Ya lo ve usted. Antes en Alemania había 60 orquestas. Los jóvenes comenzaban siendo ayudantes primeros, segundos o terceros. Hasta que llegaban a maestros. En cambio, ahora...

—¿Hay muchas menos?

—No las he contado. Pero si hay muchas menos. Es desolador. Ni en Italia siquiera existen muchos directores sinfónicos de gran categoría.

—Pero usted..., usted verá algo, adivinará un porvenir más o menos afortunado para la música, por lo menos española. ¿No es así?

—¿Afortunado? Es posible...

Andamos por los grises terrenos de la duda. Yo insisto.

—Por lo menos en lo que respecta a instrumentistas.

Vuelve la cabeza escueta de Argenta a moverse lentamente.

—Quiere que le diga lo que pienso, ¿verdad? Pues oígame: dentro de quince años aproximadamente—si la cosa no se remedia—no tendremos Orquesta Nacional. Si, es triste. Pero es así.

Dentro de quince años, cuando vayan desapareciendo algunos de los profesores de hoy, no habrá manera de cubrir esas bajas. Afortunadamente, la media de edad de la Orquesta es de cuarenta años. Escasean sobre todo...

Sobre todo solistas, quería decir el maestro. Y sólo de casualidad—¡tan sólo por pura casualidad!—se podrá ir salvando la situación.

—Aunque solistas de verdad, solistas de categoría, tampoco ahora tenemos.

Brotan en la conversación los nombres más inminentes: Antón, Orvino, Cubiles, Querol...

La cabeza de Ataulfo Argenta se mueve de derecha a izquierda.

METODO Y CERILLAS DE COLORES

Me gustan las cerillas italianas que Argenta tiene sobre la mesa. Tienen las cabezitas multicolores, y lo mejor de ellas es que no fallan al encenderlas.

Cerillas verdes, azules, rojas. El piano y la cara picassiana de Argenta. ¿A qué se parece este salón en el que estamos?

—¿Estudia usted aquí?

No. No estudia aquí. Apenas si tiene tiempo de estar en casa. El director entre semana es un hombre en «sweter» gris o en mangas de camisa, que se enfrenta con el esfuerzo del ensayo. Ya no toca el piano. Hace años y años que no se ha vuelto a sentar ante el instrumento.

Es como un reto o como una venganza.

—¿Qué ocurriría si tuviese usted que volver a tocar ahora?

—Muy sencillo: que no tocaría.

—¿Ni aunque le obligasen?

—Ni aun así.

El piano queda ya fuera del quehacer diario del maestro. De ese quehacer diario y metódico: grabación de discos, orquesta...

—Todos los días hago las mismas cosas. No porque me gusten, sino porque no puedo hacer otras.

—¿Los ensayos le dan mucho quehacer, le excitan mucho?

—¿Se refiere usted...?

Asiento con la cabeza y él contesta al gesto.

—No. Ya no hay gritos. También esto tuvo su época. Ahora no...

Ha pasado la tormenta, se conoce.

HISTORIA DE «GENIOS»

¡Los problemas de la música en España! Bonito tema: Que si hay «camarilla» dentro de la profesión, que si no la hay. Y es que en torno al «monopolio del sonido» se podría escribir un libro entero. ¿Qué ocurre en realidad? ¿Qué ocurre...?

Bien. Pues no ocurre nada. Para nuestro maestro nunca ha habido menos problema de «camarilla» que hoy.

—Lo que pasa es que todo está más centralizado. Precisamente por esto se puede apreciar el panorama mejor.

En fin: verde y con asas... Dejé moslo. Camarilla, centralización..., mucha sutileza es esta. Menos mal que ahora vamos de cara a una reforma del programa de estudios del Conservatorio hecho por el padre Sopena. Reforma en la que el director de la Orquesta Nacional tiene puesta una gran esperanza.

—A ver si es posible que de una vez para siempre los estudiantes de música estudien de verdad y bien. Hasta ahora se estudia de mentira y mal.

—Y, sin embargo, cada mes de junio, cada mes de septiembre, en el Conservatorio de Madrid es posible admirar a media docena—cuando menos—de «genios» vestidos de marinero y otras tantas «añías prodigio» asfixiadas entre organdies y gasas. ¿Qué ocurre con ellos?

—Usted lo sabe tan bien como yo: que no son nada ni nadie. Que se apagan. Hacen muy de-

prisa los tres, los cuatro primeros años del instrumento. Terminan pronto... Pero no hay sensibilidad, no hay «artista». Salvo raras, rarísimas excepciones, el niño prodigio nunca llega a nada.

—¿Y esas excepciones son?
—Es: Esteban Sánchez.

«LA MUSICA ES UN ESPECTACULO»

De camino, lentamente, hemos vuelto al tema central de nuestra conversación: la dirección de orquesta. ¿Es que es necesario que un director de orquesta sea compositor o esté impuesto en esta materia? Yo—ustedes perdonarán—creía que sí, que era necesario.

—Son cosas diferentes. Los compositores son todos muy malos directores. En la historia de la música, en toda la historia de la música, no ha habido un solo compositor que haya sido a la vez un buen director.

Y la oración puede ser vuelta por pasiva. El mismo confiesa sus «errores» de compositor.

—Compuse algunas cosas antes de la guerra, canciones y cosas de teatro.

Casi no sabe nada de sí mismo como compositor. Argenta se ignora en este terreno. Las composiciones, las canciones aquellas nacieron entre el año 32 y el 36. Era la época en la que Argenta empezaba a dirigir la orquesta de alumnos del Conservatorio. La época en la que se empezaba a liberar del instrumento. Componía y dirigía. E ingresaba en la Academia de Maestros, Directores y Concertadores. Las canciones..., bien, hace tiempo que él las ha armonicado. Sin añoranzas.

—¿Volverá a componer?
—No tengo tiempo.

Dirigir siempre. Siempre la atracción del atril. Dominar siempre el semicírculo de la orquesta. Las manos grandes y largas del maestro me hacen pensar más en el ensayo que en el concierto. Según están vueltas hacia mí, afiladas, hacen pensar más en la energía del trabajo que en la gracia de la exhibición. Porque en el ensayo es donde se ve al director, donde se conoce su calidad. En el concierto es necesario para enervar a la orquesta, para recordarle cada matiz de la obra.

—Dirigir... ¿Qué es dirigir un concierto?, dice usted... Pues es valorizar emocionalmente lo ya hecho en el ensayo. En ese momento se le infunde calor y vida a todo lo trabajado, y si el director no tiene aliento para plasmarlo en ese instante su obra resulta gris y pálida.

Es esta la pregunta que hace rato me venía rondando por el cerebro. Esta: Que por qué no se evita que el público vea al director de orquesta, como se evita que vea al director de escena. Porque este público nuestro, este público de los viernes de la Nacional, no está educado musicalmente.

—No, no lo está.
Y si no está educado musicalmente, por lo único que se deja influir es por la «plasticidad» del director. Decimos—y quedamos de acuerdo—que los «viernes de la

Nacional» son más un acontecimiento social que cualquier otra cosa.

—¿Qué ocurriría si el director dejase de ser visible y el público únicamente pudiese «sentirlo» a través de la obra de la interpretación?

El me tiende sus razones.

—Hay que considerar que la música es un espectáculo. Desde luego, que el público, ese público de los viernes, se deja deslumbrar por gestos y actitudes. Tendría que tener un altísimo nivel de cultura musical para no dejarse influir. Y si lo tuviera ya no sería necesario suprimir la parte plástica.

(¿Era un sofisma?)

LO QUE DEBE A SU ESTATURA

He aquí, pues, que los directores de orquesta quedan convertidos, por obra y gracia del público, en algo así como fantásticos bailarines de un novísimo «ballet». Se admira la contracción, el gesto, el desmelenamiento. Lo espectacular, en una palabra.

—Entonces, si quedamos de acuerdo en que el público se deja influir por la plasticidad del director. ¿Qué cree usted que le debe a su estatura?

—No crea usted que mi estatura me ayudó en un principio.

Es curioso. La estatura de Argenta, su famosa estatura, fué un impedimento en un principio para realizar sus aspiraciones como director. En la acera de los pesimistas, en primera fila, estaban los críticos. «Nunca en su vida conseguirá tener una posición correcta con esa estatura», decían. «No podrá dirigir.»

Y es ahora el mismo Argenta, como un ave inmensa, quien se enfrenta cada semana con público y orquesta con el batir de las alas de su frac. El mismo Argenta. El mismo que temblaba ante el piano.

Ante la orquesta ya no tiembla. Y él dice por qué:

—Ya, no salgo a jugarme nada. A los profesionales no los temo porque son amigos míos. Y al público tampoco porque ya me conoce.

Y cada viernes si es necesario, puede ofrecer el desquite del anterior. Por eso ya no existen nervosismos ante el concierto.

EL PORQUE DE LA EVOLUCION DE UN «TU-TU»

Hemos vuelto a las cerillas de colores y al humo. Y al piano. Esta habitación... hay algo en ella dieciochesco y cortesano e inevitable recuerdo de «Tú-tú».

La voz de Ataulfo Argenta dice nombres de países. De los paí-



«Ante la Orquesta ya no tiemblo. Ya no salgo a jugarme nada. A los profesionales no los temo, porque son amigos míos. Y al público tampoco, porque ya me conoce... ¡Cada viernes, si es necesario, puede ofrecer el desquite del anterior!»

ses en los que ha dirigido. Más del 80 por 100 de las orquestas de Europa han sido dirigidas por nuestro compatriota.

—¿Tenían prevenciones?

—Sí. En un principio. Sobre todo en los países latinos la crítica me era totalmente contraria. Luego han ido cediendo. Unos más de prisa que otros, naturalmente. A Italia, por ejemplo, he ido seis años seguidos, y hasta el año pasado se puede decir que no se han entregado.

—¿Qué es lo que cree más difícil de vencer para triunfar como director?

—Lo más difícil... la orquesta. Aunque... no. No. Lo más difícil de vencer, aun más que la orquesta, es la crítica.

Y otra vez aquí. Al saloncito. A contemplar los cuadros y los libros. La intensa armonía de estas cuatro paredes. El predominio de la luz. Y ese complicado y oscuro zigzag que es Argenta sentado.

—¿Será músico alguno de sus cinco hijos?

—No.

«No»: así, tan rotundo. El hijo ha de ser ingeniero naval.

—¿Ninguna artista?

—La mayor, danzarina.

Era por eso, se conoce, la evolución del «tu-tú». Algo hay también en Argenta de fantástico danzarín. El director y la danzarina: era por esto.

—¿Decía usted?

—No, nada.

María Jesús ECHEVARRIA
(Fotografías de Mora.)

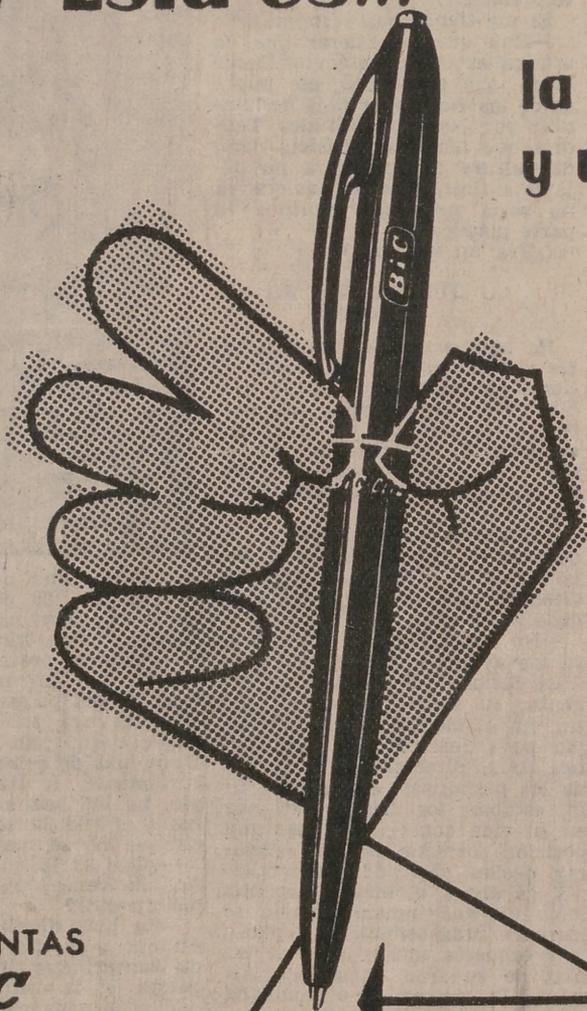
Lea en el número 37 de

POESIA ESPAÑOLA

«POEMA DE LA MADRE QUE NO COMPRENDIA A SU HIJO SACERDOTE», ORIGINAL DE JESUS TOME, C. M. F.

→ **Esta es...**

**la verdadera
y única**



HAY PUNTAS
BiC
a partir de
6 pesetas

PUNTA

BiC

que le ofrece la garantía
absoluta de una escritura
suave, rápida, limpia y
duradera.



EXIJA LA PALABRA **BiC**
GRABADA SOBRE EL CUERPO
Y SOBRE LA PUNTA

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA REPUBLICA DE LOS REPUBLICANOS 1879 1893

Por Jacques CHASTENET

Jacques Chastenet, historiador y diplomático del país vecino, se ha propuesto escribir la historia de un tema tan apasionante como es el de la Tercera República francesa. La cercanía de los hechos no impide, sin embargo, que se trate de un ciclo totalmente terminado. El plan de la obra consta de seis tomos, que llevan los títulos de: 1), La infancia de la Tercera; 2), La República de los republicanos; 3), La República triunfante; 4), Días fáciles y días sangrientos; 5), El tiempo de las ilusiones, y 6), Decadencia y caída de la Tercera.

La acogida más que indulgente—indulgenté es el adjetivo que utiliza modestamente el autor—que tuvo el primer tomo de la historia en cuestión alentó a Chastenet a publicar rápidamente el segundo, del cual pretendemos dar hoy en las páginas de EL ESPAÑOL un resumen. Difícil tarea ésta, pues hay que compendiar una obra de casi cuatrocientas páginas, donde todo es sistemático y nada ocioso. No obstante, hemos acometido la tarea, aunque sólo podamos reflejar algunos juicios y opiniones de los muchos que emite el autor.

La República de los republicanos constituye un estudio de la época quizá más interesante de la Tercera República francesa, pues en ella se forjan las bases sobre las que ha de transcurrir toda la estructura futura del nuevo régimen instaurado. No sin cierta nostalgia leerán los franceses esta obra, que les hace ver lo efímero de muchas de sus conquistas, tanto interiores como exteriores, que en un período de tres lustros escasos han alcanzado su cenit y su final.

CHASTENET (Jacques). — «La République des Républicains 1879-1893» (La República de los Republicanos).—Librairie Hachette. Paris, 1954. 380 páginas.

El 30 de enero de 1879 el mariscal Mac-Mahon, duque de Magenta, dimite de sus funciones de Presidente de la República que asumía desde cerca de seis años. Ya durante la crisis provocada por el «gesto» del 16 de mayo de 1877, Gambetta, portavoz del partido republicano, había dicho que el mariscal debía «someterse o dimitir». Cuando los electores dieron su veredicto, el viejo soldado, después de una breve veleidad de resistencia, se sometió. No ciertamente por un gusto immoderado por residir en el Eliseo, sino más bien por repugnancia militar, por abandonar un puesto y también para poder presidir la Exposición Universal de 1878, primera gran manifestación de la recuperación francesa. Además, si la Cámara de Diputados era netamente republicana, la mayoría del Senado continuaba siendo conservadora, y Mac-Mahon podía esperar encontrar en ésta apoyo. Sobrevinieron las elecciones senatoriales del 5 de enero de 1879 e hicieron pasar a la izquierda esta mayoría. Desde entonces, completamente aislado,

el mariscal buscó una ocasión de retirada. La encontró cuando el Ministerio presidido por Armand Dufarure presentó a su firma los decretos que cambiaban o pasaban a disponibilidad a varios generales sospechosos de tendencia reaccionaria. Considerándose antes que todo como el escudo del Ejército, Mac-Mahon juzgó imposible sancionar estas medidas que afectaban al Estado Mayor y que estaban inspiradas por pura política.

Su dimisión fué acogida con calma y sin sorpresa. El mismo día que tuvieron conocimiento de la misma, las dos cámaras, reunidas en la Asamblea Nacional, procedieron a la elección del nuevo Presidente de la República, de acuerdo con las normas previstas por las leyes constitucionales de 1875.

La mayoría republicana no vaciló en su elección: Jules Grevy, presidente de la Cámara de Diputados, fué elegido por 563 votos de los 713 emitidos. Todos los poderes públicos están desde ahora en manos de la izquierda. «Desde ayer tenemos República», se lee el 1 de febrero en la «République Française», el órgano de Gambetta. La República de los republicanos está fundada definitivamente. Filosóficamente está bajo la doble invocación de la ciencia y la razón.

IMPORTANTE PAPEL DEL LAICISMO, EL PROTESTANTISMO Y LA MASONERIA

La indiferencia religiosa avanza en aquellos momentos gracias antes que nada a la propaganda republicana anticlerical. No obstante, la Francia republicana no puede pasarse del todo sin algo espiritualista. Primero buscará en la religión de la patria una salida para esta necesidad. En los sectores intelectuales y políticos el protestantismo, sobre todo el liberal, se aprovecha del campo que le obliga a ceder al catolicismo. Esto explica el importante papel que representan los protestantes al principio de la República de los republicanos. El protestantismo liberal aparece como «un justo medio» entre el «catolicismo oscurantista» y el materialismo. No están todos los protestantes de acuerdo con una religión tan suave como se propone, y son muchos los que permanecen unidos a una firme ortodoxia. Su resistencia arrastra en 1872 la escisión de los liberales, que se niegan a suscribir una confesión de fe evangélica que lleva consigo la afirmación de la divinidad de Cristo.

Más aún todavía que el protestantismo liberal, y con el cual por otra parte no deja de tener contactos, la francmasonería representa un papel considerable en la República de los republicanos. Ella también contribuye activamente al advenimiento del régimen, y su doctrina filosófica es en la práctica la de los nuevos medios dirigentes.

Dividida entre dos obediencias principales, la del Gran Oriente y la de la Gran Logia, de rito escocés, la francmasonería francesa no tiene entonces más miembros que burgueses, algunos bastante conservadores socialmente, pero que guardan intactos una tradición a la vez humanitarista, optimista y anticatólica.

Anticatólicismo que no ha dejado de deslizarse hacia el ateísmo o al menos al panteísmo. En 1877

HISTOIRE DE LA TROISIÈME RÉPUBLIQUE

PAR
JACQUES CHASTENET

MEMBRE DE L'INSTITUT

LA RÉPUBLIQUE
DES
RÉPUBLICAINS
1879-1893



La République des Républicains, 1879-1893. (Photo de P. G. G.)

LIBRAIRIE HACHETTE

el Gran Oriente hace desaparecer de sus estatutos la mención del «Gran Arquitecto del Universo», dando a entender que sus adheridos no se verán ya obligados a profesar la creencia en un Dios personal. Esta decisión a la cual no se asocia la Gran Logia y que separa al Gran Oriente de la masonería anglosajona, no dejará de llevar consigo consecuencias políticas importantes.

No solamente la mayor parte de los hombres de Estado del régimen son adheridos a la masonería, sino que las logias funcionan incluso como verdaderas Comisiones, en el seno de las cuales son estudiados antes de ser sometidos a las Cámaras, los principales proyectos que figuran en el programa republicano, principalmente los que se refieren a la enseñanza. Estudio muy eficaz, más desde el punto de vista político que del teórico. Las logias, en efecto, están cercanas de la masa electoral, y conocen muy bien las reacciones de éstas. Difícilmente se puede explicar los progresos realizados por la idea laica en los medios aparentemente refractarios sino se tuviese en cuenta la acción de los talleres masónicos.

FERRY, EL FANATICO ANTICLERICAL

Elegido el nuevo Presidente de la República, el presidente del Consejo, Armand Dufaure, inaugurando una tradición—casi todas las tradiciones están aún por inaugurar en el seno de la Tercera—, le trae, junto con sus felicitaciones, la dimisión del Ministerio. Se espera, generalmente, que Grevy no acepte la renuncia, pero él se atrincheró en un silencio, adivinándose rápidamente que desea ver a la cabeza del Gabinete a un hombre elegido por él.

«A una situación nueva es necesario hombres nuevos», afirma Dufaure, y como su sucesor da un nombre: el de León Gambetta. Grevy, sin embargo, no vacila en apartarlo. Existe una antipatía inveterada hacia él por el Presidente, entre otras cosas porque sabe que Gambetta, jefe del Gobierno eclipsará al Jefe del Estado. Después de algunos días de meditación, encarga a Waddington, ministro de Asuntos Exteriores, del Gabinete dimisionario, que constituya un nuevo Gobierno. Waddington es un parlamentario de poco brillo, numismático de mérito, ha llegado tarde a la política, y su calidad de protestante le ha valido, a pesar de sus opiniones moderadas, el favor de la izquierda. La elección crea un precedente engoroso: contrariamente al principio esencial de la verdadera democracia parlamentaria, se admite en Francia que el jefe del Gobierno puede no ser el hombre de más prestancia, el «leader» de la mayoría. Desde entonces todos los diputados y senadores un poco notables podrán, si saben constituirse una clientela, aunque sea restringida, acceder a la presidencia del Consejo. De esto surgirán rivalidades, competencias, una fragmentación en grupos y una crónica inestabilidad ministerial. Grevy sacará de todo ello ventaja, pero el juego normal de la institución parlamentaria se habrá falseado definitivamente en Francia.

El 5 de febrero la composición del nuevo Gobierno aparece en el «Journal Officiel». Waddington ha conservado al mismo tiempo que el ministerio de Asuntos Exteriores, la mayor parte de los miembros del Gabinete precedente, en particular León Say y Charles de Freycinet, que conservan, respectivamente, la cartera de Finanzas y la de Obras Públicas. La única nueva adquisición destacada es Jules Ferry, colocado a la cabeza de la Instrucción Pública.

De los diez ministros seis pertenecen a la religión reformada; los más conocidos de estos protestantes son Waddington, Say Freycinet. El primero es el vástago de una familia de industriales y economistas, y el segundo ha comenzado a la sombra de Gambetta, del cual ha sido delegado de guerra en los tiempos de la Defensa Nacional. La «rata blanca», discreto e intrigante, estará durante largos años en la escena pública representando papeles de primer plano.

Say es un moderado casi conservador; Freycinet, en principio más avanzado, está dispuesto a muchas adaptaciones. Jules Ferry, burgués cien por cien, es un hombre francamente de izquierdas, por lo menos como se entiende entonces, es decir, ardentemente librepensador y consustancialmente anticlerical.

Ferry tiene entonces cuarenta y seis años, y pertenece a una familia burguesa de la Lorena. La «Commune» le sorprendió cuando era miembro de

la Defensa Nacional, y esto le apartó de la extrema izquierda. En 1875 acepta, después de algunas vacilaciones, ingresar en la masonería. No le seduce el aspecto secreto de la institución, pero encuentra en ella una comunidad de pensamiento y ve también un instrumento que le ayudará a realizar su gran deseo, es decir, arrancar a la juventud francesa de la influencia del clero católico y extender en ella a través de la escuela pública las luces de la razón. Esta es su fe y esta su misión. A esto se dedicará hasta el fin de su vida, y cuando el socialista idealista Jaurés le pregunte en esta última época:

«¿Pero al fin, cuál es vuestro objetivo?»

Le responderá: «Mi objetivo es organizar la humanidad sin Dios y sin Rey.»

«Pero no sin patrón», observará sagazmente Jaurés.

En efecto, la convicción filosófica de Ferry no le parece ser incompatible con su conservadurismo social ni con el respeto de la fortuna adquirida. Característica que aparece en su matrimonio civil con una rica heredera alsaciana, surgida de una familia protestante liberal, en donde el republicanismo, el sentido de los negocios, el patriotismo y el anticlericalismo constituyen un todo.

UNA MANIOBRA DE LA BANCA JUDIA A LA CAIDA DE GAMBETTA

El fracaso de lo que se pudo llamar «la experiencia Gambetta» aparece lleno de consecuencias. El antiguo animador de la Defensa Nacional, el jefe largo tiempo reconocido del partido republicano, ha caído víctima de una coalición: coalición de pasión, coalición de interés. La derecha, hacia la cual había dirigido gestos conciliadores, ha permanecido atrincherada en su hostilidad hacia el fundador de la República de los republicanos: la extrema izquierda se ha negado a reconocer el pensamiento social que animaba varios de sus proyectos y se ha obstinado en no ver en él más que el «oportunist».

El Ministerio Gambetta ha inquietado los intereses: el Ministerio Freycinet los tranquiliza. No obstante, cuando toma el Poder este último el país está sacudido por una grave crisis, nacida por el fracaso de la «Unión General». Desde 1854, bajo la doble acción de una producción acelerada de mercancías y en una producción retardada, en oro, la economía de la mayor parte de los grandes países está en un grado de presión que se traduce en una baja general de los precios. Si la agricultura francesa sufre ampliamente de esa depresión, la industria ha escapado casi completamente. La inmunidad un poco ficticia, obtenida por la tarifa protectora, votada en 1881, pone al abrigo a múltiples empresas de todo género. Aprovechándose de esta euforia, un hábil político llamado Bontoux ha fundado en 1863 la razón social de la «Unión General», una banca de negocios con un capital de 25 millones. El nuevo establecimiento se propone esencialmente colocar al público los títulos de las sociedades financieras e industriales establecidas bajo sus auspicios.

Hábilmente dirigida, la «Unión General» da al principio excelentes resultados. Bontoux tiene relaciones estrechas con los medios financieros de Lyon y de Viena. En cierto modo era favorable a los medios católicos, que constituían el grueso de su clientela. Gracias al concurso de éstos y de la vieja aristocracia pudo sin dificultad asegurar la colocación de acciones de sociedades filiales. La admiración, sobre todo, entre las gentes de recursos modestos era increíble. No hay un hidalgo provinciano, un cura rural, un pequeño comerciante o un campesino ahorrador que no lleve sus economías a las ventanillas de la «Unión General».

Sin embargo, amenazada en sus privilegios la alta finanza, especialmente la alta finanza israelita y protestante, veía con muy malos ojos el crecimiento vertiginoso de este hongo económico. Dándose cuenta con satisfacción que las dificultades monetarias que pasaba entonces Austria podían tener sobre la «Unión» repercusiones engorrosas, discretamente lanzó títulos de la «Unión General» al mercado. Para sostener el cambio, Bontoux compró sus propias acciones y sus adversarios se creyeron en el momento de darle el golpe de gracia. Primero atacaron a un establecimiento lyonés de la «Unión», y después a esta misma, ofreciendo masivamente sus títulos en el mercado. El 25 de enero, víspera de la caída del Ministerio Gambetta, la

Bolsa conoce un pánico que va a contribuir a esta caída. El 28 la «Unión General», habiendo quemado los últimos cartuchos, cierra sus ventanillas. Bontoux y su asociado Feder son encarcelados el 1 de febrero, acusados de abuso de confianza y otras cosas. Hubiera sido posible limitar la catástrofe, porque muchas de las empresas privadas fundadas por la «Unión General» son sanas, pero León Say, que está en íntimas relaciones con los Rothschild no hace nada por ayudar a la bienintencionada casa. En 1892, y menos en aquella circunstancia, no aparece normal utilizar los recursos del Tesoro público para salvar un establecimiento financiero en mala situación. El crac, es la primera vez que aparece la palabra en el vocabulario francés, tiene una extraordinaria trascendencia. Grandes y antiguas fortunas son duramente afectadas, millares de gentes modestas se arruinan, la desconfianza reina poco a poco y el mercado de París, así como el de Lyon, atraviesan una crisis aguda. Los propios fondos públicos resienten el golpe. Este marasmo se prolongará durante una decena de años, y no será ajeno ni al éxito relativo que obtienen los conservadores en las elecciones de 1895 ni a la popularidad que un poco más tarde logra el general Boulanger. También contribuirá a la aparición de un sentimiento nuevo en Francia: el antisemitismo.

UN «CHANSONNIER» CREA EL «BOULANGERISMO»

El 7 de enero de 1876 Freycinet constituye un nuevo Gobierno de concentración republicana en el que aparecen, además de cuatro oportunistas, dos miembros de la extrema izquierda. Un almirante desconocido va a la Marina, y al ministerio de la Guerra un protegido de Clemenceau, el general Georges Boulanger. Esta fecha marca la entrada en la historia del citado general, nacido en 1837, en Rennes, en una familia de la burguesía media, arruinada por los gastos del padre. Entra en Saint-Cyr después de buenos estudios y realiza una carrera brillante. En 1871, cuando tiene treinta y cinco años, ha participado ya en cuatro campañas y sufrido seis heridas; es teniente coronel y comandante de la Legión de Honor. Su ambición es igual a su valentía. Adivinando que el porvenir está por la República se proclama ardiente partidario del nuevo régimen y busca relaciones en hombres de izquierdas. Su amistad con Gambetta y Clemenceau no le impiden que en 1880 escriba al duque de Aumale, que fué su jefe: «Bendito sea el día en que se me llame bajo vuestras órdenes.»

En la Francia del 80, que adora a su Ejército, el ministro de la Guerra goza una autoridad particular. Al prestigio que Boulanger saca de sus funciones hay que unir el que le da su prestancia varonil, su barba rubia de reflejos rojos, su manera flexible, su paseo cotidiano sobre un caballo negro. La vulgaridad que hay detrás de él no se descubre. Muy pronto el general se convierte en París en una figura popular. Las mujeres lo consideran irresistible.

Sus primeros gestos, a los cuales les hace dar la gran publicidad, tienen por objeto afirmar al mismo tiempo que su espíritu de decisión, su republicanismo. Los oficiales de la brigada de Caballería de Tours han manifestado sentimientos realistas: destina la brigada a Nantes. Estalla una huelga y envía tropas para restablecer el orden, aunque hace declaraciones demagógicas. Al mismo tiempo toma una serie de medidas destinadas a mejorar la suerte del soldado. Todo esto llega al corazón de los padres de los reclutas y el nombre de Boulanger se extiende por las provincias. Su técnica se ve bien clara, es la política de un ambicioso. La expulsión de los príncipes del Ejército, que lleva a cabo, suministra a Boulanger la ocasión de afirmarse ante los ojos de la opinión republicana como una muralla del régimen. El Senado ratifica la ley defendida por Boulanger el 23 de julio. Interpelado en la Cámara, Boulanger replica con un vigor que le vale su discurso los honores de la propaganda. Tres días después, el 14 de julio, una manifestación permite medir cuán profunda es la popularidad del general jacobino en el pueblo de París.

De acuerdo con su iniciativa se ha decidido que en la tradicional revista de Longchamps participen las tropas repatriadas de Tonkin. Una multitud inmensa va al hipódromo. El entusiasmo no conoce límites cuando Boulanger, lleno de condecoraciones, montado en su caballo negro y segui-

do de su Estado Mayor de 300 oficiales avanza hacia la tribuna oficial, a la que saluda con su espada. A la vuelta se oyen por cada diez vivas la República cien vivas Boulanger. Por la tarde, en el «Alcázar de verano», Paulus, gloria del café-concert, lanza con su voz cálida un cuplé que va a dar la vuelta a Francia.

Gais et contents
Nous étions triomphants

Moi j'faisais qu'admirer
Not'brav général Boulanger...

Sorprendente canción que conmueve a la masa de París hasta los extremos más sensibles. Había necesidad de aclamar a un hombre y ahora las aclamaciones son para un general izquierdista que habla alto a los príncipes y a los curas, y cuya simpatía va para los pobres. En verdad el bueno de Paulus ha tenido un instante de genio: ha creado el «boulangerismo».

Dimitido Boulanger y convertido ya en enemigo del Gobierno, se abstiene de toda manifestación espectacular durante el famoso asunto Wilson. Pero sus amigos actúan por él. Uno de ellos le pone en contacto con el presidente de la Unión de las Derechas. Otro le presenta al Príncipe Jerónimo Napoleón. Y el militar jacobino entra en este momento con los portavoces de los regímenes caídos. La campaña boulangista no se interrumpe durante meses. El general afecta estar por encima de los partidos e invita a que todos se reúnan bajo su persona. El 8 y el 15 de abril es elegido por gran mayoría de votos como diputado por dos localidades distintas. Finalmente presenta su candidatura en París. ¿La capital tradicionalmente izquierdista le elegirá? La campaña electoral adquiere una actitud febril. Incluso entre los obreros, el Comité revolucionario blanquista, mantenedor de la vieja tradición insurreccional, se pronuncia violentamente a su favor. En las reuniones públicas se ve a

Tres regalos...

...TRES LIBROS
excepcionales

...para la mujer



ANITA COLBY

TU BELLEZA

El tratado más completo de belleza, atractivo, personalidad y elegancia. El libro que toda mujer anhela y necesita. Lujoso volumen de 21 x 25, con más de mil consejos, mil anécdotas, mil ilustraciones. Segunda edición: 160 pts.

... para la madre

Dr. B. SPOCK

TU HIJO

La puericultura de la madre moderna. Todos los problemas del niño, del nacimiento a la adolescencia. Un consejo médico del hogar. 300 págs. 15 x 21 cms. Ilustrado. Segunda edición: 125 pesetas



...para el hijo



G. AMALDI

TU MUNDO

Amenísima enciclopedia que contiene la Historia de la Tierra, la Historia de la Vida y los progresos de las ciencias modernas. 500 págs. 15 x 25 cms. 25 láminas en negro y color más de 175 ilustraciones en el texto. Enc. tela: 175 pts.

RELLENE EL ADJUNTO BOLETIN DE PEDIDO

NOMBRE
 DIRECCION
 POBLACION

Desea recibir contra reembolso, libres de gastos, los libros siguientes:

Y REMITALO A SU LIBRERO O PROVEEDOR HABITUAL O BIEN A

EDICIONES DAIMON, MANUEL TAMAYO
PROVENZA, 232 • BARCELONA • TELEF. 28 55 86

un gran número de obreros de blusa y boina que se mezclan con elegantes jóvenes que llevan en su ojal el clavel rojo del general. Los católicos, a pesar de la resistencia del cardenal-arzobispo, monseñor Richard, se pronuncian en su mayor parte a favor del enemigo de los fundadores de la escuela sin Dios. Los jóvenes intelectuales aparecen divididos, y si los hay claramente antiboulangistas, otros, con Mauricio Barrés a la cabeza, toman ardientemente el partido del soldado, en el que creen ver una viva esperanza de renovación nacional.

El 22 de enero se va masivamente a las urnas. A medida que se conocen los resultados parciales, la victoria boulangista se revela más segura. Una muchedumbre se concentra en la plaza de la Magdalena. Allí, en el restaurante Durand, se ha instalado el general. Poco después se conocen los resultados definitivos: Boulanger ha sido elegido por 245.236 votos. Un inmenso clamor sube «¡Al Eliseo! ¡Al Eliseo!» Rochefort, Deroulede, Laguerre y Thiébaud suplican a Boulanger que escuche la voz del pueblo. Se sabe que el Gobierno está en grave apuro, que la Policía y la tropa están en parte ganadas, la liga de los patriotas está alerta. Cien mil parisienses están dispuestos a forzar todas las resistencias. El vencedor, sin embargo, permanece impassible. De pronto, Thiébaud saca su reloj. Y dice: «Las doce y cinco, señores; desde hace cinco minutos el boulangismo está en baja.» La noche del 27 de enero ha marcado el declive del boulangismo. Luego, la astucia de Constant se encargará de precipitar la huida del general a Inglaterra, casi temeroso de una detención. Posteriormente se iniciará la desbandada. Los realistas se separan de Boulanger, y éste, falto de dinero, deja Londres para establecerse modestamente en la isla de Jersey. La salud de su amante, Margarita de Bonnemains, le causa graves inquietudes. Se muestra abatido, huraño y hasta toma opio, entregándose a las divagaciones de un socialismo trasnochado. Deroulede, que ha venido especialmente para conjurarle a que vuelva a Francia, tiene una escena violenta con él.

El general pronuncia finalmente la disolución de su Comité nacional. Boulanger vivirá ya sólo algunos meses en Jersey, junto a su amante, cada vez más atacada por la tisis. En mayo de 1891 la pareja se instala en Bruselas y es allí, el 15 de julio, donde Margarita, mediocre Egenia de un mediocre Numa, entrega su último suspiro. Su muerte aterra a su amante. No resignándose a haber perdido el poder y el amor, arrastra una existencia de fantasma, hasta que el 30 de septiembre se salta la sien con una pistola junto a la tumba de Margarita. Así termina la novela del hombre en el cual Francia creyó ver la encarnación de su nostálgica pasión por la justicia y por la gloria.

LA CUESTION SOCIAL Y EL RALLIEMENT

Desde su constitución, el cuarto Gabinete Freycinet se ha dado cuenta de que no es posible tratar en segundo lugar los problemas obreros. «Estamos —se lee en la declaración ministerial—, en una época de transformaciones sociales, en las que la condición de los trabajadores es justamente el objetivo de preocupaciones.»

Pero mientras que los demócratas franceses, todavía imbuidos de la tradición individualista de la Revolución, vacilan a comprometerse, aunque sea tímidamente, en la ruta de las reformas, una gran voz se eleva fuera de nuestras fronteras precipitando todo esto: la del Papa León XIII.

El 15 de mayo de 1891 es promulgada la Enciclica «Rerum Novarum», que, utilizando los trabajos proseguidos desde hace algunos años en la universidad católica de Friburgo, define por primera vez la actitud de la Iglesia católica frente al problema obrero tal como ha sido planteado por la revolución industrial.

Sus ideas aparecen entonces audaces y en Francia las ve con cierta inquietud una parte de los patronos. Por el contrario, los católicos sociales surgidos de la obra de los círculos, ven con satisfacción que sus ideas reciben la aprobación pontificia. También son numerosos los republicanos que se inquietan ante la idea de que la Iglesia, lo que para ellos es la reacción, pueda monopolizar en su beneficio el movimiento social y la Prensa izquierdista está muy lejos de ser unánime en comentar favorablemente la iniciativa pontificia.

La emoción surgida en los medios políticos franceses se comprende mal si se olvida que su publicación coincide con los principios de un movimiento iniciado también por el Vaticano: el *Ralliement*.

El Papa León XIII, que ha sucedido a Pío IX en 1878, no tiene ninguna simpatía por el régimen republicano como tal, pero extraordinariamente inteligente y admirablemente documentado, se da rápidamente cuenta que la República tiene en Francia sólidas raíces y que ha disminuido las posibilidades de una restauración monárquica.

¿Por qué entonces unir la suerte del catolicismo francés a la de una causa probablemente perdida? Es esta situación la que, en interés de la religión, el Papa intenta ponerle fin. En 1884 promulga, dirigida especialmente a Francia, la Enciclica «Nobilissima Gallorum gens», en la cual, al mismo tiempo que incita a los pastores y fieles a defender heroicamente los derechos de la Iglesia, les recomienda evitar toda actitud de oposición sistemática en relación con el Gobierno establecido. Tres años después felicita a la unión de derechas por haber concedido una neutralidad benevolenta al Gabinete Rouvier. Finalmente, durante la crisis boulangista, observa la mayor reserva y en ningún momento comparte la ilusión de los que creen ver en el aventajado general un enviado de la Providencia.

Hábilmente secundado por su secretario de Estado, el cardenal Rampolla, y también por el embajador de Francia, Lefebvre de Behaine, León XIII ha evitado durante mucho tiempo entrar en conflicto con el Gobierno de París y con los monárquicos franceses. Después de las elecciones de 1889 estima que ha llegado el momento de actuar.

Las elecciones han demostrado al mismo tiempo la solidez de la mayoría republicana y la importancia de la oposición. El propio Freycinet, en su declaración ministerial, se pronuncia en favor de una política amplia y tolerante. Deseoso de aprovechar estas disposiciones, la Santa Sede ha



Ya todo ha pasado... con

CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR

REMEDIO EFICAZ CONTRA DOLORES DE LA CABEZA, REUMATICOS, CATARROS, GRIPE, ETC.

QUITA EL DOLOR Y TONIFICA LOS NERVIOS

de sugerir al cardenal Lavigerie, arzobispo de Argel y primado de Africa, que tome la iniciativa en el gesto de aproximar la Iglesia y la República. El 12 de noviembre de 1890, con motivo de un banquete ofrecido a los oficiales de la Escuadra del Mediterráneo, el cardenal afirma que: «Ha llegado el momento, para todos los católicos franceses, de dar francamente su adhesión a una forma de Gobierno en favor de la cual la voluntad popular se ha pronunciado manifiestamente y en la que no hay nada contrario a los principios que sólo pueden hacer vivir a las naciones cristianas y civilizadas.

En presencia de diversos movimientos de la derecha y de la izquierda reprobatorios, León XIII abandona por el momento el plan político en favor del plan social, y es entonces cuando proclama la Encíclica «Rerum novarum».

No obstante, León XIII, que no quiere dejar las cosas envenenarse, ante la amenaza de denunciar el Concordato, inaugura una nueva táctica, y en una entrevista al periodista Ernest Judet, que aparece en el «Petit Journal» de 17 de febrero de 1892, declara: «Todo el mundo puede guardar sus preferencias íntimas; pero en el dominio de la acción no hay más Gobierno que el que Francia se ha dado. La República es una forma de gobierno tan legítima como las demás...

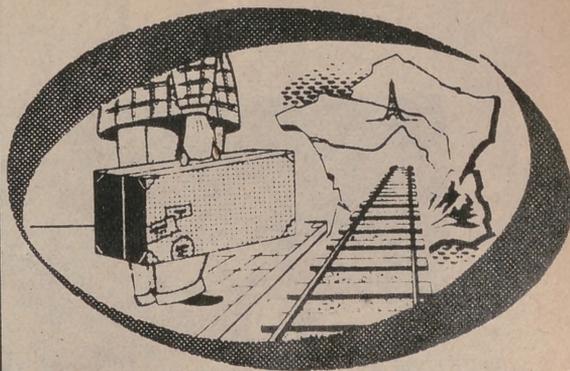
Al mismo tiempo el Santo Padre firma una nueva Encíclica, redactada en francés y titulada «Au milieu des sollicitudes», que aparece el 20 de febrero en la Prensa religiosa de París. Haciendo suyo el pensamiento inspirador del brindis de Argel, León XIII proclama que todos los poderes vienen de Dios y que es sólo en el cuadro de las instituciones existentes donde es necesario esforzarse de mejorar la legislación. Esta invitación al Ralliement, lanzada «ex cathedra», va a llevar a su cima el desbarajuste de los católicos monárquicos y también la desconfianza de los republicanos avanzados.

CRISIS MORAL

En 1893 la República de los republicanos ha cumplido prácticamente el programa que se habían propuesto sus fundadores. Lo ha hecho en medio de graves dificultades; la más espectacular de ellas ha sido la crisis económica persistente durante tanto tiempo. Francia ha ganado indudablemente en fuerza material, su prosperidad se ha acrecentado y su seguridad se ha asentado. Pero he aquí que surgen diversas dificultades. Si el positivismo racionalista que constituyó la base filosófica del régimen, se ha extendido a las masas, no sin perder algo de su dignidad, por el contrario una parte de la minoría intelectual lo comienza a dejar. Renan ha muerto en 1892, Taine muere en 1893. Esta doble desaparición tiene el valor de todo un símbolo. Han aparecido dudas que afectan a la infalibilidad del progreso y la eficacia soberana de la ciencia. La religión, incluso el misticismo, retorna ofensivamente. El simbolismo corre desbordado. Simultáneamente, el escepticismo comienza a atacar hasta los dominios sagrados del patriotismo republicano. Estamos en la época de «fin de siglo», una época nerviosa, femenina, deseosa de esteticismo, de ocultismo e intelectualmente tentada por la anarquía. Época muy diferente de la sólida época realista y segura de ella misma, que vio a Grevy entrar en el Eliseo. Los resultados admirables no pueden ocultar un cierto cansancio, una cierta debilitación del espíritu de iniciativa. La caída de la curva de natalidad hace a este respecto concebir inquietudes.

Inquietud, sin duda, prematura. La nación permanece sana y tendrá varias ocasiones de manifestarlo. Lo que le falta quizá es un ideal común. El ideal cristiano se ha debilitado; el ideal patriótico, todavía dominante, comienza a ser discutido y el ideal positivista, que es el del régimen, ha cesado de ser universalmente aceptado.

Ciertamente la República parlamentaria y burguesa ha salido triunfante de sus pruebas. Sin embargo, este triunfo no le asegura la paz y no han desaparecido las amenazas de una tempestad. Una parte del mundo obrero se aparta de un sistema político que le ha decepcionado. La defensa republicana contra la reacción monárquica o plebiscitaria ha cesado de ser un imperativo categórico del régimen. La edad heroica de la República de los republicanos ha pasado definitivamente.



EN CUALQUIER EPOCA FRANCIA LE ENCANTARA

EL TREN... le llevará con toda
COMODIDAD
VELOCIDAD
EXACTITUD
ECONOMIA



Excursiones en
autocares S. N. C. F.

Reducciones de 20 a 40 % con los
Billetes Turísticos y de Grupos.
Pago en pesetas en las Agencias de Viajes



FERROCARRILES FRANCESES

Los más rápidos del mundo

Av. José Antonio, 57 • MADRID

Teléfono 21 61 07



Está en manos de un experto, millonario del aire, cuando usted vuela por Pan American

Como éste **experto en vuelos sobre el Océano**, más de 1.200 pilotos de la Pan American han volado más de un millón de millas cada uno, 100 de ellos han sobrepasado los tres millones de millas.

Esta es la experiencia que la Pan American ofrece a usted, mas estos otros servicios:

- Vuelos más frecuentes con horarios más convenientes, a más lugares.
- Excelente comida y servicio. En los vuelos de primera clase las comidas son servidas por el famoso restaurante **MAXIM'S, de París.**
- Amplios y confortables asientos reclinables.
- Servicio de "Sleeperette"* de gran longitud...
...Camas espaciaosas a más ciudades pagando un pequeño suplemento.
- Posibilidad de elección en los servicios de turista o primera clase.

Consulte a su agencia de viajes o a
PAN AMERICAN

En Madrid:

Av. de José Antonio, 82 - Tel. 323300 (Edificio España)

En Barcelona:

Mallorca, 250 - Tel. 37 00 03

PAA

LA LINEA AEREA DE MAS EXPERIENCIA DEL MUNDO

*Nombre registrado por P. A. A.

PAN AMERICAN



ALERTA EN LAS EMBAJADAS DE RUMANIA

LOS MISTERIOS DE LA LEGACION RUMANA EN BERNA AL DESCUBIERTO

Las desventuras del violinista Rozsa, que elige la libertad en la capital francesa



Momento de salir el encargado de Negocios y su esposa del edificio de la Legación rumana, al ser asaltada por los jóvenes anticomunistas.—Izquierda: Policías suizos montan guardia ante la Legación



No tuvo tiempo de asustarse. Los desconocidos, en perfecto rumano, la daban órdenes. Entraron con ella en la conserjería, la amordazaron y amarraron sin hacerlo medianamente bien, ya que, poco después, podía huir por sus propias fuerzas. El reloj señalaba las diez y media de la noche del lunes.

La noche del 15 de febrero llamaban desde la Legación rumana a la Comisaría de Policía. La conversación nerviosa al otro lado del teléfono, terminaba con la siguiente advertencia: «Gente sospechosa merodea frente al jardín. Oímos mucho tráfico de automóviles.»

El capitán Alboth, a quien pasaron la comunicación, miró su reloj: eran las nueve de la noche. «Cuántas llamadas había hecho la Legación de Rumania en el último año con motivos semejantes? Por lo pronto la llamada no metía prisa a nadie. Era el eterno temor. Un coche de la Policía recorrió los alrededores: ni una sola persona.

La Legación rumana, del otro lado del «telón de acero», ocupa una bella situación en la capital federal. Enclavada en una villa

suntuosa, rodeada de bellos jardines, casi un parque, la residencia diplomática es una de las más importantes viviendas de aquella zona.

Una calle tranquila se extiende ante el chalet, aunque lleguen hasta ella, perfectamente claros, los ruidos del tráfico de la carretera de Lausanne, notablemente cercana. «Esos —pensaba la Policía— son los automóviles que escuchan.»

Temerosos o no, todo el mundo, a las diez, estaba ya en sus habitaciones. Una sola persona faltaba: el chófer.

La esposa oficial de éste, de nombre señora Setu, estaba aún levantada. Oyó pasos y se levantó a abrir el portón que daba acceso a la villa. Unos hombres, armados con ametralladoras y bombas de mano estaban ante ella.

LA CANCELLERIA, OCUPADA

Rápidos, conociendo perfectamente cada paso, los asaltantes abrieron la Cancillería —separada de la Legación— y cortaron inmediatamente las líneas telefónicas. La audaz operación comenzaba.

Inmediatamente alcanzaron una terraza que daba al primer piso y, sobre la marcha, forzaron una puerta, cerrada con llave, que daba acceso a la Legación propiamente dicha. La extraterritorialidad de la Legación estaba forzada.

En ese momento, sobresaltado por el ruido, apareció ante ellos el chófer, Orel Setu, que hizo ademán inmediato de sacar un arma; después, rápidamente, bajó por las escaleras para ponerse a cubierto del fuego. Una bala le

alcanzó en el vientre, rodando, gravemente herido, hasta el jardín. La batalla comenzaba.

EL ENCARGADO DE NEGOCIOS SE DESPIERTA TENIENDO UNA PISTOLA FRENTE A EL

El tiroteo despertó a los habitantes de la casa. Quince eran los que en aquel momento dormían en la casa. Tres agregados diplomáticos y el encargado de Negocios de la Legación, Stoffel, viven allí —con el viejo sistema comunista de la concentración de sus diplomáticos para efectuar directa y rápidamente las investigaciones sobre ellas— con sus respectivas familias. Los agregados tienen, cada uno de ellos, dos niños.

El primero que dió un grito de alarma a las habitaciones inmediatas fué Stoffel, quien, por otra parte, poco más pudo hacer:

—Frente a mí —ha declarado a la Policía suiza— se encontraba un hombre armado hasta los dientes. Me ordenó levantar los brazos y obedecí; pero por una puerta de acceso que daba a una habitación que tenía una terraza que se abría al jardín, me escapé. Cerré la habitación con llave detrás de mí, pero los visitantes no insistieron en la persecución. Los demás huyeron también...

Estaba claro, por tanto, que en el asalto no se intentaba el asesinato de nadie. Más bien los dejaron escapar con cierta indiferencia. Los propósitos de los asaltantes eran otros. La muerte del chófer entraba de lleno en el ámbito de los accidentes. ¿Qué buscaban. Dos personas, sin embargo, de los habitantes de la casa quedaron presas en calidad de rehenes. Quizá también como guías.

EL ATRINCHERAMIENTO Y LA CAZA DE LOS DOCUMENTOS SECRETOS

La velocidad con que se había desarrollado todo, desde que a las diez y diez cruzaban el jardín, hacía posible que a las dos de la mañana, cada ventana se hubie-

ra convertido en una pequeña fortaleza. Llevaron hasta ellas los muebles; cerraron herméticamente, colocando detrás de ellas toda clase de objetos, las puertas de las habitaciones, y dos de los asistentes vigilaban, metralleta en mano, las blancas y heladas pistas del jardín nevado.

Los otros dos, mientras tanto, instalaban ante los asombrados ojos de los rehenes una emisora portátil y comenzaban a emitir a Rumania, un emocionante alegato a la *libertata*, los documentos más sospechosos que encontraban. Serenos, jóvenes, los patriotas rumanos examinaban y forzaban mueble tras mueble para encontrar los archivos secretos. Quitaron los cuadros, buscaron los cajones de doble fondo, aporrearon los muebles. Todo con la misma tranquilidad que si estuvieran de mudanza en una casa.

Fuera, en la nieve, y a una temperatura de 14 grados bajo cero, comenzaba a formarse una hilera creciente de policías. Los tanques patinaban sobre el hielo.

El comisario Kassi, jefe de la Brigada Criminal, había preguntado:

—¿Cuántos serán?

—Muchos y armados hasta los dientes —le habían contestado.

Entonces, por tanto, el cordón de la Policía federal crece por momentos, tanto que la calle de Petit-Chateau es insuficiente para que se puedan mover con facilidad. Traillas de perros policías esperan, en vanguardia, que se les deje sueltos.

Detrás, una enorme cantidad de periodistas y gentes, que, a pesar del peligro se han plantado allí a ver qué pasa. El encargado de Negocios de la Legación, Stoffel, va y viene por entre las filas de policías. Su impaciencia estriba, al parecer, en una sola cosa: no dejar entrar solos a los suizos. Pero la Policía se mantiene inflexible: no pueden arriesgar su vida —cose que traería complicaciones—, y le invitan constantemente a que se aleje.

El frío es tremendo. Stoffel llega al grupo de periodistas y nerviosamente les explica lo que ha

ocurrido. Es un hombre pequeño, de aire seco y mal encarado, que lleva, en aquellos momentos, un sombrero blando de color negro y un gabán de excelente corte. Debajo del abrigo se ve perfectamente el pijama. Calza zapatos negros.

Como alguien le preguntara alguna cosa sobre aquellos momentos responde:

—Fué un momento de pánico. Los asaltantes cruzaron las habitaciones y, a culatazos, rompieron las puertas que les cerraban el paso al corredor central...

En aquel momento suena una detonación, y todo el mundo busca, como puede, un resguardo. Pero no ocurre nada; es una señal de uno de los puestos: la casa está completamente cerro-da.

EL MARTES: 165 MINUTOS DE CONVERSACION CON LOS ASALTANTES

El martes, el comisario Kassi, mientras el Gobierno federal está reunido, atraviesa la puerta de la Cancillería y sube en mensaje de paz a hablar a «los desesperados», como ya les llaman los periódicos.

Le recibe el jefe. Es un muchacho joven, que no le deja ver cuáles son sus fuerzas efectivas. Está herido en la palma de la mano, y sonríe al comisario cuando le pregunta la causa.

—Fué al romper un cristal.

Después, indiferente, le enseña el brazo, que está sanguinolento.

Cuando el comisario le dice que están perdidos, contesta:

—Preferimos morir en Berna a morir en Bucarest.

—¿Qué pretendéis?

—Despertar la conciencia del mundo. Hemos jurado sobre los Evangelios no rendirnos hasta conseguir la libertad de nuestros hermanos.

Son rumanos huidos del mundo comunista. La diáspora de miles de hombres que lejos de sus casas, de su patria, tienen que esconder el rostro a las fotografías para evitar las persecuciones de sus familiares en Rumania. Gente desesperada, dolerida, que clama su «libertata» frente al «telón de acero».

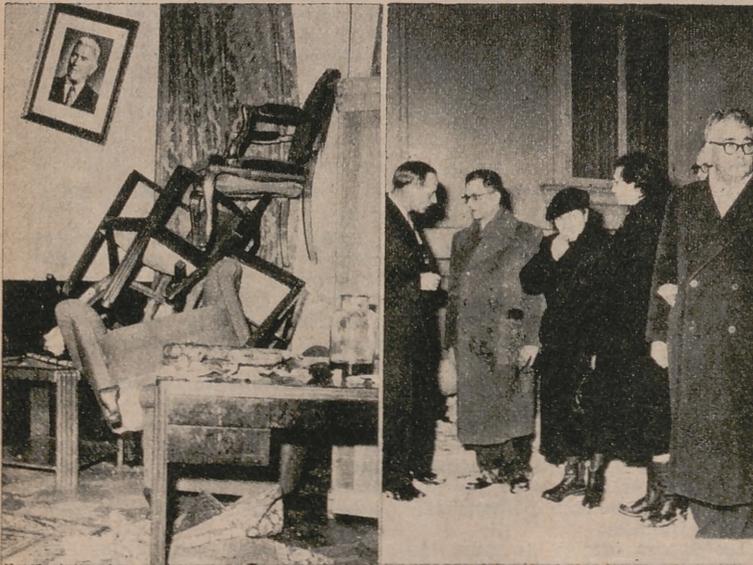
Cuando se le habla de la muerte del chófer, la contestación es sorprendente:

—El destino ha querido que el hombre que nos ha hecho frente sea un conocido espía que cumplía en la Legación rumana un doble papel... Nuestros organismos de resistencia le conocían de sobra.

La entrevista duró 165 minutos. No hay forma de convencer al director del asalto de que la resistencia es imposible. La obstinación del joven tiene siempre la misma respuesta:

—Nosotros lo hemos jurado. Queremos la libertad de cinco anticomunistas detenidos en Rumania: el general Adia Aldea, el obispo Sudegu, Ilic Lazar, Anton Murzann y Bretianu...

El comisario Kassi se retira, comprende que la aventura es una locura. Nada podrán hacer en favor de los detenidos en Rumania; pero ponen de manifiesto una situación. Con ese pensamiento sale a la calle



Mesas y sillas sirvieron de barricada a los asaltantes en su resistencia de cuarenta horas.—Derecha: Mr. Emeric Stoffel expresa su condolencia a la viuda de Setu, muerto en la refriega cuando intentaba hacer frente a los asaltantes

**EL PRIMER DETENIDO:
LOS DOCUMENTOS SE-
CRETOS DE LA LE-
GACION**

Cada diez metros, un puesto policiaco. El cordón con los perros sueltos es infranqueable. Sin embargo, un segundo cordón cubría un radio mayor a una distancia de 200 metros. En todas partes armas automáticas. La salida es imposible; pero a pesar de ello uno de los cercados intenta salvar los puestos. ¿Qué pretendía?

Parece claro que salvar una colección de documentos. El muchacho —veintidós años— intenta la hazaña. Sale en la noche, de cara a los 14 grados bajo cero y a los centinselas. Cuando es detenido y llevado a la Comisaría, el asombro de los policías es evidente: los documentos que se han recogido son informes que comprometen gravemente a los diplomáticos rumanos. ¿Se trató, precisamente, en la salida a la desesperada, que fueran los suizos los que tuvieran conocimiento de los archivos secretos?

Cuando se le interroga sobre el número de los hombres que permanecen aún dentro se niega a contestar. Sigue siendo ese el problema principal.

**EL MIÉRCOLES, A LAS
NUEVE: SEGUNDA EN-
TREVISTA**

Antes de comenzar de verdad un asalto, con lo que ello significaría internacionalmente, el oficial de la Policía vuelve a tener una entrevista con los sitiados.

En esta ocasión le reciben con sus fuerzas completas: tres hombres. Claro está que el comisario no lo sabe. Para él se trata de una representación. Ve, sin embargo, que los más jóvenes —de veinte y veintidós años— están más asustados.

Una petición imprevista de los sitiados:

—Queremos un sacerdote católico para confesarnos.

En la casa hace un frío enorme, ya que están pagados completamente todos los sistemas de calefacción. Mientras conversan, las fuerzas exteriores toman nuevas posiciones. Los tanques aparecen en el parque.

El Gobierno federal se ha reunido en Consejo a las nueve y media, hora en la que por primera vez llegan buenas noticias del comisario, que confía que el asunto se resuelva pacíficamente durante el día. Los sitiados le habían dicho:

—No queremos hacer perjuicio a ningún ciudadano suizo.

**UN SACERDOTE CATÓ-
LICO EN MEDIO**

A las doce del miércoles los sitiados reciben un mensaje. «Si a las dieciséis no se rinde la Legación, será ocupada militarmente». El ultimatum, viendo, sobre todo, el paisaje militar que rodea la casa, no deja lugar a dudas.

A las doce y cuarto el padre Seckinger atraviesa la entrada. A la una de la tarde continúa sin salir. Confiesa a todos y les desliga, al parecer, del juramento contraído de morir en la Legación. Cuando sale, la cosa parece resuelta.

Ha muerto, mientras tanto, en el hospital el chófer. Pasó varias



Momento en que los asaltantes son conducidos en coche a la Comisaría de Policía. Con antifaz negro, elude la acción de los fotógrafos uno de los seis «desesperados».



Estado en que quedó el salón de la caja fuerte, de donde desaparecieron documentos de gran importancia y bastante comprometidos.

horas en el jardín, sin que fuera posible recogerle. Los funcionarios de la Legación no se atrevieron a entrar en el parque, y a la Policía, mientras no se recibieron órdenes concretas de Rumania dirigidas al Gobierno federal de «liberar» la Embajada, le estaba vedada totalmente la entrada por el carácter extraterritorial de la Legación.

A las dieciséis horas, «tres» hombres, que constituían toda la fuerza de la resistencia, aparecen en el portal. Se han improvisado en la casa, con tela negra, unos grandes antifaces con los que se cubren, haciéndose irreconocibles, el rostro. Las cámaras que recogen el momento guardan de él, exclusivamente, tres cabezas rocambolescas. La suerte está echada.

Para rendirse, los tres hombres recibieron seguridades de que serían juzgados en Berna y no se les entregaría a Bucarest.

**LOS MISTERIOS DE LA
LEGACION RUMANA: UN
VERDADERO POLVORIN
DESCUBIERTO POR LA
POLICIA**

La entrada de las fuerzas policiacas en la Legación se efectuó, naturalmente, con ciertas



No es poca la vocación de este repórter gráfico que aguanta metido en ese saco de dormir hasta que los «desesperados» desistieron de su juramento.

precauciones. Con un detector se recorrió el edificio, que, en las oficinas, aparecía completamente desmantelado y con toda la documentación por el suelo. En la chimenea, contra el frío y para crear problemas burocráticos, los sitiados habían quemado toda la propaganda comunista que encontraron, así como otros papeles.

Pero la sorpresa la dió el detector. Se encontró un verdadero arsenal de armas automáticas y de proyectiles de todas clases, incluidas también bombas retardadas y de reloj.

En medio del salón encontraron, de igual forma, el aparato emisor con el que, al parecer, los patriotas rumanos estuvieron en contacto con sus jefes y transmitieron a Rumania el acontecimiento.

Además del armamento, la Policía se ha encontrado con el depósito de piezas documentales de un enorme interés, que sitúan el problema en el campo del espionaje.

LA PERSONALIDAD AUTÉNTICA DEL CHOFER

Parece ser que el chófer era en realidad un personaje importante. Según declaraciones y confrontaciones de última hora, su verdadero nombre era el de Georgy Petrescu, y que su empleo era de capitán del Servicio Secreto siendo él verdaderamente, la eminencia gris de la Legación.

El sistema, como se recordará, no es nuevo. Es el mismo caso del cónsul de Rusia en Viena, envuelto ahora en un verdadero «affaire» de espionaje. El que una vez más las Embajadas comunistas se utilicen para meter armas en el país, en el que disfrutan de toda clase de derechos extraterritoriales y morales, o para extender unos u otros actos de sabotaje, no puede ocasionar ninguna sorpresa. Lo que sí asombra, desde luego, son los medios. En este caso, si la personalidad verdadera del chófer queda decidida, como anticipan algunas noticias, no queda más remedio que pensar que es imposible el trato de confianza que, cortésmente, se extiende a todo diplomático. En el caso comprobado de Viena, el cónsul era un comandante del Servicio Secreto.

SUIZA NADA TIENE QUE VER CON EL SUCESO

Nada ha tenido que ver Suiza, naturalmente, en este dramático suceso. Los patriotas rumanos, mejor dicho, la organización de resistencia rumana, tenía perfectamente planeado el asalto, que, además, fué concebido en Italia, de donde, al parecer, llegaron los rumanos.

Se sabe que, en total, el grupo debía de ser de seis a siete hombres, que tenían misiones parciales en la «operación», quedando los últimos «tres» como fuerza de resistencia hasta el final.

De todas formas, los documentos recogidos y la comprobación de la existencia de un arsenal de armas ha vuelto a poner a Suiza ante una situación parecida a la que, no hace muchos años, tuvo que hacer frente al detener por espionaje a Vitzianu, amigo personal de Ana Pauker, que pasó a

los comunistas una lista de las personas residentes en Rumania que tenían dinero en los Bancos suizos. En aquella ocasión se cerraron en Suiza todos los Consulados rumanos. De igual forma obligó a regresar a Checoslovaquia a tres funcionarios de la Legación de ese país acusados de abuso de la hospitalidad suiza.

Lo curioso es que los acontecimientos de Berna han ocurrido enlazados, en un margen de días, con otros sucesos que han tenido por protagonistas, también a súbditos rumanos. Alguien ha dicho que están enlazados. No parece probable.

SUCEDIO EN PARÍS: CINCUENTA GUARDIAS DE CORPS

La visita de los «ballets» húngaros a París durante los primeros días de enero dió motivo a la fuga del primer violinista,



Alejandro Constantinescu, exiliado político en París, fué barbaramente herido por la Policía secreta del «ballet» rumano que actuó en la capital francesa.

Adalberto Rozsa. Las aventuras por las que pasó merecen contarse.

El día 23, después de su actuación en el teatro Imperio, cercano a los Campos Eliseos los músicos y danzantes regresaron al hotel Palais d'Orsay, en la rue Bac, acompañados como siempre por la escolta que traen con ellos desde Rumania.

Mientras cenaban todavía vestidos con las ropas típicas del país, Rozsa se levantó fingiéndose enfermo, pero nada más transponer la puerta del comedor con su violín, se lanzó desesperadamente escaleras abajo y se metió en el primer taxi que pasaba. Nadie de los cincuenta policías que, según declaración presenciada ante la Policía parisiense por el fugado,

acompañan al grupo artístico, vio nada anormal en su indisposición.

Ya en la calle y en el taxi, sin conocer una sola palabra de francés, consiguió hacerse entender: «Embajada de los Estados Unidos». Pero el drama y la broma comenzaban en el mismo momento en que llegaba allí.

FIDE AUXILIO Y LE MANDAN A UN CABARET

¿Qué hubiera hecho usted, amigo lector, si se le presenta en su casa un hombre vestido pintorescamente, con un violín en la mano, y hablandole una lengua que no entiende?

Este fué el caso del funcionario que le recibió en la Embajada de los Estados Unidos. No consiguió saber de qué se trataba y, entendiendo que era una equivocación, le mandó a un cabaret próximo.

Descorazonado, el rumano se dejó conducir por el americano hasta la calle Boissy-d'Angias, donde tranquilamente se desentendió de él, pensando que era, precisamente lo que quería.

—Yo intenté —declara más tarde el rumano— hacerme entender, pero fué inútil. Se me tomaba por un músico italiano. Antes de salir tomé un cuchillo del restaurante para defenderme con el si era necesario. A la una yo me encontraba abandonado en las calles de un país desconocido...

¿Cabe mayor desesperanza. Pero prosigamos su declaración:

—Entonces tuve la idea de estimular, con el cuchillo, una agresión a un guardia. Lo hice, y él, engañado, me llevo a la Comandaría. Pero al poco tiempo llegaron ocho miembros de la compañía. Los policías querían a toda costa que me marchara con ellos. Desesperado de no hacerme comprender tomé el revólver de uno de ellos para suicidarme. Fue entonces, al ver mi gesto desesperado, cuando los policías comprendieron lo que pasaba y se negaron a entregarme a los rumanos. Estos volvieron a la carga al día siguiente, pero fué inútil...

El final es conocido de todo el mundo. El «bucheo» gigantesco que se dió el 24 de enero a los componentes del «ballet» húngaro en el teatro. La gente esperó en la calle la salida de los músicos y los danzantes, mientras se insultaba sin pausa a los policías.

EL ÚLTIMO ESLABÓN DE LA CADENA

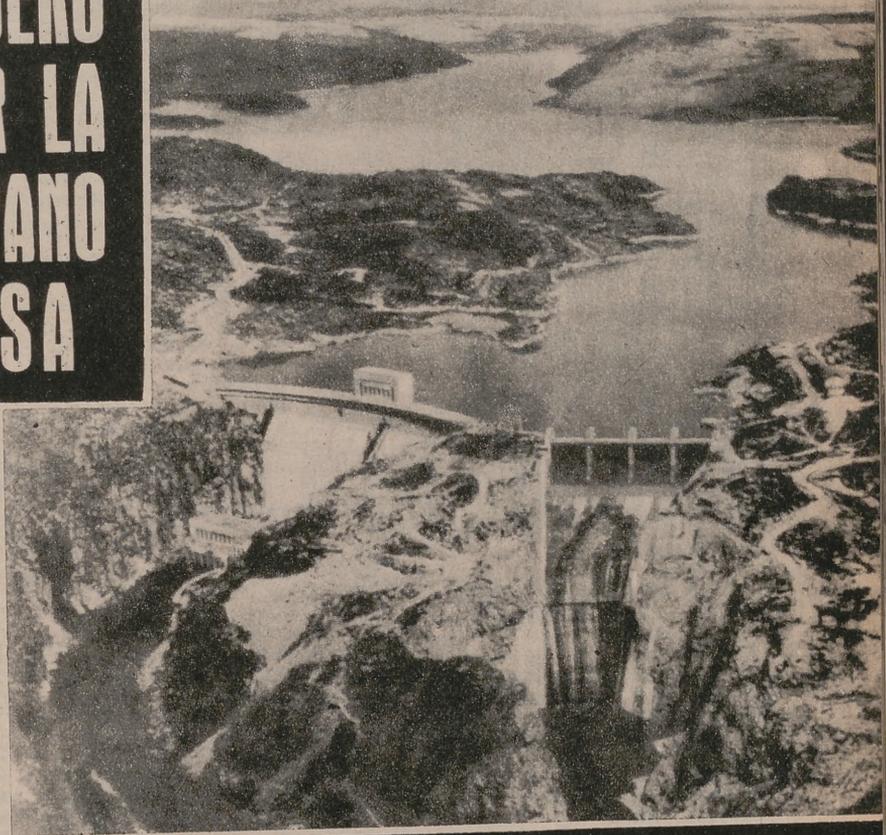
En los mismos días, el chófer de la Legación de Rumania en Copenhague solicitó el derecho de asilo político. Declaró que se había fugado de la Legación, donde su esposa permanecía retenida por la fuerza. Ante la imposibilidad de transponer los muros diplomáticos, la Policía danesa a vigila la Legación, y una orden general está establecida en todo el país: estaciones y aeródromos vigilados. La señora Cimbu no saldrá del país si ella no desea hacerlo.

Y he aquí por que los tres incidentes han servido para formar un solo cuerpo, una sola cabeza. En los momentos actuales todas las Legaciones rumanas están vigiladas.

UN VIEJO PROYECTO HECHO REALIDAD

EL PADRE DUERO DOMADO POR LA TECNICA HISPANO PORTUGUESA

CINCO GRANDES
SALTOS TRANSFOR-
MARAN EN ENERGIA
ELECTRICA LAS
AGUAS DONDE EL
RIO ES FRONTERA



EN 1960 ENTRARA EN SERVICIO EL DE ALDEADAVILA, EL
MAYOR DE ESPAÑA Y UNO DE LOS PRIMEROS DE EUROPA

(De nuestro enviado especial
JIMENEZ SUTIL)

HACE unos días terminó la reunión en Lisboa de la Comisión hispanoportuguesa encargada del estudio y regulación del aprovechamiento hidroeléctrico del tramo internacional del Duero. Parece una reunión más. Pero no lo es.

El Duero, hondo y bravo entre graníticas escarpas, era antes una simple frontera. Una fosa de agua entre dos países bien avenidos. Cereales, encinas y pastos, a un lado; y cereales, encinas y pastos, al otro. Dos márgenes con fisonomía idéntica. Parecía inhibirse entre las rocas, como diciendo: «Yo no separo estas tierras.» No tenía en torno más que paz, silencio y trabajo.

Y como el Duero, otros más: el Miño, el Tajo, el Agueda, el Guadiana...

Ríos que nacidos en los rebordes de la meseta castellana, no entran repentinamente, como ingratos, en las tierras fraternas de Portugal, sino que antes tuercen sus cursos, parten sus líquidos cuerpos por la mitad en un adiós postrero y, por fin, se alejan de la tierra que los vio nacer.

Portugal, dulce, generoso, magnánimo, con la magnanimidad de

un país hecho para grandes empresas, ha comprendido y estimado esta subcorriente afectiva de los ríos ibéricos. Una galantería más.

Y surgió así el Tratado de Límites, de septiembre de 1864. Después, el Anejo I, con un reglamento relativo a los ríos limítrofes entre ambas naciones. Y luego, las notas intercambiadas para aprobar ciertas normas con que regular el aprovechamiento industrial de sus aguas. Y, por fin, el Convenio, de agosto de 1927, regulador del aprovechamiento hidroeléctrico del trozo internacional del Duero.

Hasta 1927 todo estuvo en el terreno puramente diplomático. A partir de 1953, todo es práctica y realización: grupos de obreros animando el agreste paisaje; máquinas ruidosas que rompen el bucólico silencio de aquellos campos, y muros de hormigón, fuertes y altos, que dicen ¡quieto! al bravo Duero.

Un producto de la concordia de dos países vecinos.

CINCO SALTOS DE ALTURA

Viajero por tierras de Salamanca, impresiona el paisaje de Saucelle, no por raro, sino por inesperado. ¡Esto es Andalucía! Olivos, chumberas y... dentro de lo

que cabe, buena temperatura. Mira uno hacia atrás y luego sigue gozoso adelante.

Tras una mole moteada de arbustos están las obras. Aquella mole ha forzado una curva del Duero, que, estrecho y combatiente entre las duras paredes de su cañón, no puede impedir la artificiosa, o científica, valla de cemento que los ingenieros le preparan. Le han sorprendido en una angostura.

Obreros van y vienen, pasan la frontera, porque la otra crilla es Portugal.

—¿Sin pasaportes o certificados?

—Se dan todas las facilidades. Es zona neutra mientras duren las obras.

—Entonces, esas tierras del lado de allá, donde se realizan trabajos, ¿de quién son?

—Entonces esas tierras del lado de allá, donde se realizan trabajos, ¿de quién son?

La respuesta es amplia. Se trata de una obra apoyada en tierras de distinta nacionalidad. Y, en verdad, modifica realmente la frontera. Todo fue previsto en el Convenio de 1927.

Las tomas de agua, canales, edificios y, en general, las obras e instalaciones precisas para la utilización de la zona se situarán en el territorio nacional del Estado a que corresponde el aprovechamiento. Pero necesariamente ha-

brán de utilizarse tierras del otro Estado al construir las presas, desagües u otras cosas accesorias.

Aquí todo está en régimen de reciprocidad. El tramo internacional del Duero ha sido dividido en dos zonas de la misma longitud y casi del mismo nivel. Justa distribución. Distribución que también fué rápida, sin pegas ni peros. Y cada Estado por sí o por concesión a una Empresa, puede hacer en su zona lo que el otro en la suya.

Y las zonas son: la portuguesa, que es la primera viniendo por el Norte; todo el desnivel del río desde el sitio en que comienza a ser frontera, al pie mismo de nuestro salto de Castro, hasta la confluencia del Tormes. La española, desde la confluencia del Tormes hasta el final del tramo internacional.

Cada zona tendrá, poco más o menos, 50 kilómetros de longitud. Portugal ha proyectado tres saltos; España, dos. Pero de una importancia que luego veremos. Uno, el de Saucelle, está próximo a su fin; el otro llamado de Aldeadávila, va por sus comienzos. De los dos saldrá, sin duda, una cantidad de energía equivalente al 25 por 100 de nuestras necesidades.

UNA COMISION POR PARTES IGUALES

Por dondequiera que se mire, la realidad de un acuerdo de esta índole está rodeada de un sin fin de problemas y problemitas, ninguno pequeño y sencillo cuando se trata de relaciones internacionales, pero que ambos Estados han sabido prever y eficazmente atacar.

España y Portugal lo han puesto todo bajo la discreción de un solo instrumento: la Comisión. Así: la Comisión. Nada de Comisión internacional lusohispana ni cosa parecida, sino escuetamente Comisión. Y se ha hecho constar oficialmente. ¿Puede darse un mayor significado de comunidad?

Una Comisión por partes iguales que se compone de representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores, Obras Públicas, de lo Contencioso del Estado del Ministerio de Industria y de la Empresa concesionaria, si la hu-

biere. Cuatro vocales por cada país. Y cinco adjuntos. Todos ellos nombrados por los respectivos Gobiernos. Los adjuntos con voz, sin voto, en los plenos, pero con voz y voto en las Subcomisiones que se formaren.

Lo original, lo eficaz, el valor intrínseco de la Comisión: esta en su autonomía. Es autonomía.

En el artículo 7.º se estipula: «Las resoluciones de la Comisión requerirán, para tener fuerza ejecutiva frente a propietarios y concesionarios, que la autoridad territorial competente decrete su cumplimiento. El examen de esta autoridad no podrá penetrar en el fondo de las resoluciones, limitándose a comprobar si han sido observadas las formalidades prescritas en el convenio.»

«Las decisiones de la Comisión —se dice en el artículo 11 del Reglamento de su funcionamiento— serán firmes cuando se adopten por unanimidad. Si lo fueran por mayoría de votos no entrarían en vigor sin la conformidad expresa de los Gobiernos o de las autoridades competentes en cada caso.»

Triple es su función: consultiva, resolutive e interventora. En sus manos está todo. Todo lo referente al aprovechamiento hidroeléctrico del tramo internacional del Duero. Los Gobiernos, a este respecto, descansan y esperan. Esperan las decisiones—hasta ahora todas han sido unánimes—para su ejecución.

Cada año una reunión. Reuniones alternativas. Por circunstancias especiales, las dos primeras tuvieron a Madrid por sede. La tercera, concluida hace unos días, y la cuarta, Lisboa.

Los poderes de la Comisión aparecieron bien concretos en la primera reunión habida en Madrid desde el 14 al 24 de enero de 1953. He aquí los resultados: redacción y aprobación por ella misma del Estatuto de Funcionamiento y del Reglamento para imposición de servidumbres, expropiaciones y ocupaciones temporales; redacción y aprobación del Reglamento para presentación e información de proyectos y neutralización de las zonas de obras que fueren precisas a lo largo del tramo internacional.

—Las tierras situadas al otro lado quedan al servicio del aprovechamiento hidroeléctrico español. Está previsto en el convenio.

UNA LINEA MATEMATICA POR FRONTERA

—Esas parecen de dominio público. ¿Y si fuesen propiedad de alguna corporación o de algún particular?

—Lo mismo. Las dos partes se han comprometido, recíprocamente, a constituir servidumbres sea sobre terrenos del Estado, sea sobre los de corporaciones o particulares.

—¿Y expropiación?

—También, si hiciese falta. Pueden decretar la expropiación o las ocupaciones temporales necesarias para obtener materiales de construcción o para instalar los servicios o medios auxiliares que requiera la construcción de las obras.

Unos pájaros pasaron volando, alegre y caprichosamente, de un lado a otro de la frontera. Sin

trabas. Fueron de encima a encima. Dos encinas que al parecer no presentaban más distinción que la distancia terrestre entre ellas existente.

—Incluso puede llegarse a la expropiación de otros aprovechamientos, en uso o explotación en el tramo internacional, si dificultan o se oponen a la total utilización de la energía hidroeléctrica atribuida a cada Estado.

—¿Luego lo consideran de su interés?

—Como que ambos Estados declaran de utilidad pública y urgente todas las obras que cualquiera de ellos hubiere de construir para el aprovechamiento hidroeléctrico. Es más, no se reconocerá al río el carácter de navegable o flotable si fuese incompatible con la buena utilización de las zonas de aprovechamiento.

Es total la entrega del río o la producción de energía eléctrica. En la misma frontera, y sin prejuicios de estrategia. Ni alarmadas ni guardias. Es tan poca la corporeidad de la separación, que la línea divisoria de las jurisdicciones de cada Estado es una línea matemática que va por la mitad de la presa y la mitad del embalse. Siempre la igualdad.

Aquel trozo de río es de España y Portugal. De ellos dos, y para ellos dos. Así es, y además han convenido que sea en exclusiva. Por tanto, la energía obtenida no puede ser enajenada, ni arrendada, ni cedida a otro país, bajo cualquier forma, total o parcialmente. Hasta para la exportación de energía de Portugal a España, o viceversa, habría que ir, en cada caso concreto, a un pacto especial.

Por ahora no cabe pensar en el caso de que sobre en los dos países. Pero también está previsto; mas nunca saldrá directamente esa energía a un tercer país.

LA PRIMERA TORRE AUTOMATICA DE HORMIGONAR

Se nota al llegar: aquel pueblecito alegre, de casas blancas, calles rectas y áreas, con nogares que reciben directamente bastante luz del sol; aquel pueblecito es reciente, es nuevo en tan duro contorno, sólo suavizado con las curvas. Llevemente umbrosas, del río Duero. ¡Cuán diferente, y con ventaja, de otros muchos del camino!

Hay poca chiquillería por las calles. Todos los niños están en la escuela. A lo lejos se divisan campos de deportes, ahora tranquilos y en silencio.

—¿Para cuántos habitantes?

—Mil, entre técnicos y obreros.

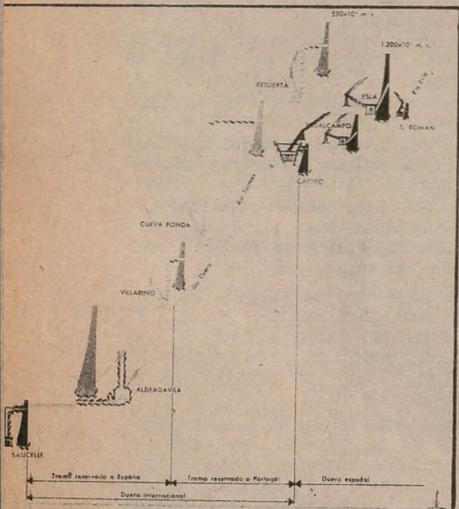
El ingeniero de la Iberduero, Compañía concesionaria de la zona adjudicada a España, queda pensativo y mirando al suelo.

—Pocos obreros.

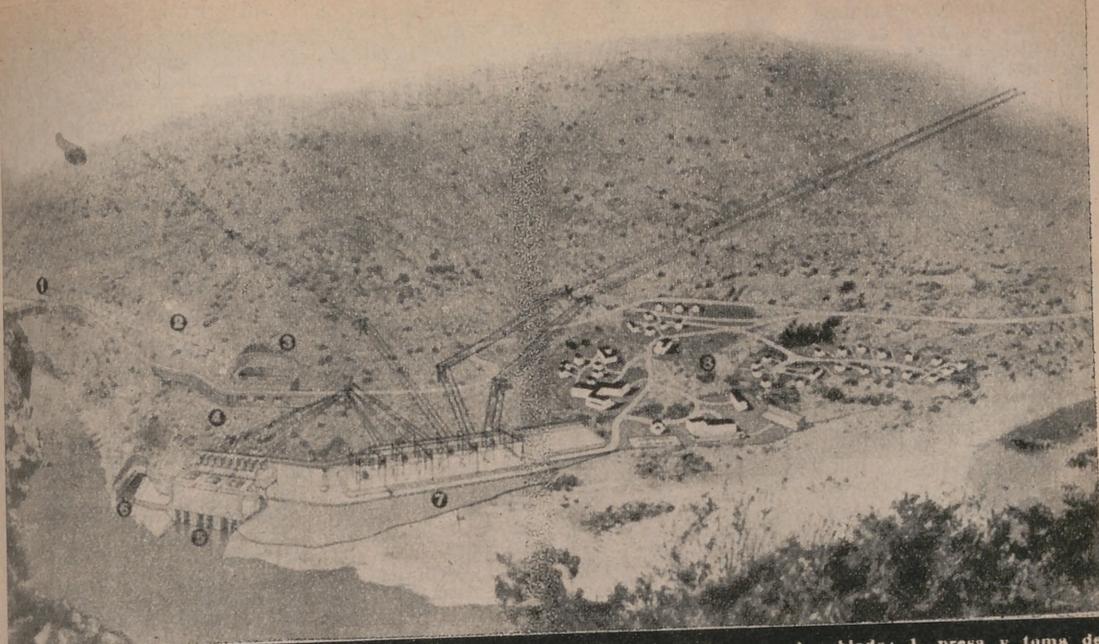
—Bueno, ¿y por qué?

—Porque no hacen falta más.

No era cosa de opinar en materia tan distante de mis ocupaciones y preocupaciones. Y, sobre todo, estando a la vista de un plan, de un campo de operaciones, tan amplio, tan complicado y complejo, donde hasta la imaginación encuentra dificultades.



Perfil esquemático del «Sistema Duero». En explotación, los saltos de Villarino, Esla y San Román; en construcción, Saucelle y Castro, y en proyecto, Aldeadávila, Villarino, Cueva Fonda y Retuerta.



Proyecto del salto en construcción de Saucelle, donde se ven las instalaciones y el poblado; 1, presa y toma de agua; 2, túneles de toma; 3, depósito de extremidad; 4, tuberías forzadas; 5, central; 6, desembocadura del túnel aliviadero; 7, parque de salida de líneas, y 8, poblado.

des para salir airosa. ¡Cuanto más, si hay que dar cifras o, por lo menos, cálculos aproximados! No. No quise opinar.

—Aquí—insistió con énfasis—se emplean más obreros en la preparación que en la realización de las obras.

—Si me permite expresarle que no entiendo.

—Con mucho gusto.

Había que faldear el gran macizo para llegar al lugar de emplazamiento del muro de la presa. Allí, el río corre hundido en un profundo cañón de roca granítica. Su angostura ha sido aprovechada por los ingenieros para ponerle puertas, o compuertas.

—Pues se necesitan más obreros en la preparación que en la realización de las obras—y esto es lo que quedo por decir—, porque de la ejecución se encargan las máquinas modernas que poseemos. Para la preparación y puesta en marcha suelen utilizarse de 1.000 a 1.200 hombres; en cambio, para la ejecución del salto propiamente dicho, de 600 a 800 solamente.

—Se producirá entonces paro.

—Son obreros especializados de ciertas casas, que, cuando terminan aquí, marchan a otro sitio. No hay problema.

Pocos hombres mantienen el ritmo intenso de aquellas obras, cuyo final está previsto para el trimestre del año próximo. Seis ingenieros a pie de obra. Y otros tantos tiene la Iberduero en su central, residente en Bilbao, o en Madrid.

No hay vagonetas en el panorama de Saucelle. Y se nota porque las construcciones macizas, sin esas pacíficas tolvas que vuelcan lentamente los materiales, parece que han perdido uno de sus más castizos elementos. Hasta dan alegría, dentro de la sequedad de un ambiente de hierro y cemento, viéndolas rielar, sin apartarse de la mano humana, sobre sus pequeñas vías.

Con todo, tal vez les ha llegado su hora. Donde luchan furiosamente, en sentido inverso, el minuto y el metro cúbico, cae quien no tiene apoyo de ninguno de los dos. Eso le pasa a la vagoneta. Ni rápida ni de mucha capacidad.

En cambio, cruzan de un lado a otro, sin camino rigidamente determinado, potentes camiones «Euclid» de 15 toneladas. Braman y parecen fatigarse con la carga. Pero siguen adelante y llegan a su destino. Pueden permitirse el lujo de dudar, es decir, avanzar, retroceder, tirar un poco a derecha o izquierda, dar un rodeo hasta encontrar la mejor posición. En fin, escoger. Y, cuando llega el momento, comienza una especie de cacareo, inclina su enorme caja basculante y suelta la carga.

—¿Qué es aquello?

—Una torre automática de hormigón. Es la primera que se ha instalado en Europa.

Chasquidos, golpes sonoros contra las paredes metálicas revelan una convulsiva digestión de piedra y cemento de aquel monstruo con cuello de jirafa. Traga ruidosas corrientes de grava que sazona con el fiero aglutinante de cemento. Los bate y revuelve utilizando, como jugo, gruesos caños de agua. Y luego rechina, para decir: ¡allá va!

Y allá van metros y metros cúbicos de hormigón. Rápidos.

—¿Cuántos metros cúbicos diarios de hormigón puede producir esto?

Me mira rápido, y más rápidamente contesta. Se contagia uno.

—Cinco mil. Y dosificado el hormigón en la forma que el control desee.

Se puede comprender por qué el Duero no opone serias dificultades a esta empresa del hombre. Hurafío, al llegar a estos parajes corría escondido entre las peñas, amenazando incluso con los 250 metros de precipicio con

que trata de defenderse en algunos tramos. Pero, no. No le ha valido. El hombre ha ido a buscarle al sitio de su mayor bravura, al trozo internacional. Tal vez creyó que no siendo por entero ni de España ni de Portugal, nadie podría disponer de él.

También está claro el por qué las vagonetas no pueden tener plaza en estas obras. Las vagonetas iban bien, a las mil maravillas, con aquellas hormigoneras de gasolina, menos ambiciosas, que se contentan con preparar unos 100 metros cúbicos de hormigón al día. Solidaridad.

—¿Qué hace ése?

Era un hombre, algo inclinado, que, con el índice, parecía hacer círculos no sé dónde. Mucho me extraña en un ambiente de tiempo preciso y contado.

—Llama por teléfono.

—¿Automático?

—En la zona de las obras, sí.

Lo han visto los norteamericanos. Y, según ellos, nada hay que aprender.

LAS TUBERIAS MAS ANCHAS DE EUROPA

Dando media vuelta, es decir, con la cara vuelta hacia el lugar por donde llegamos antes, se ve, desde el lugar de la presa, un morro del macizo a que antes hemos hecho referencia. Por el desnivel del río, ese morro está bastante más bajo. En su vértice está la central hidroeléctrica.

—A propósito. ¿cuánto desnivel hay en el tramo internacional correspondiente a España?

—El desnivel total es de 210 metros.

Este desnivel lo aprovechará bien la Iberduero con sus saltos de Saucelle y Aldeadávila.

La presa de Saucelle tendrá 70 metros de altura, con cuatro compuertas en su coronación, capaces de desaguar un caudal de 12.500 metros cúbicos por segundo.

Aprovechando el desnivel, de la

presá saldrán dos túneles de derivación para conducir el agua a unas cámaras de carga. La longitud de cada túnel será de 250 metros, y la anchura, 80 metros cuadrados. Podrán conducir 480 metros cúbicos de agua por segundo.

De las cámaras de carga, situadas en la falda del macizo, bajará el agua, para alimentar las turbinas, por cuatro tuberías forzadas de 5,5 metros de diámetro.

—¿No es mucha anchura?

—No hay tuberías más anchas en Europa.

La central será de tipo semi-intemperie. Ni estará bajo tierra, ni dejara de estarlo. Cuatro grupos, de 75.000 KVA cada uno, será su equipo. Lo suficiente para obtener una producción anual regulada de 600 millones de kilovatios-hora, y poder llegar, cuando el Tormes, cuyas concesiones también pertenecen a Iberduero, esté regulado.

Bajamos faldeando el monte con cuidado, porque el Duero, a nuestra derecha, va profundo. Bajo esta impresión marcha uno por el camino. Mientras tanto, el ruido de los motores, los chasquidos, el chirrido de las grúas y los secos golpes de una especie de tar-tan, mantienen el desconcierto de los oídos. ¡Buena jornada para vista y oídos! Al llegar a las cámaras de carga se encuentra uno equidistante de la presa y del nuevo pueblo, es decir, un cuarto de kilómetro, poco más o menos, de cada uno.

—Menos mal que, según, las Geografías, el Duero no fallará. Tiene fama de caudaloso, dentro de lo que permite nuestra climatología.

—Es muy irregular. En las máximas avenidas suele llevar 12.000 metros cúbicos por segundo. Por el contrario, en verano adelgaza la corriente hasta sólo 25 metros cúbicos.

Y vienen camiones Y van camiones. Y sigue el ruido.

—Vayamos a lo práctico y usual. Aquí todo lo veo grande, todo lo veo abundante, en grandes cantidades. Masas van y masas vienen. ¿Para vosotros cuáles son las unidades usuales?

—Si se habla de material, los miles de metros cúbicos. Y si se habla de dinero... los millones de pesetas. Los cálculos se hacen por miles de metros cúbicos o millones de pesetas.

No quise preguntar presupuestos.

UNA CENTRAL EN LA ROCA VIVA

El otro salto de Iberduero en la zona adjudicada a España, distante unos 20 kilómetros del de Saucelle, será todavía mayor. Bastante mayor. Allí, el Duero se ha resistido hasta el máximo. Es el lugar topográfico más agreste de este río, y tal vez de España.

Sus escarpados son tan pronunciados, que la pista para acceso a las obras proyectadas en los últimos kilómetros va en túneles, por ser materialmente imposible una pista a cielo abierto. Todo en roca granítica. ¡Bien puede alardear de bravura el río celibérico!

Sin embargo ha perdido su soledad de siglos. Y las nutrias, su

tranquilidad. La energía por la energía acabará con tanta adustez, quebrantando su lecho de piedra.

Daremos unos breves datos de la futura presa, a la que se espera ver concluida en 1960. Pocos, pero suficientes para ayudar a imaginarla entre dos mules de granito. Una altura de 130 metros, con un salto útil de 139 a 141 metros. Sus aliviaderos están previstos para desaguar un caudal de 12.500 metros cúbicos por segundo.

¿Y la central? ¡Ah! Ahí está el tributo que Iberduero tiene que pagar al río por haber acabado con su retiro en esta zona. La central tendrá que ir excavada en roca viva. No hay sitio para otra cosa. O eso, o nada.

Pero tendrá su compensación. Para tan gigantesco esfuerzo habrá una contrapartida de gigantesca producción de energía. Y, si no, ¿a qué construir?

La forzosamente escondida y bien resguardada central irá equipada con seis grupos de 110.000 kilovatios hora cada uno. Así que la producción anual regulada será de 1.370.000.000 de kilovatios hora, y cuando se regule el Tormes alcanzará los 1.650.000.000 de kilovatios hora.

Oí esto del ingeniero, que me miraba con mirada fuerte, contagiado del esfuerzo y del escenario de las obras. Por mi parte, nada había que objetar. Al contrario, aplaudir. Cada uno, con su cuenta y razón, ha de celebrarlo.

—El salto mayor de España.

—Lo suponía.

—Y con mucha diferencia.

—¿Y en comparación con los europeos?

—Uno de los mayores, si no el mayor.

Primero afirmó que sí, pero rectificó. No sabe a ciencia cierta las proporciones de uno que se construye en el Ródano.

Las cifras son impresionantes. Hasta ahora, los saltos de Castro, Villalcampo y el Esla—los dos primeros construidos después de nuestra guerra, y el tercero, poco antes—estaban considerados como los más grandes de España. El de Castro y Villalcampo, sobre el Duero, con 400.000.000 de kilovatios hora, y el del Esla, con 450.000.000. Pues bien, dentro de poco aparecerá entre rocas graníticas el de Aldeadávila, mayor que los tres juntos. Todos ellos, de Iberduero.

El de Castro está en la mismísima línea en que el Duero comienza a ser internacional. Hubo que comprar unas hectáreas de terreno portugués para completar las obras.

UN PUEBLO RECIENTE APARECIDO

Termina uno enonadado con la contemplación de tan grandiosas obras de ingeniería. Así que vino bien el regreso al risueño pueblo edificado junto al salto de Saucelle. El pueblo de Saucelle está más lejos y poco influye en su vida. La capitalita de todo aquello es Vitigudino, a unos 20 kilómetros de distancia.

Volví la vista por última vez. —Bien caras han de resultar estas obras.

—Pues, no.

No me dió tiempo a salir del asombro.

—Su construcción, en relación a su producción anual y potencia instalada, puede considerarse, sin duda alguna, entre las más económicas del mundo.

—¿Qué fundamentos hay para ello?

—La relativamente pequeña magnitud de la obra civil a construir y tener el caudal regulado por el gran embalse del Esla y los que están en construcción o construidos en el Duero y el Tormes.

En realidad, el gran regulador de todo el tramo internacional del Duero, tanto de la zona portuguesa como de la española, es el embalse del Esla. La zona española tiene, además, el beneficio de la futura regulación del Tormes.

Del embalse del Esla saltan las aguas y avanzan hasta llegar al de Villalcampo. De aquí, al de Castro. Luego, los tres portugueses, cuando se terminen, y, por fin, el de Aldeadávila y Saucelle. Este es el escalonamiento de saltos con que se aprovechará hidroeléctricamente el desnivel de 560 metros, aproximadamente, que hay desde el Esla a Saucelle.

Por las calles del alegre pueblecito corrían ya los chiquillos. Un nuevo bullicio, pero más humano y acariciador. Alegría de la vida.

—Oye, niño: ¿has ido a la escuela?

Acudió rápido, y, rápido, con los brazos caídos, contestó:

—Sí, señor.

—¿Y a la iglesia?

—Todavía, no. También le tenemos.

—Y hospitalito con quirófano—agregó mi acompañante.

—¿A qué juegas más?—dije, señalando los campos de deportes.

—Al fútbol.

Hay campo de fútbol, de baloncesto, tenis, frontón, piscina... El niño acudió a la llamada de su madre, que sabía del local de la Cooperativa.

Cuando lejos de aquel lugar, contemple fundidas en el horizonte las dos márgenes del Duero, me pareció ver concreta, en formas macizas, la trascendencia de la armonía de dos pueblos vecinos. De una armonía con paz y trabajo.

Allí quedan y quedarán las muestras. Un nuevo pueblo, cara a Portugal. Sonriente, sin angustia, sin temor. Si hoy viven los que trabajan en el salto de Saucelle, mañana lo habitarán quienes se dediquen a su explotación industrial.

Más arriba, siguiendo el curso del río, dos saltos hidroeléctricos españoles; y más arriba, tres portugueses. Cinco centros productores de energía, no para destruir, sino para engendrar riquezas.

Así que, al término de la tercera reunión, el pasado día 11 en Lisboa, sólo había que comunicar: se ha estudiado las obras de Saucelle, la futura interconexión de las redes eléctricas portuguesas y españolas de 220 kilovatios, la localización de las estaciones de interligación y los probables intercambios.

Nada que discutir.

UN ESTADO VENCIDO POR LOS PARTIDOS

LA CRISIS DE UN REGIMEN

Mendes-France ha venido a subrayar la descomposición de la política en Francia

TRISTE HISTORIA DE UNA VIEJA FRASE QUE HOY ES ACTUAL

EN 1848, el año loco y santo, que gustaban decir los alemanes, se proclamaba en Francia la II República. El 24 de febrero de este año los guardias nacionales, uniforme azul, kepi y maneras poco propicias al Palais-Bourbon de Luis-Felipe, expulsaban a los diputados monárquicos. Fuera, en la calle, estallaba el motín.

El Gobierno provisional que se establece desde aquella fecha termina el 23 de abril con las elecciones. Estas, como todo el mundo sabe, se producen por sufragio universal. Unos meses antes los únicos electores de Francia ascendían a 250.000 propietarios. De repente, la elección pone en pie de guerra a nueve millones de votantes. Lamartine, el gran hombre del momento, emocionado, dice una frase que rueda por todos los caminos: «Es la paz civil. No es posible que haya facciones en una República donde cada uno tiene derecho al voto y al fusil...»

La paz duró seis semanas. Las facciones, la división del país, el vacío enorme entre nación y régimen, reproducen ahora, irónicamente, las palabras de Lamartine: no es posible la existencia de facciones.

Y, sin embargo, no otro cosa es la Francia actual: el gran alcalde de las facciones, la jungla inextricable de los partidos, el Estado en crisis.

UN DIPUTADO DEL EURE CONTESTA A LAMARTINE

Las visitas que, muy de vez en cuando, realizan los diputados a sus departamentos provinciales ocurren siempre en los fines de semana. En una de ellas, ocurrida el 31 de enero, el diputado por el Eure y todavía presidente del Consejo, M. Mendes-France, inauguró precipitadamente, en el corre corre de su Citroën 4953 DC 75, dos puentes y la puesta en marcha de una fábrica de celulosa.

Como el día estaba frío, Mendes-France no se quitó durante el viaje ni el abrigo oscuro ni el pañuelo azul marino. Pero, a pesar de ello, no tuvo otro remedio que rendir el tributo del discurso a sus electores. Ese discurso, pronunciado en «provincias», viene a cerrar un ciclo. A un lado, Lamartine; al otro, Mendes-France.

Entre otras cosas, el todavía presidente del Consejo dijo: «... demasiados franceses han adoptado, con respecto al Estado, la indiferencia. Se ha tomado insensiblemente el hábito de considerar al Estado como una vieja máquina que marcha sola, bien o mal, y que no tiene necesidad de ningún concurso activo de su parte ni de ninguna adhesión profunda. Replegándose sobre sus destinos individuales no esperan los franceses, del Estado ninguna mejora de orden colectivo, sino al-

El socialista Pineau, heredero de un Gobierno en desgracia, que declinó sus poderes de intentar formar Gabinete, como sus antecesores

guna ventaja particular arrancada por los partidos o las clases de las que forman parte. Se llega así a que cada partido robe a la colectividad nacional, unas ventajas y unas protecciones que el resto de los franceses, en su conjunto, tienen que pagar con la mediocridad y la paralización económica.»

El es quien lo ha dicho.

LA IV REPUBLICA EDIFICADA SOBRE LA «RESISTENCIA»

Para entender el difícil destino de Francia en la hora presente hay que apresurarse a entender una cosa: en el nacimiento de la IV República hay demasiadas cosas oscuras. Por lo pronto, la IV República nació inmediatamente a una gran derrota militar, a un gran bache político.

La guerra sumergió a Francia y la guerra, naturalmente, dió vida a los movimientos de resistencia. Los aliados habían arrojado armas más que suficientes sobre Francia, que quedaron repartidas entre los dos grupos más importantes: las Fuerzas Francesas del Interior y los Franco Tiradores.

Los Franco Tiradores eran los comunistas, quienes, por curioso mimetismo, adoptaban un non-

M. Pinay aparece preocupado ante el dilema de evacuar a buen puerto la nave del Gobierno francés. También fracasó



bre que, evidentemente, les convenía. Primero habían sido desertores a raíz del pacto germano-ruso, posteriormente «partisanos». La heterodoxia de los grupos que se movían en Francia quedó terminada, oficialmente, en mayo de 1943, cuando se unificaron bajo el Consejo Nacional de la Resistencia. El Comité de Liberación de Argel tenía en él un delegado. Pero la desunión de Francia era ya efectiva.

Cuando se habló de la evacuación de París, el problema fundamental parecía ser el del Poder mismo. ¿Quién heredaba a Vichy y al mariscal Pétain

La III República no existía y, para demostrarlo, estallaba la insurrección comunista y de extrema izquierda el 19 de agosto. Los días que siguieron fueron un aviso impresionante: las calles de París, tomadas anticipadamente por los Franco Tiradores no dejaban lugar a dudas sobre el fondo político que delimitaba los perfiles. Cuando el 26 de agosto el general Charles De Gaulle desfilaba, mejor dicho, paseaba bajo el Arco de Triunfo entre las aclamaciones, parecía que iba a ser él quien gobernara. Pero al entrar en Notre Dame, las altas campanas tocando sobre el Sena,

comenzó un tiroteo. La confusión fué enorme y no se supo nunca lo que fué. Fué, simplemente, un aviso. La Resistencia, que daba el golpe de gracia a la III República, avisaba a la IV, que iba a nacer, que las cosas no eran fáciles.

Francia, además, no se ha recobrado, ni psicológica ni físicamente, del recuerdo y la presencia de la III República.

EL DESEO DEL ORDEN: EL GENERAL DE GAULLE NO ES EL HOMBRE DE FRANCIA

¿Qué podía esperar Francia en 1944? Un deseo hondo de restablecer la paz, de recuperar el tiempo, se extendía por todos los ámbitos. Como había necesidad de tener un Gobierno provisional, un Estado que amparara la situación nueva, instintivamente los ojos se volvieron hacia De Gaulle. Las gentes recordaban, pegadas a la radio, aquella célebre retransmisión de los cuatro años de ocupación: «Aquí Londres, habla el general De Gaulle.» Quien pronunciaba esas primeras palabras era Maurice Schuman, hoy diputado del M. R. P.

Pero De Gaulle tuvo que contar con la Resistencia. Se rindió a ella, y desde entonces hasta el 21 de enero de 1946, en que presentó su dimisión, todo el conjunto político fué una sucesiva compenenda. La virulencia del primer escrutinio arrojó ya el enorme poder de tres partidos: el M. R. P. (Movimiento Republicano Popular), el comunista y el partido socialista. ¿Qué significó todo esto?

Que Francia no tuvo tiempo de recobrase, que De Gaulle, que podía haber creado el clima de la unidad francesa, fué incapaz de centrar a la Resistencia en su puesto y situó el nacimiento de la IV República en la situación que todo el mundo conoce. Un régimen sin calor popular, cuya medula espinal, los partidos políticos, de un tecnicismo impresionante, con un dominio total sobre sus afiliados, y sobremanera sobre los diputados, imponen su criterio.

Desde la liberación, el Gobierno de Mendes-France hace el número diecinueve. Las crisis ministeriales son las crisis del régimen. De un régimen que, en realidad, no existe. Que se impidió por la extrema izquierda que tuviera principio.

Así se puede dar el caso de que de 627 diputados que tiene la Asamblea Nacional, 139 sean antiguos ministros y tengan, por tanto el beneficio del retiro suplementario. El ideal se ha dicho, es que lo sean todos. Y esta broma ocurre en un período que no pasa de los diez años.

MENDES-FRANCE Y LAS PALABRAS MAYORES

El protocolo tácito ha sido roto por Mendes-France en numerosas ocasiones. Ha maltratado a la Asamblea obligándola a cumplir sus designios, pero en dos ocasiones fundamentales: en el comienzo y en el fin de sus doscientos treinta y dos días ha demostrado no ser hombre de respeto a situaciones preestablecidas.

En el principio se hizo acompañar por su esposa, contra los supuestos tradicionales, a la entrevista con Rene Coty al Elysee,



Pflimlin, líder del M. R. P., el hombre en el que todos esperaron diese una solución satisfactoria al problema de la crisis, fué devorado en la jungla de los partidos franceses

una vez «designado» para formar Gobierno. Las leyes no escritas obligaron a madame Mendes-France a quedarse en uno de los cuatro antedespachos que preceden al del Presidente de la República.

En el final, cuando la Asamblea le retiró su confianza, Isaac Pierre Mendes-France, radical de origen judío, presidente del Consejo, se atrevió a lo increíble: a pedir permiso para hablar a la Asamblea.

Mientras se producía en diez minutos silenciosos el escrutinio, cuyas cifras arrojaban 319 votos en contra, por 273 a favor, Mendes-France, palidísimo, abrió un expediente azul, voluminoso, del que comenzó a leer, apasionadamente, casi iracundo, algunas cuartillas. Es entonces cuando se dirigió al presidente de la Asamblea:

—Desearía intervenir.

M. Schneider, asombrado, no sabía si ello era posible. No recordaba un caso semejante. Hubo de solicitar auxilio de M. Blamont, sentado próximo a él, y que viene a ser algo así como el sabelotodo. Durante muchos años ha venido consagrándole a ese pintoresco oficio de advertir y señalar la vereda entre los embrollos. Inclinado sobre el presidente de la Asamblea, le decía: «Nada, legalmente, lo prohíbe.»

Con el «legalmente» le anunciaba, también, que era un caso imprevisto.

El resultado de la intervención, ya lo conocen ustedes: un escándalo memorable. Tal fué que como los gritos irrumpían en los terrenos vedados aun a la apasionada Asamblea, el presidente de ella, puritano y cortés, dió la vuelta a la llave que cerca de él hace funcionar el aparato emisor que transmite al Presidente de la

República, M. René Coty, los debates de los diputados.

He aquí, pues, cómo el mismo Presidente de la República se vio privado del fin de Mendes-France, hombre de palabras mayores. Este terminaba la noche, sobre la que caía fresca y helada lluvia, con unas palabras dramáticas y clásicas: «No oculto ni mi emoción ni mi pena.»

Pero en la caída de Mendes-France hay algo más que ese efecto apasionado.

LA OPOSICION UNIDA: UN SINTOMA IMPORTANTE

La Asamblea de la IV República no ha sido, desde sus comienzos, nada más que una serie de grupos y de partidos en oposición los unos con los otros. Toda la habilidad de los políticos quedaba reducida en la jungla de los sucesivos atrinchamientos a mantener, en la cuerda floja de los embates un «inmovilismo» suficiente. El término medio de duración de un Gobierno francés de la cuarta República ha sido, en números redondos, el de seis meses, lo que demuestra que cualquier alteración del sistema quebrantaba el acuerdo tácito. Pero nunca hasta Mendes-France, la oposición ha sido un solo bloque, una sola cabeza, un solo impulso.

Es curioso que entre los reproches airados que se han hecho al presidente del Consejo en el hemicycle en el amanecer del sábado 5 de febrero, figuraban algunos que servían para situar, psicológicamente la perspectiva exacta de los temores de la Asam-

blea. Los diputados gritaron: «Es cesarismo», «Es el 18 del Brumario».

A la Asamblea, que creía poder asignar al gesto de soberbia de Mendes-France un vaticinio de golpe de Estado bonapartista, se le podía haber contestado con las palabras de Lamartine: «Para osar al 18 del Brumario son precisas dos cosas: largos años de terror detrás y Marengo y las victorias por delante.»

Francia tiene, al menos, los años de desorden.

No se puede negar sin embargo que, aun descontando que Mendes-France nada tiene que ver con la situación anterior de un posible «Brumario», la Asamblea no ha dudado en contar con los cien votos comunistas para cortar su cabeza. Y eso teniendo en cuenta que Mendes-France llegó al Poder y actuó en él tan ambiguamente atendiendo a tantos frentes como sus antecedentes políticos lo habían hecho previsible. Pero aun así, desde hace tres meses la oposición espró el debate temido de Marruecos para pedir su cabeza. Como síntoma de la poca confianza que tiene la Asamblea en sí misma, ninguna mejor que ésa.

REFORMA DE LA JUSTICIA Y REFORMA DE LA CONSTITUCION

Cuando se está enfermo se busca médico y se toman medicinas. Esto es lo que ha hecho Francia en los últimos meses. Claro está que no ha ido más allá de las curas parciales, que en el fondo invitan más al peligro que al reposo.

Si se examina hoy la prensa francesa se verá que *Le Figaro* mismo está empeñado en una encuesta cuyo «slogan» es el siguiente: «Es preciso reorganizar»



Pierre Mendès-France, el político de la última hora francesa, fué arrollado en la vorágine de un confusionalismo que él mismo vaticinó

nuestra justicia.» *Le Figaro*, como antes lo habían hecho otros periódicos y revistas, resume la situación en estas breves y duras palabras: «Un proceso ante la Audiencia de lo Criminal es una ceremonia que tiene una fórmula fija solemne, en cuanto a su desarrollo, a unas leyes tan ineluctables como las que gobernaban nie tra tragedia clásica. Está reglamentado por un protocolo riguroso contenido en un pequeño libro, «El Código de instrucción criminal», que apenas ha recibido modificaciones desde su creación...»

Los duros juicios esgrimidos con relación a la propia justicia francesa, cuyos enormes errores han culminado en procesos sensacionales, tienen un plano crítico racional: todo el mundo habla de su caducidad. Nadie piensa, al hablar de reforma de la justicia, que se trate de poner un parche aquí y otro allí. Se habla de una reforma profunda y auténtica.

Pues bien, tal es el caso de la vida política de Francia. La caducidad de la mayor parte del sistema es tan flagrante que no hace con ello otra cosa que el juego a su propia destrucción.

Quando el mundo está superando, por la naturaleza de los acontecimientos universales, que no consisten ningún aislamiento, los nacionalismos de bolsillo, Francia mantiene, como única carta de naturaleza, un chauvinismo sin sentido.

De ahí que en vez de afrontar de verdad la crisis del régimen se engañe con la confiada seguridad de que se trata exclusivamente de crisis parlamentarias.

Por ello mismo intenta las reformas parciales, las reformas constitucionales. Una de ellas está demostrando en estos momentos su escasa eficacia.

ANTOINE PINAY, PRIMER BENEFICIARIO DE LA REFORMA DE LA CONSTITUCION FRACASA

Quando Mendès-France hizo letra de ley que el presidente del Consejo, «désigne» por el Presidente de la República, no tendría necesidad de reunir los 314 votos de la mayoría constitucional parecía que todo sería mucho más fácil. Efectivamente, así lo creían quienes no atendían al conjunto de los males, sino a su aspecto externo: la amplitud de las crisis.

Según la Reforma, para ser investido se necesita, desde ahora, agrupar mayoría de votantes, aunque ésta no alcance los 314 votos. Otro aspecto del nuevo planteamiento del problema es que en la hora crítica del escrutinio de la investidura no será un hombre solo el que se sentará en el banco del Gobierno, sino que a su lado lo hará todo su equipo ministerial, que previamente, y no a posteriori, habrá constituido. Esta era la fórmula de la III República.

Quiere esto decir que «repartidas» las carteras entre los partidos, es decir, utilizando el Poder como botín, parece lógico que se produzcan desfallecimientos que sumen votos al «designado», mas teniendo en cuenta no ser necesario obtener la mayoría constitucional. Sin embargo, nada de eso ha ocurrido. Han caído, triturados por la Asamblea, las tres «P». Es decir, Pinay, Pflimlin y Pineau. ¿Qué significa esto? Que el problema es más hondo, permanente y grave, que una simple crisis ministerial.

Por eso Pinay, que es un antiguo presidente del Consejo y una figura popular en Francia, ha sido el primero en pagar con la moneda de su propia experiencia que las cosas no son tan fáciles como se le había augurado. Decían de él: «Pinay tiene el Gobierno en el bolsillo».

Como con mucha anticipación se conocía la decapitación de Mendès-France, Pinay asistió, mudo y silencioso, tomando posiciones, a los debates del Africa del Norte. Como alguien le dijera algo le interrumpió con un leve gesto: «No tengo prisa».

En el hemiciclo, mientras tanto, perecía Mendès-France. El era el primer heredero. Y el primero rechazado.

LA HERENCIA DE MENDES-FRANCE: EL COMPROMISO

Frente al «inmovilismo», Mendès-France ha sido el «activismo». Ha recorrido en ocho meses de un punto a otro del mundo. Se ha entrevistado, para contentar a los comunistas con Chou En-Lai, ha estado en Norteamérica, para compensar. Visitó a Su Santidad el Papa, se reunió con Adenauer.

Llegó al Gobierno para firmar el alto el fuego de Indochina, abandonando a su suerte, como se ha visto después, la masa católica, que ha sufrido un éxodo impresionante, con actos de salvajismo como el de Balang. La C. E. D., la Comunidad Europea de Defensa, la sustituye por el tinglado de los Acuerdos de París, luchando al tiempo por lograr el acuerdo con Rusia y ser Francia la cabeza de puente entre Occidente y Oriente, llegando a montar todo un tablero de componendas políticas que no han servido para otra cosa que para mutilar, por un afán de seguridad que no tendrá nunca Francia, el impulso europeísta del último tiempo alemán. Cosa hoy menos sólida al aparecer, concreta y firmísima, la idea de la reunificación y, por lo tanto, de la conversación con Rusia.

El sucesor de Mendès-France se ve obligado a considerar todos estos factores, que ante la Asamblea quedan reducidos a dos grandes «climats»: la Ratificación de los Acuerdos de París y las Reformas en Africa del Norte.

Personalmente, Mendès-France, por su filiación masónica y su frentepopulismo activo, a pesar de su innegable valía, ha venido a subrayar la descomposición del régimen francés.

Enrique RUIZ GARCIA



Este **PHILIPS**
es para

El aparato de lujo para el hogar medio.

Disfrute con sus excepcionales cualidades de recepción y reproducción, por el mínimo precio.

¡TOME NOTA

RECEPTOR **BE 431 A/01**

2.947,- PTAS.

(Incluido impuestos)



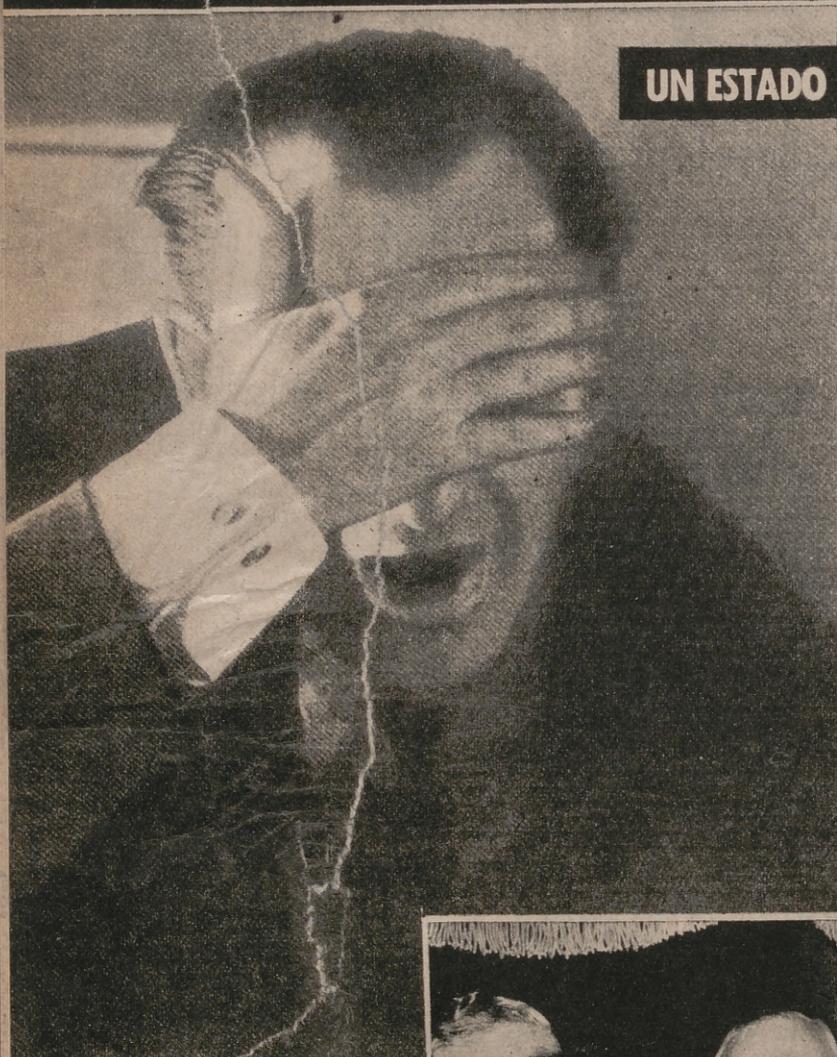
PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S. A.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100



UN ESTADO VENCIDO POR LOS PARTIDOS

LA
CRISIS DE UN
REGIMEN

MENDES-FRANCE HA VENCIDO
SUBRAYAR LA DESCOMPOSICION
DE LA POLITICA FRANCESA

TRISTE HISTORIA DE
UNA VIEJA FRASE QUE
HOY ES ACTUAL

Arriba: «Yo no puedo ocultar mi pena», exclamó Mendes-France al saber el resultado adverso de la votación que le apartaba de la Jefatura del Gobierno, en la que había permanecido durante doscientos treinta y tres días. Derecha: Uno de los numerosos consultados por el Presidente Coty para tratar de salvar la precaria salud de la IV República, Pierre Pflimlin, el político con apellido de trabalenguas. (Lea este interesante informe en la pág. 59.)

